

Revista Espírita

Periódico de Estudios Psicológicos

1858-1861

Colección de Textos de

Allan Kardec

Prefacio de José María Fernández Colavida
psicografiado por Divaldo Pereira Franco

Organización y traducción:

Simoni Privato Goidanich

Copyright by
Simoni Privato Goidanich

ISBN 978-9942-02-275-2

Quito, Ecuador.

Portada basada en el cuadro *La liseuse* (1872), de Claude Monet.

Revisión del idioma español: Fabricio Vásquez (Quito, Ecuador).

Proyecto gráfico: Simoni Privato Goidanich.

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados única y exclusivamente para la autora. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, Internet, CD-Rom, sin la previa y expresa autorización de la autora y mención de la fuente (título, autora, lugar y año de publicación), en los términos de la legislación sobre los derechos de autor.

La autora costó todos los gastos de elaboración, diagramación e impresión de este libro, tal como lo hizo con sus obras anteriores. La autora no recibe ninguna retribución financiera por los libros que publica, ni siquiera para la restitución de los gastos realizados por las publicaciones. Todo el trabajo que la autora realiza en la Doctrina Espírita es *ad honorem*.

Los ejemplares de esta edición han sido donados a instituciones espíritas de varios países. Se autoriza a las instituciones espíritas beneficiarias a vender los ejemplares recibidos en donación, con la condición de que los recursos financieros obtenidos por la venta sean utilizados totalmente para tareas de estudio de las obras de Allan Kardec y de aquellas que les son fieles.

Estudios Espíritas: www.estudiosespiritas.blogspot.com

libroespirita@yahoo.com



Sumario

Biografía resumida de José María Fernández Colavida, p. 7

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec, p. 11

Mensaje de José María Fernández Colavida psicografiado por el médium Divaldo Pereira Franco en la reunión mediúmnica del Centro Espírita Camino de Redención, en la noche del 20 de enero de 2010, en Salvador, Bahía

Introducción, p. 15

1 – La Revista Espírita, p. 19

Obras Póstumas, segunda parte

2 – Propagación del Espiritismo, p. 21

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 1.º año, n.º 9, septiembre de 1858

3 – Polémica Espírita, p. 33

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 1.º año, n.º 11, noviembre de 1858

4 – Escollos de los médiums, p. 37

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 2.º año, n.º 2, febrero de 1859

5 – Médiums interesados, p. 49

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 2.º año, n.º 3, marzo de 1859

6 – Fraudes Espíritas, p. 53

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos, 2.º año, n.º 4, abril de 1859

7 – Intervención de la Ciencia en el Espiritismo, p. 59

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 2.º año, n.º 6, junio de 1859

8 – Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas: Discurso de clausura del año social 1858-1859, p. 67

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 2.º año, n.º 7, julio de 1859

9 – ¿Se debe publicar todo lo que dicen los Espíritus?, p. 89

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 2.º año, n.º 11, noviembre de 1859

10 – Boletín de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas – Consideraciones sobre el objetivo y el carácter de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, p. 95

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 3.º año, n.º 4, abril de 1860

11 – Los aparecidos, p. 103

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 3.º año, n.º 7, julio de 1860

12 – Banquete ofrecido por los Espíritas lioneses al señor Allan Kardec – el 19 de septiembre de 1860: Respuesta del señor Allan Kardec, p. 107

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 3.º año, n.º 10, octubre de 1860

13 – Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas – Discurso del señor Allan Kardec con ocasión de la renovación del año social, pronunciado en la sesión del 5 de abril de 1861, p. 119

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 4.º año, n.º 5, mayo de 1861

14 – Banquete ofrecido al señor Allan Kardec por los diferentes grupos de Espíritas
lioneses, el 19 de septiembre de 1861 – Discurso del señor Allan Kardec, p. 131
Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 4.º año, n.º 10, octubre de 1861

15 – La prolongación de la Edad Media – Auto de Fe de las obras Espíritas en
Barcelona, p. 143
Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 4.º año, n.º 11, noviembre de
1861

16 – Reunión general de los Espíritas bordeleses, el 14 de octubre de 1861: Discurso
del señor Allan Kardec, p. 149
Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 4.º año, n.º 11, noviembre de
1861

17 – Banquete ofrecido por los Espíritas bordeleses al señor Allan Kardec: Discurso
y brindis del señor Allan Kardec, p. 163
Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 4.º año, n.º 11, noviembre de 1861

18 – Organización del Espiritismo, p. 167
Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos, 4.º año, n.º 12, diciembre de 1861



Biografía resumida de José María Fernández Colavida

(Tortosa, 1819 – Barcelona, 1888)

Si deseáramos describir, en pocas palabras, quién es José María Fernández Colavida, deberíamos afirmar, ante todo, que se trata del ejemplo real y concreto del hombre de bien y del verdadero espírita enseñado en *El Evangelio según el Espiritismo*.

Conocido, con toda justicia, como el *Kardec español*, trabajó y sigue trabajando permanentemente por el progreso de la humanidad, divulgando la Doctrina Espírita no solamente por medio de su perfecto conocimiento doctrinario, sino también por el fiel ejemplo que siempre ha dado de la práctica de las enseñanzas espíritas, sobre todo de la ley de amor, de justicia y de caridad.

Primer traductor y editor de los libros de Allan Kardec al idioma español, jamás buscó ventajas materiales en las obras que publicaba, donando muchas de ellas en beneficio de la divulgación doctrinaria o vendiéndolas a precios simbólicos, que ni siquiera cubrían los costos generados por la impresión. Fue gracias a su abnegado trabajo de divulgación doctrinaria que Amalia Domingo Soler, entre otros innumerables beneficiarios, pudo tener las obras de Allan Kardec, como ella misma cuenta en *Memorias*: «[...] Fernández Colavida me mandó la colección completa de su *Revista*, las obras de Allan Kardec y una carta cariñosísima. Cuando yo me vi dueña de los libros de Kardec por los que tanto había suspirado, mi alegría fue inmensa».

Fundador, director y redactor, en Barcelona, de la *Revista Espiritista – Periódico de Estudios Psicológicos*, posteriormente denominada *Revista de Estudios Psicológicos*, fue el mayor divulgador espírita a los países de lengua española. Realizó un trabajo

admirable de orientación doctrinaria a espíritas de varios lugares del mundo, tales como Argentina, Colombia, Cuba, Ecuador, Filipinas, México, Perú, Uruguay, además de España.

Fundador de la primera librería espírita en la capital de Cataluña, era el destinatario de los trescientos volúmenes y folletos sobre el Espiritismo quemados el 9 de octubre de 1861 en el Auto de Fe de Barcelona.

También fue el fundador de la *Asociación de los Amigos de los Pobres*, de la *Sociedad Barcelonesa Propagadora del Espiritismo* y el director del *Grupo Espírita La Paz*, instituciones en las que trabajó con ahínco por el bien del prójimo.

Presidente de honor del *Primer Congreso Internacional Espírita*, realizado en Barcelona en septiembre de 1888, pocos meses antes de su desencarnación, recibió el homenaje con la más grande humildad, pues jamás buscó ningún reconocimiento, excepto el de su propia conciencia.

Gran soldado de la paz del Cristo, ha trabajado de manera incesante por la unión de los espíritas alrededor del estudio y de la práctica de la moral de Jesús y de las enseñanzas codificadas por Allan Kardec. Sus manos laboriosas, herramientas luminosas en servicio constante a la causa espírita, escribían, en su más reciente encarnación, textos doctrinarios, cartas de orientaciones a espíritas de todas las condiciones sociales y de varias nacionalidades, así como llevaban auxilio a necesitados de toda especie, sea la ayuda material a las personas pobres económicamente, sea los fluidos saludables a los enfermos de cuerpo o de alma. En la vida espiritual, esas mismas manos, además de permanecer fielmente en el trabajo de las letras y del auxilio, nos son extendidas amorosamente para sostenernos en el recto cumplimiento de nuestros deberes como espíritas.

En su tumba, donde yace el cuerpo mortal, los espíritas de España y América,

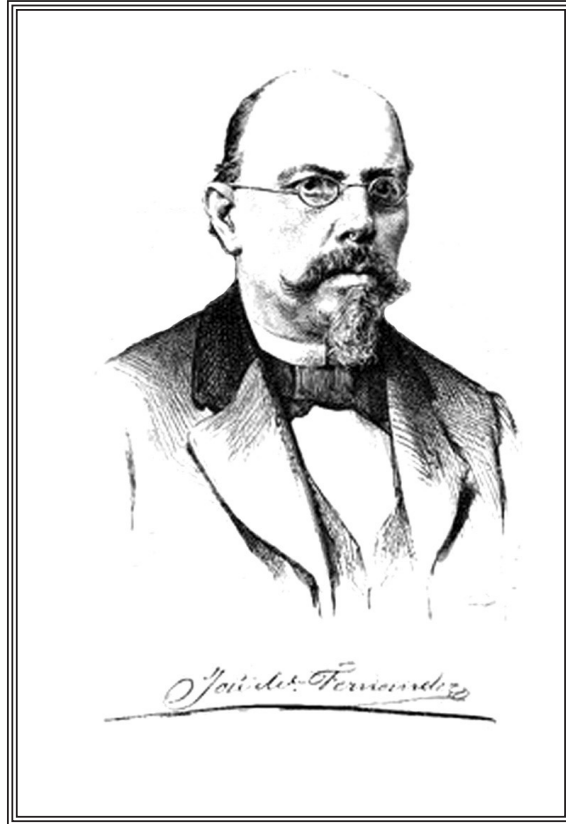
como una muestra de gratitud, deseaban construir un monumento. Con todo el respeto que esa iniciativa merece, no dejemos de prestar también otro homenaje al ejemplo inmortal de ese noble Espíritu bienhechor, edificando, en nosotros mismos, el monumento de la práctica de las dos enseñanzas fundamentales para todo espírita, es decir: «Hermanos, amémonos e instruyámonos».

Simoni Privato Goidanich

Principales fuentes consultadas:

- Amalia Domingo Soler. *Memorias*. 4.^a ed. Araras-São Paulo: Mensaje Fraternal-IDE, 2000.
- Amalia Domingo Soler. *La luz que nos guía*. 3.^a ed. Orihuela-Alicante: Centro Espírita *La Luz del Camino*, 2004.
- Divaldo Pereira Franco. *Hacia las estrellas*. Dictado por diversos Espíritus. 2.^a ed. Araras-São Paulo: Mensaje Fraternal-IDE, 1994.





José María Fernández Colavida

Revista Espírita –Periódico de Estudios Psicológicos

Colección de Textos de Allan Kardec

Después de la publicación de *El Libro de los Espíritus*, el día 18 de abril de 1857, el egregio codificador, inspirado por los Guías de la humanidad, concluyó que era necesario crear un periódico para mantener la correspondencia con los simpatizantes de la nueva doctrina, defenderla de las acusaciones de los enemigos gratuitos, presentar nuevas enseñanzas, divulgar mensajes nuevos y consoladores, culminando en la publicación de la Revista Espírita el 1.º de enero de 1858.

La *Revista Espírita* fue denominada como un *Periódico de Estudios Psicológicos*, en razón del alcance temático presentado, iniciándose la propuesta de una psicología espiritista.

En aquel momento, en que predominaban los conceptos de la filosofía positivista, de Augusto Comte, una audaz psicología del alma se presentaba como un desafío cultural y científico, en condiciones de enfrentar y vencer el materialismo dominante en las Academias y Universidades.

El coraje moral de Allan Kardec, consciente de la grandeza del Espiritismo y de su contenido científico, que demuestra, por intermedio de sus propios métodos experimentales, la legitimidad de sus conceptos, se transformaba en un desafío cultural, portador de los paradigmas filosóficos para la nueva era.

Fundamentándose siempre en la lógica y en la razón, como efecto de la investigación cuidadosa de los hechos, la *Revista Espírita*, se transformó en eficiente órgano de fecunda divulgación, de debates y de esclarecimientos de los nobles postulados espiritistas.

Se iniciaba, entonces, la lucha desigual entre las religiones dominantes, ciegas

en sus ortodoxias, haciendo coro con el materialismo dialéctico, histórico y mecanicista, en contra del Espiritismo, esa ciencia nueva, cuyos fenómenos se encontraban presentes en todas las épocas de la humanidad.

Acusaciones injustificables eran lanzadas de los púlpitos y de las cátedras científicas en contra de los médiums y de los espiritistas en general, intentándose macularles la conducta moral y el comportamiento psíquico, por falta de argumentación propia para superar sus paradigmas profundos.

Muchos periódicos se complacían en ironizar y ridiculizar el Espiritismo y sus adeptos, intentando impedir el desarrollo de sus enseñanzas iluminativas.

El Espiritismo había llegado a la Tierra para quedarse, para producir la revolución científico-filosófico-moral de la sociedad, y no para complacer a los dominadores temporales y equivocados de un momento, luego substituídos por otros más arbitrarios y perversos.

Había sido propuesto por Jesucristo para que fueran recordadas sus lecciones de amor y justicia que serían, como fueron, adulteradas, confundidas y transformadas en instrumentos de poder y de ilusión de los engañados teólogos de todos los tiempos.

Desvestido de cualquier forma dogmática, de supercherías, de ceremoniales, de fórmulas sacramentales, siendo una doctrina de pensamiento y de conducta ética, no tenía que temer a los arbitrarios dominadores de las mentes humanas, manteniendo su firmeza en todos los puntos fundamentales y laborando por la felicidad de los Espíritus encarnados o desencarnados.

Al largo de los años, el maestro de Lyon se utilizó de la *Revista* para mantener ese combate entre las tinieblas de la ignorancia y la luz del conocimiento, entresacando posteriormente artículos, mensajes y estudios que constituirían las demás obras de la Codificación.

Poco conocida, y menos estudiada, incluso por muchos espiritistas, su divulgación, con el respeto que nos merece, es altamente oportuna, especialmente ahora, en estos días de sufrimiento y de incertidumbres para la sociedad, cuando se opera en el planeta terrestre el cambio de *mundo de pruebas y de expiación a mundo de regeneración*, el surgimiento de un compendio más de extractos de los diversos años de su publicación, traducidos al español, facilitando el entendimiento de las enseñanzas espiritistas.

Hacemos votos de éxito en la divulgación de ese volumen, de forma que sus estudios psicológicos puedan encontrar guarida en las mentes y en los corazones que se inquietan por la búsqueda de la verdad.

José María Colavida

(Página psicografiada por el médium Divaldo Pereira Franco en la reunión mediúmnica del Centro Espírita Camino de Redención, en la noche del 20 de enero de 2010, en Salvador, Bahia, Brasil)



REVUE SPIRITE

JOURNAL

D'ÉTUDES PSYCHOLOGIQUES

CONTENANT

Le récit des manifestations matérielles ou intelligentes des esprits, apparitions, évocations, etc., ainsi que toutes les nouvelles relatives au Spiritisme. — L'enseignement des esprits sur les choses du monde visible et du monde invisible, sur les sciences, la morale, l'immortalité de l'âme, la nature de l'homme et son avenir. — L'histoire du Spiritisme dans l'antiquité; ses rapports avec le magnétisme et le somnambulisme; l'explication des légendes et croyances populaires, de la mythologie de tous les peuples, etc.

PUBLIÉ SOUS LA DIRECTION

DE

M. ALLAN KARDEC.

Tout effet a une cause. Tout effet intelligent a une cause intelligente. La puissance de la cause intelligente est en raison de la grandeur de l'effet.

PREMIÈRE ANNÉE

PARIS

BUREAU, RUE DES MARTYRS, 8.

—
1858

(Réserve de tous droits.)

Portada del primer número de la *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos*

Introducción

Este primer volumen de la trilogía *Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos: Colección de Textos de Allan Kardec* está compuesto de diecisiete textos del Codificador del Espiritismo publicados entre 1858 y 1861. El segundo volumen y el tercero contienen textos que Allan Kardec publicó en la *Revue Spirite – Journal d'Études Psychologiques* en los períodos 1862-1865 y 1866-1869, respectivamente.

Toda la traducción al idioma español de esta trilogía fue hecha de los textos originales, escritos en francés por Allan Kardec en la *Revue Spirite – Journal d'Études Psychologiques*. Los originales de Allan Kardec pueden ser consultados en la Biblioteca Espírita Virtual de Obras Raras de la Federación Espírita de Paraná, Brasil, que se encuentra en la siguiente dirección electrónica: <<http://www.bibliotecaespirita.com>>.

No ahorramos esfuerzos para cumplir de la mejor manera posible nuestro deber de traducir con fidelidad y respeto el original de Allan Kardec. Un cuidado especial que pusimos, durante todo el trabajo, fue el de siempre traducir y jamás interpretar, es decir, buscamos transmitir con precisión la idea original del autor, sin ninguna opinión de la traductora. Además, dedicamos particular atención a la traducción de las expresiones idiomáticas francesas. Las obras de referencia utilizadas para la traducción del idioma francés fueron, sobre todo, diccionarios monolingües, como el *Littré* del siglo XIX y el *Petit Robert*. La principal gramática del idioma francés consultada fue *Le bon usage*, de Maurice Grevisse.

Además de guardar fidelidad con el contenido original, mantuvimos el estilo empleado por el Codificador en sus textos. Únicamente, para facilitar la lectura, nos tomamos la libertad de separar algunas frases más largas, sin cambiar su

significado, así como de resaltar frases de los textos poniéndolas en las partes inferiores y superiores de las páginas. También añadimos algunas notas para una mejor comprensión de la traducción.

La revisión del idioma español contó con la asesoría de un especialista, con quien trabajamos personalmente. Utilizamos, como referencia para la revisión, varios textos de la Real Academia Española, tales como la *Gramática de la lengua española* de la Colección Nebrija y Bello, el *Diccionario panhispánico de dudas* y el *Diccionario de la lengua española*, además de la *Gramática de la lengua castellana*, de Andrés Bello. Tomamos en consideración usos reconocidos por la nueva gramática del idioma español.

Sin la autorización y la ayuda espiritual, este trabajo no habría sido posible. Por lo tanto, agradecemos inmensamente al Maestro Jesús la valiosa oportunidad que nos ha sido concedida de realizar este trabajo. Los buenos Espíritus con quienes hemos trabajado en esta trilogía resaltan siempre que los agradecimientos deben ser dirigidos al Maestro Jesús, pero no podemos dejar de agradecerles también.

Registramos, además, nuestra especial gratitud a los nobles Espíritus José María Fernández Colavida y Joanna de Ángelis, así como al médium espírita Divaldo Pereira Franco.

Esperamos que esta colección, que ofrecemos con nuestros mejores sentimientos fraternales, contribuya para el estudio, la divulgación y la vivencia de las enseñanzas publicadas por Allan Kardec en la *Revue Spirite*.

Quito, marzo de 2009.

Simoni Privato Goidanich



Allan Kardec

1 – La Revista Espírita

*Obras póstumas, segunda parte*¹

Pregunta – Tengo la intención de publicar un periódico espírita; ¿pensáis que lo lograré y me aconsejáis hacerlo? La persona a quien me he dirigido, el señor Tiedeman, no parece estar decidida a prestarme su ayuda pecuniaria.

R. – Sí, lo lograrás, con perseverancia. La idea es buena; es necesario, sin embargo, dejarla madurar más.

P. – Temo que otros me tomen la delantera.

R. – Es importante apresurarse.

P. – No quiero otra cosa, pero me falta tiempo. Tengo dos empleos, que me son necesarios, como lo sabéis. Desearía poder renunciar a ellos, a fin de consagrarme por entero a eso, sin otra preocupación.

R. – Por el momento, no debes abandonar cosa alguna; se encuentra siempre tiempo para todo; muévete y lo lograrás.

P. – ¿Debo actuar sin la ayuda del señor Tiedeman?

R. – Actúa con o sin su ayuda; no te inquietes por su causa. Puedes prescindir de él.

P. – Yo tenía la intención de hacer un primer número como ensayo, a fin de fundar el periódico y fijar la fecha, reservándome la posibilidad de seguir, más adelante, si hay motivo para eso. ¿Qué os parece?

R. – La idea es buena, pero el primer número no bastará; sin embargo, es útil e incluso necesario para abrir camino al resto. Será preciso que le

¹ N. de la T.: diálogo de Allan Kardec con un Espíritu sobre la *Revista Espírita* el 15 de noviembre de 1857, en la casa del señor Dufaux. La médium fue la señora E. Dufaux.

dediques mucho cuidado, a fin de asentar las bases de un éxito duradero. Si es defectuoso, será mejor no hacer nada, pues la primera impresión puede decidir su porvenir. Sobre todo al empezar, hay que concentrarse en satisfacer la curiosidad; contener, a la vez, lo serio y lo agradable: lo serio, que atraerá a los sabios; lo agradable, que entretendrá al vulgo. Esta parte es esencial, pero la otra es más importante, ya que, sin ella, el periódico carecería de fundamento sólido. En suma, es necesario evitar, por medio de la variedad, la monotonía; es necesario unir la instrucción sólida y el interés, y eso será un poderoso auxiliar para tus trabajos posteriores.

NOTA – Me apresuré a redactar el primer número y lo hice aparecer el 1.º de enero de 1858, sin haber dicho

nada a nadie. No tenía ni siquiera a un suscriptor ni a un socio capitalista. Lo hice totalmente por mi cuenta y riesgo, y no tuve de qué arrepentirme, pues el resultado sobrepasó mi expectativa. A partir del 1.º de enero, los números se han sucedido sin interrupción y, como lo había previsto el Espíritu, ese periódico se ha vuelto un poderoso auxiliar mío. Reconocí, más tarde, que había sido para mí una dicha no haber tenido a un socio capitalista, pues así estaba más libre, mientras que un extraño hubiera podido querer imponerme sus ideas y su voluntad, y trabar mi marcha. Solo, yo no tenía que rendir cuentas a nadie, aunque, en lo que concernía al trabajo, me era pesada la tarea.

Allan Kardec



2 - Propagación del Espiritismo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
1.º año, n.º 9, septiembre de 1858*

Sucede un fenómeno digno de ser resaltado en la propagación del Espiritismo. Hace apenas algunos años que, resucitado de las creencias antiguas, el Espiritismo ha reaparecido entre nosotros, ya no como antiguamente, a la sombra de los misterios, sino a la luz del día y a la vista de todo el mundo. Para algunos, ha sido objeto de una curiosidad pasajera, una diversión que se deja como un juguete para pasar a otro. En muchos, ha encontrado solamente la indiferencia. En la mayoría, la incredulidad, a pesar de la opinión de los filósofos cuyos nombres son evocados a cada instante en su calidad de autoridad. Esto nada tiene de sorprendente: ¿el propio Jesús convenció a todo el pueblo judío por medio de Sus milagros? ¿Su bondad y la sublimidad de Su doctrina Le

hicieron encontrar gracia ante Sus jueces? ¿No fue Él tratado como bribón e impostor? Y si no se Le aplicó el epíteto de charlatán, es porque no se conocía entonces este término de nuestra civilización moderna.

Sin embargo, personas serias han visto en los fenómenos que acontecen en la actualidad algo diferente a un objeto de frivolidad. Esas personas han estudiado y profundizado con la mirada del observador concienzudo, y han encontrado, en tales fenómenos, la clave de una multitud de misterios hasta entonces incomprensibles. Esto ha sido, para esas personas, un rayo de luz. Y he aquí que, de esos hechos, ha salido toda una Doctrina, toda una Filosofía, podemos decir toda una Ciencia, inicialmente divergente según el punto de vista o la opinión

personal del observador, pero poco a poco tendiente a la unidad de principio.

A pesar de la oposición interesada de algunos, sistemática entre aquellos que creen que la luz solamente puede salir de sus cerebros, esa Doctrina encuentra a numerosos partidarios, porque esclarece a las personas sobre sus verdaderos intereses presentes y futuros, porque responde a la aspiración sobre el porvenir, que queda, de alguna manera, palpable; porque satisface a la vez, en fin, la razón y la esperanza, y disipa las dudas que degenerarían en incredulidad absoluta. Ahora bien, con el Espiritismo, todas las filosofías materialistas o panteístas caen por sí solas. La duda ya no es posible con relación a la Divinidad, a la existencia del alma, a su individualidad, a su inmortalidad. El porvenir del alma se nos aparece como la luz del día, y sabemos que ese porvenir, que siempre deja una puerta abierta

a la esperanza, depende de nuestra voluntad y de los esfuerzos que hacemos por el bien.

Mientras se han visto en el Espiritismo solamente los fenómenos materiales, las personas se han interesado por él como se interesan por un espectáculo, porque se dirigía a los ojos. Pero, a partir del momento en el que el Espiritismo se ha elevado a la categoría de Ciencia Moral, ha sido tomado en serio, porque ha hablado al corazón y a la inteligencia, y cada uno ha encontrado en él la solución de lo que buscaba vagamente en sí mismo. Una confianza basada en la evidencia ha reemplazado la incertidumbre punzante. Desde el punto de vista elevado donde el Espiritismo nos coloca, las cosas terrenales parecen tan pequeñas y tan mezquinas que las vicisitudes de este mundo no son más que incidentes pasajeros que se soportan con paciencia y resignación. La vida corporal es solamente una corta parada

en *la vida del alma*. Para servirnos de la expresión de nuestro sabio e ingenioso cofrade señor Jobard, no es más que un mal albergue donde no se necesita siquiera deshacer el equipaje.

Con la Doctrina Espírita, todo está definido, todo está claro, todo habla a la razón. En suma, todo se explica, y aquellos que se han profundizado en su esencia extraen de ello una satisfacción interior a la que no desean renunciar. Es por eso que la Doctrina Espírita ha encontrado, en tan poco tiempo, numerosas simpatías, y a esas simpatías las recluta, no en un círculo limitado de una localidad, sino en el mundo entero.

Si los hechos no existieran para demostrarlo, lo juzgaríamos por nuestra *Revista*, que tiene solamente algunos meses de existencia y cuyos suscriptores, aunque no llegan todavía a millares, están diseminados por todos los puntos del globo. Además de aquéllos de París y de las

provincias, los tenemos en Inglaterra, Escocia, Holanda, Bélgica, Prusia, San Petersburgo, Moscú, Nápoles, Florencia, Milán, Génova, Turín, Ginebra, Madrid, Shangai en China, Batavia, Cayena, México, Canadá, Estados Unidos, etc. No lo decimos por fanfarronear, sino como un hecho característico. Para que un periódico recién nacido, tan especializado, sea desde hoy solicitado en esas regiones tan diversas y distantes, es necesario que la temática que trata encuentre a partidarios en esas regiones. De otro modo no se lo haría ir, sólo por simple curiosidad, a varios millares de leguas, aunque ese periódico fuera hecho por el mejor escritor. Es, pues, por su temática que despierta interés y no por su poco conocido

**«[La Doctrina Espírita]
esclarece a las personas
sobre sus verdaderos
intereses presentes y
futuros [...].»**

redactor. A los ojos de sus lectores, la temática que trata es, por lo tanto, seria. Queda así en evidencia que el Espiritismo tiene raíces en todas las partes del mundo. Desde ese punto de vista, veinte suscriptores repartidos en veinte países diferentes lo demostrarían más que cien concentrados en una sola localidad, porque no se podría suponer que se trata de una obra de un grupo cualquiera.

La manera en la que el Espiritismo se ha propagado hasta hoy merece una seria atención. Si la prensa hubiera hecho repercutir su voz a favor del Espiritismo, si lo hubiera enaltecido; en suma, si lo hubiera difundido hasta la saciedad en el mundo, se podría decir que el Espiritismo se ha propagado como todas las cosas que se venden gracias a una reputación artificial y que se desean experimentar, aunque sólo sea por curiosidad. Pero nada de eso ha sucedido: en general, la prensa no le ha prestado

voluntariamente ningún apoyo; más bien ha desdeñado el Espiritismo, o si, en pocos intervalos, ha hablado de él, ha sido para ponerlo en ridículo y enviar a los adeptos a las *Petites-Maisons*¹, cosa poco estimulante para aquellos que habrían tenido la veleidad de iniciarse en el Espiritismo. El propio señor Home² apenas ha tenido el honor de recibir algunas menciones relativamente serias, mientras que los acontecimientos más vulgares encuentran un gran espacio en la prensa.

Es fácil ver, en el lenguaje de los adversarios, que éstos hablan del Espiritismo como los ciegos hablarían de los colores, sin conocimiento de causa, sin examen serio y profundo, y tan sólo basados en una primera impresión. Por eso, sus argumentos se limitan a una negación pura y simple, ya que no les daremos a las pupilas chistosas la honra de denominarlas argumentos. Por más ingeniosas que sean, las bromas no son razones.

Sin embargo, no se debe acusar de indiferencia o de mala voluntad a todo el personal de la prensa. El Espiritismo cuenta con individuos en la prensa que son partidarios sinceros, y conocemos a varios de ellos entre los escritores más distinguidos. ¿Por qué, pues, ellos se quedan en silencio? Es que, al lado de la cuestión de la creencia, hay la de la personalidad, todopoderosa en este siglo. Entre ellos, del mismo modo que entre muchos otros, la creencia está concentrada, no expansiva. Además, están obligados a seguir los procedimientos de su periódico y temen perder a sus suscriptores si ostentan, de forma decidida, una bandera cuyo color podría desagradar a algunos entre ellos.

¿Esta situación durará? No; en poco tiempo, sucederá con el Espiritismo lo que ha sucedido con el Magnetismo, del que antiguamente se hablaba solamente en voz baja y que ya no se teme reconocer hoy en día. Ninguna idea nueva, por más bella

y justa que sea, se implanta instantáneamente en la mentalidad de las masas, y aquella que no encontrara oposición sería un fenómeno totalmente insólito. ¿Por qué el Espiritismo sería una excepción a la regla común? Es necesario para las ideas, así como para los frutos, el tiempo de madurar. Pero la ligereza humana hace que se las juzgue antes de su madurez, o sin siquiera darse el trabajo de sondear sus cualidades íntimas. Esto nos hace recordar la fábula ingeniosa de *la Joven Mona, el Mono y la Nuez*. Como se sabe, esta joven mona cosecha una nuez que tiene su cáscara todavía verde. Ella la muerde, hace un mohín y la rechaza sorprendiéndose de que se considere como buena a una cosa tan amarga. Pero un viejo mono, menos superficial, y sin duda profundo pensador de su especie, recoge la nuez, la rompe, la pela, la come, y la considera deliciosa, lo que propicia una hermosa moraleja a la capacidad de todas las personas que juzgan las cosas

nuevas por su apariencia.

El Espiritismo ha tenido, pues, que marchar sin el apoyo de ningún auxilio extraño, y he aquí que, en cinco o seis años, se ha difundido con una rapidez prodigiosa. ¿De dónde ha sacado esa fuerza, sino de sí mismo? Es necesario, pues, que él tenga en su esencia alguna cosa muy poderosa para ser así propagado sin los medios estimulantes de la publicidad. Es que, como lo habíamos dicho anteriormente, quienquiera que se dé el trabajo de profundizar en él, encuentra lo que buscaba, lo que su razón le hacía entrever, una verdad consoladora; en resumidas cuentas, extrae de él la esperanza y una verdadera satisfacción. Por eso, las convicciones adquiridas son serias y duraderas: no son opiniones ligeras que un soplo hace nacer y que otro soplo hace desaparecer. Alguien nos decía últimamente: «Encuentro en el Espiritismo una esperanza tan suave, extraigo de él consuelos tan dulces y

tan grandes, que todo pensamiento contrario me dejaría muy desdichado, y siento que mi mejor amigo se me volvería insoportable si intentara arrancarme de esa creencia». Cuando una idea no tiene raíces, puede causar un brillo pasajero, como esas flores que se hacen crecer a la fuerza; pero, en poco tiempo, por falta de sustento, esa idea muere y ya no se habla más de ella. Al contrario, aquellas ideas que tienen una base seria crecen y persisten: acaban por identificarse tanto con las costumbres que, más tarde, uno se sorprende de que alguna vez se haya podido pasar sin ellas.

Si el Espiritismo no ha sido ayudado por la prensa de Europa, no pasa lo mismo, se dirá, con la de América. Eso es verdad hasta cierto punto. Hay en América, como en todos los demás lugares, la prensa general y la prensa especializada. La primera, sin duda, trata mucho más de Espiritismo que entre nosotros,

aunque menos de lo que se piensa; tiene también sus órganos hostiles. La prensa especializada cuenta, en Estados Unidos solamente, con dieciocho periódicos espíritas, de los cuales diez son semanales y varios son de gran formato. Se ve que estamos todavía muy atrás bajo ese aspecto. Pero tanto allá como acá, los periódicos especializados se dirigen a las personas especializadas. Es evidente que una gaceta médica, por ejemplo, no será investigada de preferencia ni por arquitectos, ni por juristas; del mismo modo, un periódico espírita es leído, con pocas excepciones, solamente por los partidarios del Espiritismo. El gran número de periódicos americanos que tratan esa materia demuestra una cosa: es que tienen suficientes lectores para mantenerlos. Han hecho mucho, sin duda, pero su influencia es, en general, puramente local; la mayoría de ellos son desconocidos para el público europeo, y nuestros periódicos los han mencionado muy rara vez.

Al decir que el Espiritismo se ha propagado sin el apoyo de la prensa, nos referimos a la prensa en general; a aquella que se dirige a todo el mundo, a aquella cuya voz alcanza cada día a millones de oídos, a aquella que penetra en los retiros más oscuros, a aquella con la que el anacoreta, en el fondo de su desierto, puede estar al corriente de lo que sucede del mismo modo que el habitante de la ciudad, a aquella, en fin, que siembra las ideas a manos llenas. ¿Cuál es el periódico espírita que se puede ufanar de hacer resonar, de esta manera, los ecos del mundo? Habla a las personas convencidas; no atrae la atención de los indiferentes. Decimos, pues, la verdad al afirmar que el Espiritismo ha sido dejado a sus propias fuerzas; si por sí mismo él ha dado pasos tan grandes, ¿qué ocurrirá cuando él pueda disponer de la poderosa palanca de la gran publicidad! Mientras tanto, prepara el terreno; por todos los lugares, sus ramas encontrarán puntos de

apoyo; por todos los lugares, en fin, encontrará voces cuya autoridad impondrá silencio a sus detractores.

La calidad de los adeptos del Espiritismo merece una atención particular. ¿Son reclutados en los niveles inferiores de la sociedad, entre las personas iletradas? No; éstas se ocupan poco o nada del Espiritismo; apenas han oído hablar de él. Las propias mesas giratorias han encontrado en ellos a pocos practicantes. Hasta el presente, los prosélitos del Espiritismo están en los primeros niveles de la sociedad, entre las personas esclarecidas, los hombres de saber y de razonamiento. Y, cosa notable, los médicos, que han hecho, durante tanto tiempo, una guerra encarnizada en contra del Magnetismo, se unen, sin dificultad, alrededor de la Doctrina Espírita; contamos con un gran número de ellos, entre nuestros suscriptores, tanto en Francia como en el extranjero. También se encuentra, entre los suscriptores, a una gran

mayoría de personas superiores en todos los aspectos, a notables científicos y literatos, a altos dignatarios, a funcionarios públicos, a oficiales generales, a negociantes, a eclesiásticos, a magistrados, etc., personas, todas éstas, demasiado serias para tomar como pasatiempo un periódico que, como el nuestro, no se considera divertido, y mucho menos serían sus suscriptores si creyeran encontrar en él solamente ensueños.

La *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas* es una prueba evidente de esa verdad, por la selección de las personas que reúne. Sus sesiones son seguidas con un interés constante, una atención religiosa, podemos incluso decir con avidez, y, sin embargo, en ella, sus miembros solamente se ocupan de estudios graves, serios, frecuentemente muy abstractos, y no de experimentos propios a estimular la curiosidad. Hablamos de lo que sucede bajo nuestros ojos, pero podemos decir lo mismo de todos los

centros que se ocupan del Espiritismo desde el mismo punto de vista, pues, casi en todos los lugares (como los Espíritus lo habían anunciado), *el período de la curiosidad está llegando a su decadencia*. Esos fenómenos nos han hecho penetrar en un orden de cosas tan grande, tan sublime, que, comparado con esas cuestiones serias, un mueble que gira o que da golpes es un juguete de niño: es el *abc* de la Ciencia.

Se sabe, además, a qué atenerse ahora en lo que concierne a la calidad de los Espíritus golpeadores y, en general, de aquellos que producen efectos materiales. Han sido justamente nombrados los saltimbanquis del mundo espírita; es por eso que se pone menos atención en ellos que en aquellos que nos pueden esclarecer.

Se pueden señalar cuatro etapas o períodos distintos en la propagación del Espiritismo:

1.º El de la *curiosidad*, en el cual los Espíritus golpeadores han de-

sempeñado el papel principal para llamar la atención y preparar los caminos.

2.º El de la *observación*, en el cual entramos y que también se puede llamar el período filosófico. El Espiritismo se profundiza y se depura; tiende a la unidad de la Doctrina y se constituye como Ciencia.

Vendrán a continuación:

3.º El período de la *admisión*, en el que el Espiritismo tendrá un rango oficial entre las creencias universalmente reconocidas.

4.º El período de la *influencia sobre el orden social*. Es entonces que la humanidad, bajo la influencia de esas ideas, entrará en un nuevo camino moral. Esa influencia, desde hoy, es individual; más tarde, actuará sobre las masas para el bien general.

Así, por un lado, he aquí una creencia que se esparce en el mundo entero por sí misma, de a poco, sin ninguno de los medios usuales de

propaganda forzada; por otro lado, esa misma creencia gana raíces, no en los niveles bajos de la sociedad, sino en su parte más esclarecida. ¿No hay, en ese doble hecho, algo muy característico y que debe llevar a reflexionar a todos aquellos que tratan todavía al Espiritismo como un sueño vacío? A diferencia de muchas otras ideas que parten de lo bajo, informes o desnaturalizadas, y que, después de mucho tiempo, penetran los niveles superiores, donde se depuran, el Espiritismo parte de lo alto, y solamente llegará a las masas desprovisto de las ideas falsas inseparables de las cosas nuevas.

Sin embargo, se debe reconocer que hay todavía, en muchos adeptos, solamente una creencia latente. El miedo al ridículo en algunos, en otros el temor de perjudicarse al herir ciertas susceptibilidades, les impiden anunciar abiertamente sus opiniones. Ello es pueril, sin duda, y, sin embargo, lo comprendemos. No

se puede solicitar a ciertas personas lo que la naturaleza no les ha dado: el valor de desafiar el «qué dirán». Pero cuando el Espiritismo esté en todas las bocas, y ese tiempo no está lejos, ese valor vendrá a los más tímidos. Un cambio notable ya se ha operado, bajo ese aspecto, desde hace algún tiempo. Se habla del Espiritismo más abiertamente; las personas se arriesgan, y eso les hace abrir los ojos a los propios antagonistas, que se preguntan si es prudente, en el interés de su propia reputación, atacar una creencia que se infiltra, a pesar de ellos, por todos los lugares y encuentra sus apoyos en el ápice de la sociedad. Por eso, el epíteto de locos, tan ampliamente prodigado a los adeptos, empieza a volverse ridículo; es tan comúnmente usado que se vuelve trivial, pues muy pronto los locos serán más numerosos que las personas sensatas, y ya más de un crítico se ha puesto de parte de ellos. Esto es,

además, el cumplimiento de lo que han anunciado los Espíritus al decir que: los más grandes adversarios

del Espiritismo se volverán sus más calurosos partidarios y más ardientes propagadores.

¹ N. de la T.: «*Petites-Maisons*» - hospital de París donde se encerraban a los enfermos mentales.

² N. de la T.: Daniel Dunglas Home (1833 – 1886), médium no espírita de notables efectos físicos.



3 – Polêmica espírita

*Revista Espírita – Periódico de Estudos Psicológicos,
1.º año, n.º 11, noviembre de 1858*

Varias veces se nos ha preguntado por qué no respondíamos, en nuestro periódico, a los ataques de ciertas publicaciones que iban dirigidos contra el Espiritismo en general, contra sus partidarios y, algunas veces, contra nosotros mismos. Pensamos que, en ciertos casos, el silencio es la mejor respuesta. Además, hay un género de polémica sobre la que hemos hecho una ley abstenernos: es aquella que puede degenerar en personalismo. No solamente nos repugna, sino también nos tomaría un tiempo que podemos emplear más útilmente, y sería muy poco interesante para nuestros lectores, que se suscriben a la *Revista* para instruirse y no para oír diatribas más o menos ingeniosas. Ahora bien, una vez comprometidos con ese camino, sería difícil salir de él.

Es por eso que preferimos no entrar, y pensamos que el Espiritismo sólo puede ganar en dignidad con eso. Hasta el momento, únicamente tenemos que felicitarnos por nuestra moderación. No nos desviaremos, y jamás les daremos gusto a los cultivadores del escándalo.

Pero hay polémicas y polémicas. Existe una ante la que jamás retrocederemos: es la discusión seria de los principios que profesamos. Sin embargo, incluso acá hay una distinción que hacer. Si se trata solamente de ataques generales dirigidos contra la Doctrina, sin otro propósito determinado sino el de criticar y que, además, vengan de parte de personas que rechazan por anticipado todo lo que no comprenden, no merecen que se les haga caso. El terreno que el Espiritismo gana cada día es una res-

«[...] hay un género de polémica sobre la que hemos hecho una ley abstenernos: es aquella que puede degenerar en personalismo.»

puesta suficientemente perentoria y que debe demostrarles que sus sarcasmos no han producido gran efecto. Por eso, observamos que el disparo continuo de las bromas de las que recientemente los partidarios de la Doctrina eran objeto se extingue poco a poco. Uno se pregunta si hay de qué reírse cuando se ve a tantas personas eminentes que adoptan esas ideas nuevas; algunos se ríen sin tener deseos y por costumbre, muchos otros ya no se ríen y esperan.

Notemos, además, que, entre los críticos, hay muchas personas que hablan sin conocer el tema, sin haberse dado el trabajo de profundizar en él. Para contestarles sería necesario recomenzar incesantemente las explicaciones más elementales y repetir lo que ya

hemos escrito –lo que pensamos que es inútil. No sucede lo mismo con aquellos que han estudiado y que no han comprendido todo, con aquellos que desean seriamente esclarecerse, que suscitan objeciones con conocimiento de causa y buena fe. En ese terreno, aceptamos la controversia, sin que estemos persuadidos de que vamos a resolver todas las dificultades, lo que sería demasiado pretencioso. La Ciencia Espírita está en su comienzo, y no nos ha dicho todavía todos sus secretos, por más maravillas que nos haya revelado. ¿Cuál es la ciencia que no tiene hechos aún misteriosos e inexplicados? Confesaremos, pues, sin pudor nuestro desconocimiento sobre todos los puntos que no nos sea posible contestar. Así, lejos de rechazar las objeciones y las preguntas, las solicitamos, a condición de que no sean inútiles y de que no nos hagan perder nuestro tiempo en futilidades, porque se trata de un medio de esclarecimiento.

Es a ello a lo que llamamos una polémica útil, y lo será siempre y cuando ocurra entre personas serias que se res-

peten lo suficiente como para no apartarse de las reglas de urbanidad. Podemos pensar de diferente manera sin que, por eso, nos estimemos menos. ¿Qué buscamos todos nosotros, en definitiva, en ese tema tan palpitante y tan fecundo del Espiritismo? Esclarecernos; buscaremos ante todo la luz, no importa de dónde venga, y, si expresamos nuestra manera de ver, es solamente una opinión individual, que no pretendemos imponer a nadie; la dejamos en discusión y estaremos totalmente prestos a renunciar a ella si se nos demuestra que estamos equivocados. Esa polémica la hacemos todos los días en nuestra *Revista* por medio de las respuestas o de las refutaciones colectivas que ofrecemos aprovechando la ocasión de este o de aquel artículo, y

aquellos que nos hacen el honor de escribirnos siempre encontrarán allí la respuesta a lo que nos preguntan, cuando no nos es posible darla individualmente por escrito, ya que el tiempo material no nos lo permite siempre. Sus preguntas y objeciones son objetos de estudio de las que sacamos provecho para nosotros mismos y de las que estamos felices de sacar provecho para nuestros lectores, al tratarlas a medida que las circunstancias conduzcan los hechos que puedan tener relación con ellas. Tenemos igualmente la satisfacción de dar verbalmente las explicaciones que puedan sernos solicitadas por las personas que nos honran con sus visitas y, en esas conferencias marcadas por una benevolencia recíproca, nos esclarecemos mutuamente.



4 – Escollos de los médiums

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
2.º año, n.º 2, febrero de 1859

La mediumnidad es una facultad múltiple, que presenta una variedad infinita de matices en sus medios y en sus efectos. Quienquiera que sea apto para recibir o para transmitir las comunicaciones de los Espíritus es, por eso mismo, médium, cualquiera que sea el modo empleado o el grado de desarrollo de la facultad, desde la simple influencia oculta hasta la producción de los fenómenos más insólitos. Sin embargo, en el uso corriente, esta palabra tiene una acepción más limitada y se refiere generalmente a las personas dotadas de una potencia mediadora suficientemente grande, sea para producir efectos físicos, sea para transmitir el pensamiento de los

Espíritus por medio de la escritura o del habla.

Aunque esa facultad no es un privilegio exclusivo, es cierto que encuentra a refractarios, por lo menos en el sentido que se le da. También es cierto que presenta escollos para aquellos que la poseen; que puede alterarse, incluso perderse, y frecuentemente ser una fuente de graves desengaños. Es sobre este punto que pensamos que es útil llamar la atención de todos aquellos que se ocupan de las comunicaciones espíritas, sea directamente, sea por intermediario. Decimos por intermediario porque también es importante, para aquellos que se sirven de médiums, el poder apreciar la valía de ellos y la confianza que merecen sus comunicaciones.

El don de la mediumnidad está relacionado con causas que todavía no son perfectamente conocidas y en las que lo físico parece tener una gran participación. A primera vista, parecería que un don tan precioso solamente debe estar repartido entre almas de élite. Ahora bien, la experiencia demuestra lo contrario, pues se encuentra a médiums poderosos entre personas cuya moral deja mucho que desear, mientras que otras, estimables bajo todos los aspectos, están privadas de la mediumnidad. Aquel que fracasa, a pesar de su deseo, de sus esfuerzos y de su perseverancia, no debe sacar conclusiones desfavorables sobre sí mismo, tampoco creerse indigno de la benevolencia de los buenos Espíritus. Si esa gracia no le ha sido concedida, hay otras que, sin duda, le pueden ofrecer una amplia compensación. Por la misma razón, aquel que se beneficia de ese don no podría enorgullecerse de eso, pues la mediumnidad no es, para él, la señal de ningún mérito

personal. El mérito no está, pues, en la posesión de la facultad mediúmnica, que puede ser concedida a todo el mundo, sino en el uso que se puede hacer de ella. Esta es una distinción capital que jamás se debe perder de vista: el buen médium no es aquel que recibe comunicaciones fácilmente, sino únicamente el que tiene la aptitud de recibir solamente buenas comunicaciones. Ahora bien, aquí es donde las condiciones morales del médium son todopoderosas y donde también están los más grandes escollos para él.

Para darse cuenta de esta situación y comprender lo que vamos a decir, es necesario referirse a este principio fundamental: entre los Espíritus, hay todos los grados de bien y de mal, de ciencia y de ignorancia; los Espíritus pululan alrededor de nosotros y, cuando pensamos que estamos solos, estamos incesantemente rodeados de seres que nos codean, algunos con indiferencia, como extraños, otros que nos observan con

intenciones benévolas, en mayor o en menor grado, según su naturaleza.

El proverbio «*Quien se asemeja se reúne*»¹ tiene su aplicación tanto entre los Espíritus como entre nosotros, y más aún entre ellos, si eso es posible, porque no están como nosotros bajo la influencia de las consideraciones sociales. Sin embargo, si entre nosotros, algunas veces, esas consideraciones mezclan a personas con maneras y gustos muy diferentes, esa mezcla es solamente, en cierto modo, material y transitoria; la similitud o la divergencia de los pensamientos será siempre la causa de las atracciones y de las repulsiones.

Nuestra alma, que, en definitiva, es sólo un Espíritu encarnado, no deja de ser Espíritu. Si el Espíritu está momentáneamente revestido de un envoltorio material, sus relaciones con el mundo incorpóreo, aunque son menos fáciles que en el estado de libertad, no están interrumpidas, por eso, de una manera absoluta. El pen-

samiento es el vínculo que nos une a los Espíritus, y por el pensamiento atraemos a aquellos que tienen afinidad con nuestras ideas y nuestras inclinaciones. Imaginemos, pues, la masa de los Espíritus que nos rodean como la multitud que encontramos en el mundo; en todos los lugares adonde preferimos ir, encontramos a personas atraídas por los mismos gustos y los mismos deseos; a las reuniones que tienen un objetivo serio, van las personas serias; a aquellas que tienen un objetivo frívolo, van las personas frívolas; por eso, por todos los lugares, se encuentra a Espíritus atraídos por el pensamiento dominante. Si lanzamos un vistazo sobre el estado moral de la humanidad en general, concebiremos sin dificultad que, en esa multitud oculta, los Espíritus elevados no deben estar en mayoría; esta es una de las consecuencias del estado de inferioridad de nuestro globo.

Los Espíritus que nos rodean no son pasivos. Es un pueblo esencial-

mente dinámico, que piensa y actúa incesantemente, que nos influencia sin que lo sepamos, que nos estimula o nos disuade, que nos impulsa al bien o al mal, lo que no nos quita más nuestro libre albedrío que los consejos buenos o malos que recibimos de nuestros semejantes. Pero cuando los Espíritus imperfectos incitan a alguien a hacer una cosa mala, saben muy bien a quién se dirigen y no van a perder su tiempo donde ven que serán mal recibidos. Ellos nos estimulan según nuestras inclinaciones o los gérmenes que ven en nosotros y nuestra disposición a escucharlos: he aquí el motivo por el cual el hombre firme en los principios del bien no les da cabida.

Esas consideraciones nos conducen naturalmente a la cuestión de los médiums. Estos últimos están, como todo el mundo, sometidos a la influencia oculta de los Espíritus buenos o malos. Los médiums los atraen o los repelen según las afinidades de su carácter personal. Los Espíritus

malos se aprovechan de toda imperfección como un punto vulnerable para introducirse e inmiscuirse, sin que los médiums lo sepan, en todos los actos de la vida privada. Además, al encontrar en el médium un medio de expresar su pensamiento de una manera inteligible y de demostrar su presencia, esos Espíritus se mezclan en las comunicaciones, las provocan, porque esperan tener más influencia por ese medio, y acaban por dominar con autoridad. Se sienten a gusto, al apartar a los Espíritus que podrían oponerse a ellos. Si es necesario, toman el nombre de esos Espíritus y hasta el lenguaje de ellos para engañar. Pero no pueden sostener ese papel por mucho tiempo, y por poco que sea el contacto que tengan con un observador experimentado e imparcial, son desenmascarados muy rápidamente. Si el médium se deja llevar por esa influencia, los buenos Espíritus se alejan de él, o no vienen, en absoluto, cuando se los llama, o solamente vienen con repugnan-

cia, porque ven que el Espíritu que se ha identificado con el médium, que en cierto modo se ha fijado en él, puede alterar sus instrucciones. Si tenemos que elegir a un intérprete, a un secretario, a un mandatario cualquiera, es evidente que elegiremos no solamente a una persona capaz, sino también digna de nuestra estima, y que no confiaremos una misión delicada ni nuestros intereses a una persona corrupta o que frecuenta una sociedad sospechosa. Sucede lo mismo con los Espíritus. Los Espíritus superiores no elegirán para transmitir instrucciones serias a un médium que tenga vínculos con Espíritus frívolos, A MENOS QUE HAYA NECESIDAD Y QUE NO TENGAN A OTROS A SU DISPOSICIÓN POR EL MOMENTO, o *a menos que deseen dar una lección al propio médium*, lo que sucede algunas veces; pero entonces se sirven del médium sólo accidentalmente y lo abandonan tan pronto encuentran a otros mejores, dejándole con sus afinidades si

él las mantiene. El médium perfecto sería, pues, aquel que no diera ningún acceso a los malos Espíritus por una imperfección cualquiera. Esta condición es muy difícil de llenar; pero si la perfección absoluta no les ha sido concedida a las personas, les es siempre dado aproximarse a ella por medio de sus esfuerzos, y los Espíritus toman en cuenta sobre todo los esfuerzos, la voluntad y la perseverancia.

Así, el médium perfecto tendría solamente comunicaciones perfectas en verdad y en moralidad. Al no ser posible la perfección, el mejor médium será aquel que tenga las mejores comunicaciones: es por la obra que se lo puede juzgar. Comunicaciones constantemente buenas y elevadas, y en las que no haya penetrado ningún indicio de inferioridad, serían, indudablemente, una prueba de la superioridad moral del médium, porque testificarían buenas afinidades. Debido al hecho de que el médium no puede ser perfecto, Espíritus frívolos,

bribones y mentirosos pueden mezclarse en sus comunicaciones, alterar la pureza de ellas e inducirlo al error, a él y a aquellos que se dirigen a él. Ahí está el escollo más grande del Espiritismo, y no disimularemos su gravedad. ¿Se lo puede evitar? Decimos claramente: sí, se puede; el medio no es difícil, solamente demanda buen juicio.

Las buenas intenciones, incluso la moral del médium, no siempre bastan para preservarlo, en sus comunicaciones, de la injerencia de los Espíritus frívolos, mentirosos o pseudosabios. Además de los defectos de su propio Espíritu, el médium les puede dar cabida por otras causas; la principal es la debilidad de su carácter y una desmedida confianza en la invariable superioridad de los Espíritus que se comunican por él. Esa confianza ciega está relacionada con una causa que explicaremos pronto. Si no se quiere ser engañado por esos Espíritus frívolos, es necesario juzgarlos y, para eso, tenemos un

criterio infalible: el buen sentido y la razón. Conocemos las cualidades del lenguaje que caracterizan, entre nosotros, a las personas verdaderamente buenas y superiores; esas cualidades son las mismas para los Espíritus; debemos juzgarlos por su lenguaje. No está demás repetir lo que caracteriza el lenguaje de los Espíritus elevados: es constantemente digno, noble, sin fanfarronada ni contradicción, puro de toda trivialidad, marcado por una inalterable benevolencia. Los buenos Espíritus aconsejan; no ordenan; *no se imponen*; sobre lo que ignoran, se callan. Los Espíritus frívolos hablan con la misma seguridad de lo que saben y de lo que no saben, contestan a todo sin preocuparse por la verdad. Hemos visto, en una comunicación supuestamente seria, a Espíritus frívolos que colocan, con un imperturbable aplomo, a César en el tiempo de Alejandro; a otros que afirman que no es la Tierra la que gira alrededor del Sol. En suma, toda expresión grosera o simplemente inconve-

niente, toda marca de orgullo y de pretensión, toda máxima contraria a la sana moral, toda herejía científica notoria es, entre los Espíritus, como entre las personas, una señal irrefutable de mala naturaleza, de ignorancia o, por lo menos, de ligereza. De donde se deduce que se debe pesar todo lo que dicen los Espíritus y hacerlo pasar por la criba de la lógica y del buen sentido; es una recomendación que nos hacen incesantemente los buenos Espíritus. «Dios –nos dicen ellos– no os ha dado el juicio para nada; servíos, pues, de él para saber con quién tenéis contacto». Los malos Espíritus temen el examen y dicen: «Aceptad nuestras palabras y no las juzguéis». Si estuvieran conscientes de estar en lo verdadero, no temerían la luz.

La costumbre de escrutar las mínimas palabras de los Espíritus, de pesar el valor de ellas (desde el punto de vista del pensamiento, no de la forma gramatical, por la que

ellos poco se preocupan), aleja forzosamente a los Espíritus mal intencionados, que no vienen, entonces, a perder inútilmente su tiempo, ya que se rechaza todo lo que es malo o de origen sospechoso. Pero cuando se acepta ciegamente todo lo que dicen, cuando uno se pone, por así decirlo, de rodillas ante su pretenciosa sabiduría, ellos hacen lo que las personas harían: engañan.

Si el médium es señor de sí mismo, si no se deja dominar por un entusiasmo irreflexivo, puede hacer lo que aconsejamos. Pero frecuentemente sucede que el Espíritu lo subyuga al punto de fascinarlo y hacerlo considerar admirables las cosas más ridículas, y él tanto se deja llevar por esa perniciosa confianza que, confiado en sus buenas intenciones y en sus buenos sentimientos, cree que eso basta para apartar a los malos Espíritus. No, eso no basta, pues a esos Espíritus les encanta hacerle caer en la trampa aprovechando su debili-

**«De todas las
disposiciones morales,
aquella que da más
cabida a los Espíritus
imperfectos es el
orgullo.»**

dad y su credulidad. ¿Qué hacer entonces? Buscar a un tercero desinteresado que, al juzgar con sangre fría e imparcialidad, podrá ver una paja donde no se veía una viga.

La Ciencia Espírita exige una gran experiencia, que sólo se adquiere, como en todas las ciencias filosóficas y otras, por medio de un estudio largo, constante y perseverante, y por numerosas observaciones. No comprende solamente el estudio de los fenómenos propiamente dichos, sino también, y sobre todo, de las costumbres, si podemos decirlo así, del mundo oculto, desde el más bajo hasta el más alto grado de la escala. Sería demasiado pretensioso creerse

suficientemente esclarecido y convertido en maestro después de algunos intentos. Tal pretensión no sería de una persona seria; pues quienquiera que lanza una mirada escrutadora sobre esos misterios extraños, ve desarrollarse, ante sí, un horizonte tan vasto que apenas los años son suficientes para alcanzarlo; ¡y hay aquellos que pretenden hacerlo en algunos días!

De todas las disposiciones morales, aquella que da más cabida a los Espíritus imperfectos es el orgullo. El orgullo es para los médiums un escollo tanto más peligroso porque ellos no lo admiten. Es el orgullo lo que les da esa creencia ciega en la superioridad de los Espíritus que se unen a ellos, porque se sienten lisonjados por ciertos nombres que les imponen. Tan pronto un Espíritu les dice: «Soy tal persona», se inclinan y se abstienen de dudar de eso, pues su amor propio sufriría al encontrar, bajo esa máscara, a un Espíritu de bajo nivel

o de mala naturaleza. El Espíritu que ve el lado débil se aprovecha de eso. Adula a su supuesto protegido, le habla de orígenes ilustres, que lo inflan de orgullo aún más, le promete un porvenir brillante, los honores, la fortuna, de la que él parece ser el distribuidor; si es necesario, le dedica una ternura hipócrita. ¿Cómo resistir a tanta generosidad? En suma, el Espíritu lo engaña y lo conduce, como se dice vulgarmente, a su antojo; su felicidad está en tener a un ser bajo su dependencia. Hemos interrogado a más de un Espíritu sobre los motivos de su obsesión; uno de ellos nos contestó esto: «*Quiero tener a un hombre que haga mi voluntad; es mi placer*». Cuando le dijimos que haríamos de todo para desbaratar sus artificios y para abrirle los ojos de su oprimido, él dijo: «*Lucharé contra vosotros, y no tendréis éxito, pues haré tanto que él no os creerá*». De hecho, esa es una de las tácticas de esos Espíritus malhechores; le inspiran al médium la desconfianza y el alejamiento de las per-

sonas que pueden desenmascarar a estos Espíritus y darle buenos consejos. Jamás semejante cosa sucede de parte de los buenos Espíritus. Todo Espíritu que sopla la discordia, que incita la animosidad, que alimenta disentiimientos, revela, por eso mismo, su mala naturaleza. Sería necesario estar ciego para no comprenderlo y para creer que un buen Espíritu pueda impulsar al desacuerdo.

El orgullo se desarrolla frecuentemente en el médium a medida que su facultad se agranda; ésta le da importancia; las personas lo buscan, y él acaba por creerse indispensable. Por eso, hay en el médium, algunas veces, un tono de arrogancia y de pretensión, o aires de vanidad y de desdén, incompatibles con la influencia de un buen Espíritu. Aquel que cae en esa imperfección está perdido, pues Dios le ha concedido su facultad para el bien y no para satisfacer su vanidad o hacer de ella un escabel para su ambición. El médium se olvida de que ese poder del que

está orgulloso le puede ser retirado y que, frecuentemente, sólo le ha sido concedido como prueba, del mismo modo que la fortuna a ciertas personas. Si abusa de ese poder, los buenos Espíritus lo abandonan poco a poco, y él se vuelve el juguete de los Espíritus frívolos, que lo ilusionan, satisfechos por haber vencido a aquel que se creía fuerte. Es así que hemos visto aniquilarse y perderse las facultades más preciosas que, sin eso, hubieran podido volverse las más poderosas y los más útiles auxiliares. Eso se aplica a todos los géneros de médiums, sean para las manifestaciones físicas, sean para las comunicaciones inteligentes.

Desafortunadamente, el orgullo es uno de los defectos que se está menos dispuesto a reconocer en uno mismo y que se puede menos hacer reconocer en los otros, porque ellos no lo creen. Id, pues, a decir a uno de esos médiums que se deja conducir como a un niño, él os dará la espalda diciendo que sabe comportarse y

que no veis claro. Podéis decirle a un hombre que es ebrio, libertino, perezoso, torpe e imbécil, él se reirá de eso o lo reconocerá. Decidle que es orgulloso, él se enfadará; prueba evidente de que habréis dicho la verdad. Los consejos, en ese caso, son tanto más difíciles mientras el médium evite a las personas que se los podrían dar, huye de una intimidad que él teme. Los Espíritus imperfectos, al sentir que los consejos son golpes dados a su poder, impulsan al médium hacia las personas que lo alimentan en sus ilusiones. Así el médium se estará provocando decepciones, con las que su amor propio tendrá más de una vez que sufrir; él deberá darse por feliz si no resulta de eso algo más grave para sí.

Si hemos insistido largamente sobre este punto, es que la experiencia nos ha demostrado, en muchas ocasiones, que esto es uno de los grandes escollos para la pureza y la sinceridad de las comunicaciones de los médiums. Es casi inútil,

después de eso, hablar de las otras imperfecciones morales, tales como el egoísmo, la envidia, los celos, la ambición, la codicia, la dureza de corazón, la ingratitud, la sensualidad, etc. Se comprende que ellas también son puertas abiertas a los Espíritus imperfectos o, por lo menos, causas de debilidad. Para repeler a esos últimos, no basta decirles que se vayan; tampoco basta quererlo y, mucho menos, conjurarlos: es necesario cerrarles la puerta y los oídos, probarles que se es más fuerte que ellos, que se está firmemente por el amor al bien, la caridad, la dulzura, la simplicidad, la modestia y el desinterés, cualidades que nos granjean la benevolencia de los buenos Espíritus; es el apoyo de ellos lo que nos da fortaleza y si, algunas veces, dejan que nos enfrentemos con los malos, eso es una prueba para nuestra fe y nuestro carácter.

Que los médiums no se asusten demasiado, sin embargo, por la severidad de las condiciones de las que

acabamos de hablar. Son lógicas, se lo reconocerá, pero los médiums no tienen razón para desanimarse. Las malas comunicaciones que se pueden tener son el indicio de alguna debilidad, es verdad, pero no siempre son una señal de indignidad; se puede ser débil y bueno. Es, en todo caso, un medio de reconocer sus propias imperfecciones. Ya lo hemos dicho en otro artículo que no hay necesidad de ser médium para estar bajo la influencia de Espíritus malos, que actúan a la sombra. Con la facultad mediúmnica, el enemigo se muestra y se traiciona; se sabe con quién se mantiene contacto y se lo puede combatir; es así que una mala comunicación puede volverse una lección útil si se la sabe aprovechar.

Sería injusto, además, atribuir todas las malas comunicaciones a la responsabilidad del médium. Hemos hablado de aquellas que él obtiene por sí mismo aparte de toda otra influencia, y no de aquellas que se producen en un medio cualquier-

ra. Ahora bien, todos saben que los Espíritus atraídos a ese medio pueden perjudicar las manifestaciones, sea por la diversidad de los caracteres, sea por la falta de recogimiento. Es una regla general que las mejores comunicaciones ocurren en la intimidad y en un grupo recogido y homogéneo. En toda comunicación, varias influencias están en juego: la del médium, la del medio y la de la persona que interroga. Esas influencias pueden reaccionar sobre las otras, neutralizarse o corroborarse: eso depende del objetivo que se proponga y del pensamiento do-

minante. Hemos visto excelentes comunicaciones obtenidas en grupos y por médiums que no reunían todas las condiciones deseables. En ese caso, los buenos Espíritus venían por una persona en particular, porque eso era útil. Hemos visto malas comunicaciones obtenidas por buenos médiums, únicamente porque el interrogador no tenía intenciones serias y atraía a Espíritus frívolos que se burlaban de él. Todo eso demanda tacto y observación, y se concibe fácilmente la preponderancia que deben tener todas las condiciones reunidas.

¹ N. de la T.: en el original, en francés «*Qui se ressemble s'assemble*».



5 – Médiums interesados

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
2.º año, n.º 3, marzo de 1859*

En nuestro artículo sobre los escollos de los médiums, hemos puesto la codicia entre los defectos que pueden dar cabida a los Espíritus imperfectos. Algunos desarrollos sobre este tema serán útiles.

Se debe colocar, en el primer nivel de los médiums interesados, a aquellos que podrían hacer de su facultad una profesión, al realizar lo que se llama consultas o sesiones remuneradas. No los conocemos, por lo menos en Francia, pero, como todo puede volverse un objeto de explotación, no habría nada de sorprendente en que se quisiera, un día, explotar a los Espíritus. Resta saber cómo ellos tomarían la cosa, si alguna vez tal especulación intentara introducirse.

Aunque no se sea completamente

iniciado en el Espiritismo, se comprende lo que esa especulación tendría de envilecedora. Pero quienquiera que conozca, aunque sea un poco, las condiciones difíciles en las que los buenos Espíritus se comunican con nosotros, cuán poca cosa basta para alejarlos y la repulsión de ellos por todo lo que es de interés egoísta, jamás podrá admitir que los Espíritus superiores estén al capricho del primero que llegara y que les hiciera venir a cierto monto por hora; el simple buen sentido rechaza semejante suposición. ¿No sería también una profanación evocar a su padre, a su madre, a su hijo o a su amigo por un medio semejante? Sin duda, se pueden tener comunicaciones de ese modo, ¡pero Dios sabe de qué fuente! Los Espíritus frívolos, mentirosos,

traviesos, burlones y todo el tropel de Espíritus inferiores vienen constantemente; están siempre listos a contestar a todo. San Luis nos decía otro día en la Sociedad: «*Evocad una roca y ella os contestará*». Aquel que desea comunicaciones serias debe instruirse, ante todo, sobre la naturaleza de las afinidades del médium con los seres de ultratumba. Ahora bien, aquellas que pueden tener el afán de lucro sólo pueden inspirar una confianza muy mediocre.

Los médiums interesados no son únicamente aquellos que podrían exigir una remuneración fija. El interés no se traduce siempre por la esperanza de una ganancia material, sino también por las intenciones ambiciosas de toda naturaleza, en las que se pueden fundar expectativas personales. Está también allí una imperfección que los Espíritus burlones saben muy bien aprovechar y lo hacen con una habilidad, una astucia verdaderamente notable, ilusionando y engañando a aquellos que se ponen, así, bajo la dependencia

de ellos. En suma, la mediumnidad es una facultad concedida para el bien, y los buenos Espíritus se alejan de quienquiera que pretenda hacer de ella un escabel para lograr cualquier cosa que no corresponda a los designios de la Providencia. El egoísmo es la llaga de la sociedad; los buenos Espíritus lo combaten, no se puede suponer que vengan a servirle. Eso es tan racional que sería inútil insistir más sobre este punto.

Los médiums de efectos físicos no están en la misma categoría. Como esos efectos son producidos por Espíritus inferiores poco escrupulosos en cuanto a los sentimientos morales, un médium de esa categoría que deseara explotar su facultad podría, pues, contar con que lo asistirían sin demasiada repugnancia; pero eso presenta otro inconveniente. El médium de efectos físicos, no más que aquel de comunicaciones inteligentes, no ha recibido su facultad para su placer. Ésta le ha sido concedida a condición de hacer un buen uso de ella y, si él abusa, su fa-

cultad le puede ser retirada, o incluso volverse en detrimento de él, porque, en definitiva, los Espíritus inferiores están subordinados a los Espíritus superiores. A los Espíritus inferiores les gusta mucho mistificar, pero no les gusta ser mistificados. Si se prestan, de buen grado, a las bromas, a las cosas de curiosidad, no les gusta más que a los otros ser explotados, y demuestran, a cada instante, que tienen su voluntad, que actúan cuándo y cómo les parece bien, lo que hace que el médium de efectos físicos esté aún menos seguro de la regularidad de las manifestaciones que el médium escribiente. Pretender producirlas en días y horas fijos sería dar demostración de la más profunda ignorancia. ¿Qué hacer, entonces, para ganar su dinero? Simular los fenómenos; es eso lo que puede su-

ceder no solamente con aquellos que hagan de eso una profesión declarada, sino incluso con las personas simples en apariencia y que se limiten a recibir una remuneración cualquiera de los visitantes. Si el Espíritu no produce el fenómeno, se lo suple: la imaginación es tan fecunda cuando se trata de ganar dinero; es una tesis que desarrollaremos en un artículo específico a fin de alertar contra el fraude.

De todo lo que precede, concluimos que el desinterés más absoluto es la mejor garantía contra la charlatanería, pues no hay charlatanes desinteresados. Aunque el desinterés absoluto no garantiza siempre el carácter bueno de las comunicaciones inteligentes, quita a los malos Espíritus un poderoso medio de acción y cierra la boca de ciertos detractores.



6 – Fraudes espíritas

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
2.º año, n.º 4, abril de 1859*

Aquellos que no admiten la realidad de las manifestaciones físicas le atribuyen generalmente al fraude los efectos producidos. Esas personas se basan en el hecho de que los prestidigitadores hábiles hacen cosas que parecen prodigios cuando no se conocen sus secretos; de donde concluyen que los médiums no son más que escamoteadores. Ya hemos refutado ese argumento, más bien esa opinión, especialmente en nuestros artículos sobre el señor Home y en los números de la *Revista* de enero y febrero de 1858. Solamente diremos, pues, algunas palabras sobre eso antes de hablar de algo más serio.

Del hecho de que hay charlatanes que venden drogas en las plazas públicas y hasta médicos que, sin ir

a la plaza pública, engañan la confianza, ¿se concluye que todos los médicos son charlatanes y el cuerpo médico es perjudicado en su reputación? Del hecho de que hay personas que venden tinte en lugar de vino, ¿se deduce que todos los vendedores de vino son falsificadores y que no hay vino puro? Hay personas que engañan en todo, incluso en las cosas más respetables, y se puede decir que el fraude tiene también su ingenio. Pero el fraude siempre tiene un objetivo, un interés material cualquiera; donde no hay nada que ganar, no hay ningún interés en engañar. Por eso, hemos dicho, en nuestro número anterior, en relación a los médiums mercenarios, que la mejor de todas las garantías es el desinterés

absoluto.

Esa garantía, se dirá, no es la única, pues, en materia de prestidigitación, hay aficionados muy hábiles que sólo tienen como objetivo divertir a una sociedad y no hacen de eso una profesión; ¿no puede suceder lo mismo con los médiums? Sin duda, alguien se puede divertir un instante al divertir a los otros, pero para pasar horas enteras en eso, durante semanas, meses y años, sería necesario verdaderamente estar poseído por el demonio de la mistificación, y el primer mistificado sería el mistificador. No repetiremos aquí todo lo que ha sido dicho sobre la buena fe posible de los médiums y de los asistentes que pueden ser el juguete de una ilusión o de una fascinación. Hemos respondido a eso veinte veces, así como a todas las otras objeciones, lo que se puede leer, sobre todo, en nuestra *Instrucción práctica sobre las manifestaciones* y en nuestros artículos anteriores de la *Revista*. Nuestro objetivo aquí no es convencer a los

incrédulos; si ellos no son convencidos por los hechos, tampoco lo serán por los razonamientos: sería, pues, perder nuestro tiempo. Nos dirigimos, al contrario, a los adeptos para prevenirlos contra los subterfugios por medio de los cuales podrían ser engañados por parte de personas interesadas, por un motivo cualquiera, en simular ciertos fenómenos. Decimos ciertos fenómenos porque hay aquellos que desafían evidentemente toda habilidad de la prestidigitación, tales como, especialmente, el movimiento de objetos sin contacto, la suspensión de cuerpos pesados en el espacio, los golpes dados en diferentes lados, las apariciones, etc., e incluso algunos de esos fenómenos se podrían simular, hasta cierto punto, tanto el arte de la imitación ha progresado. Lo que se debe hacer en semejante caso es observar atentamente las circunstancias y, sobre todo, tener en cuenta el carácter y la posición de las personas, el objetivo y el interés que podrían tener en en-

gañar: está allí el mejor de todos los controles, pues son tales circunstancias las que quitan todo motivo de sospecha. Establecemos, pues, como principio que se debe desconfiar de quienquiera que hiciera de esos fenómenos un espectáculo o un objeto de curiosidad y de diversión, que sacara de ellos un beneficio, por mínimo que fuera, y que se vanagloriara de producirlos a voluntad y en el momento oportuno. No sería demasiado repetir: las inteligencias ocultas que se nos manifiestan tienen sus susceptibilidades y quieren demostrarnos que tienen también su libre albedrío y no se someten a nuestros caprichos.

De todos los fenómenos físicos, uno de los más comunes es aquél de los golpes interiores dados en la propia sustancia de la madera, con o sin movimiento de la mesa u otro objeto del que uno se sirve. Ahora bien, ese efecto es uno de los más fáciles de imitar y, como es también uno de aquellos que se producen más fre-

cuentemente, pensamos que es útil revelar la pequeña estratagema por medio de la cual se puede engañar. Basta, para eso, poner las dos manos horizontalmente sobre la mesa y suficientemente cercanas para que las uñas de los pulgares se apoyen fuertemente la una contra la otra; entonces, por un movimiento muscular completamente imperceptible, se les hace experimentar un frotamiento que produce un pequeño ruido seco y que tiene una gran analogía con aquellos de la tiptología¹ interior. Ese ruido repercute en la madera y genera una ilusión completa. Nada es más fácil que hacer oír tantos golpes como cuantos se solicitan, una batería de tambor, etc.; así como contestar a ciertas preguntas por medio del sí o del no, de nombres, o incluso señalar las letras del alfabeto.

**«[...] la mejor de todas
las garantías es el
desinterés absoluto.»**

Una vez que se está prevenido, el medio de reconocer el fraude es muy simple. No es posible hacerlo si las manos están alejadas la una de la otra, y si se está seguro de que ningún otro contacto puede producir el ruido. Los golpes reales ofrecen, además, esto de característico: cambian de lugar y de timbre a voluntad, lo que no puede suceder cuando el ruido se debe a la causa que señalamos o a toda otra análoga; salen de la mesa para surgir sobre un mueble cualquiera que nadie toca, contestan, en fin, a preguntas no previstas.

Llamamos, pues, la atención de las personas de buena fe sobre esa pequeña estratagema y sobre todas las que podrían reconocer, con el fin de señalarlas sin miramientos. La posibilidad del fraude y de la imitación no impide la realidad de los hechos, y el Espiritismo sólo puede ganar al desenmascarar a los impostores. Si alguien nos dice: «Vi tal fenómeno, pero había superchería», contestaremos que es posible; nosotros mismos

hemos visto a supuestos sonámbulos que simulan el sonambulismo con mucha habilidad, lo que no le impide al sonambulismo ser un hecho; todo el mundo ha visto a comerciantes que venden algodón en lugar de seda, lo que no impide que haya verdaderas telas de seda. Es necesario examinar todas las circunstancias y ver si la duda tiene fundamento; pero, en eso, como en todas las cosas, es necesario ser experto; ahora bien, no podríamos reconocer como juez de una cuestión cualquiera a aquel que no conoce nada de ella.

Diremos eso también con relación a los médiums escribientes. Se piensa generalmente que aquellos que son mecánicos ofrecen más garantía, no solamente para la independencia de las ideas, sino también contra la superchería. ¡Pues bien! Es un error. El fraude se insinúa en todos los lugares, y sabemos con qué habilidad se puede dirigir, a voluntad, incluso una cesta o una tablilla que escribe y darles toda la aparien-

cia de movimientos espontáneos. Lo que hace cesar todas las dudas son los pensamientos expresados, vengan de un médium mecánico, intuitivo, auditivo, parlante o vidente. Hay comunicaciones que están tan alejadas de las ideas, de los conocimientos e incluso del alcance intelectual del médium que sería nece-

sario engañarse extremadamente para darle la honra de la autoría de esas comunicaciones. Reconocemos en la charlatanería una gran habilidad y fecundos recursos, pero no le conocemos todavía el don de conceder el saber a un ignorante o el ingenio a aquel que no lo tiene.

¹ N. de la T.: para más informaciones sobre la tiptología, ver *El libro de los Médiums*, de Allan Kardec, Segunda Parte, Capítulo 11.



7 – Intervención de la Ciencia en el Espiritismo

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
2.º año, n.º 6, junio de 1859*

La oposición de las asociaciones de sabios es uno de los argumentos que evocan incesantemente los adversarios del Espiritismo. ¿Por qué los sabios no se han apropiado del fenómeno de las mesas giratorias? Se dice: «si los sabios hubieran visto algo serio en ese fenómeno, estarían muy lejos de ignorar hechos tan extraordinarios, mucho menos de tratarlos con desdén, y no estarían todos contra vosotros. ¿Los sabios no son la antorcha de las naciones, y el deber de ellos no es difundir la luz? ¿Cómo podríais pensar que la hubieran apagado cuando una ocasión tan hermosa se les presentaba para revelar al mundo una fuerza nueva?»

En primer lugar, es un error grave el decir que todos los sabios están en contra de nosotros, ya que el Espi-

ritismo se propaga precisamente en la clase esclarecida. No hay sabios solamente en la ciencia oficial ni en las asociaciones constituidas. ¿El hecho de que el Espiritismo todavía no haya sido aceptado por la ciencia oficial juzga, de antemano, la cuestión? Se conoce la circunspección de ésta respecto a las ideas nuevas. Si la ciencia jamás se hubiera engañado, su opinión podría pesar aquí en la balanza; desafortunadamente, la experiencia demuestra lo contrario. ¿La ciencia no ha rechazado como si fueran quimeras una multitud de descubrimientos que, más tarde, han hecho ilustre la memoria de sus autores? ¿Eso quiere decir que los sabios son ignorantes? ¿Se justifican los epítetos groseros que, a fuerza de mal gusto, ciertas personas se complacen en prodigarles? Seguramente, no; no

hay persona sensata que no le haga justicia al conocimiento de los sabios, pero, al mismo tiempo, se reconoce que ellos no son infalibles y que, por lo tanto, su juicio no es la última instancia. La culpa de los sabios está en decidir ciertas cuestiones un poco a la ligera, confiando demasiado en sus luces, antes de que el tiempo haya dado su palabra, exponiéndose, así, a recibir los desmentidos de la experiencia.

Cada uno es buen juez sólo en lo que es de su competencia. ¿Si deseáis construir una casa, tomaréis a un músico? ¿Si tenéis una enfermedad, os haréis cuidar por un arquitecto? ¿Si tenéis un juicio, pediréis el parecer de un danzarín? ¿En fin, si se trata de una cuestión de teología, la haréis resolver por un químico o un astrónomo? No, a cada uno su oficio. Las ciencias comunes se basan en las propiedades de la materia, que se puede manipular a voluntad. Los fenómenos que la materia produce tienen como agentes las fuerzas materiales. Los del Espiritismo tienen, como agentes, intelligen-

cias que poseen su independencia, su libre albedrío, y no están sometidas a nuestros caprichos; escapan, así, a nuestros procedimientos anatómicos o de laboratorio y a nuestros cálculos y, por eso, no son más de competencia de la ciencia propiamente dicha. Por lo tanto, la ciencia se ha equivocado cuando ha deseado experimentar con los Espíritus como si fueran una batería. Ha partido de una idea fija, preconcebida, a la que se engancha, y quiere forzosamente relacionarla con la idea nueva. Ha fracasado y eso debía ocurrir, porque ha operado en base a una analogía que no existe. Además, sin ir más lejos, ha concluido negando los fenómenos del Espiritismo: juicio temerario, que el tiempo se encarga, todos los días, de reformar, como ha reformado muchos otros, y aquellos que lo han pronunciado fracasarán en su esfuerzo de negar, tan ligeramente, el poder infinito del Creador. Las asociaciones de sabios no tienen y jamás tendrán motivo para pronunciarse sobre la cuestión. Ésta no es más de la

competencia de los sabios que aquélla de decretar si Dios existe; es, pues, un error hacer, de las asociaciones de sabios, jueces. ¿Pero quién, entonces, será el juez? ¿Los Espíritas se creen en el derecho de imponer sus ideas? No, el gran juez, el juez soberano es la opinión pública. Cuando esa opinión esté formada del consentimiento de las masas y de las personas esclarecidas, los sabios oficiales la aceptarán en la condición de individuos y experimentarán la necesidad de ella. Dejad pasar una generación y, con ésta, los prejuicios del amor propio que se obstina, y veréis que será del Espiritismo lo mismo de otras tantas verdades que se han combatido y que ahora sería ridículo poner en duda. Hoy, son los creyentes los que son tratados como locos; mañana, será el turno de aquellos que no crean, del mismo modo que se trataba, antiguamente, como locos a aquellos que creían que la Tierra giraba, lo que no le ha impedido girar.

Pero no todos los sabios han juz-

gado de igual modo; hay quién ha hecho el razonamiento siguiente:

No hay efecto sin causa, y los efectos más comunes pueden ayudar a encontrar los problemas más grandes. Si Newton hubiera menospreciado la caída de una manzana, si Galvani hubiera repelido a su empleada tratándola como loca y visionaria, cuando ella le habló de las ranas que danzaban en el plato, tal vez estaríamos todavía por encontrar la admirable ley de la gravitación y las fecundas propiedades de la pila. El fenómeno que se designa con el nombre burlesco de danza de las mesas no es más ridículo que aquél de la danza de las ranas, y tal vez contenga también algunos de esos secretos de la naturaleza que revolucionan la humanidad, cuando se tiene la clave de ellos. Se ha dicho además: «Ya que tantas personas se ocupan de eso, ya que personas serias lo estudian, debe haber algo; una manía, un capricho si se quiere, no puede tener esa característica de generalidad; puede seducir a

un círculo, a un grupo específico, pero no da la vuelta al mundo».

Aquí está, principalmente, lo que nos decía un sabio doctor en Medicina, hasta hace poco incrédulo y, hoy en día, adepto fervoroso:

«Se dice que seres invisibles se comunican, ¿y por qué no? ¿Antes de la invención del microscopio, se sospechaba de la existencia de esos millones de animálculos que causan tantos estragos en el organismo? ¿Dónde está la imposibilidad material de que haya, en el espacio, seres que escapan a nuestros sentidos? ¿Tendríamos, por casualidad, la ridícula pretensión de saber todo y de decirle a Dios que Él no nos puede enseñar nada más? Si esos seres invisibles que nos rodean son inteligentes, ¿por qué no se comunicarían con nosotros? Si se relacionan con las personas, deben desempeñar un papel en el destino, en los acontecimientos; ¿quién lo sabe? Es, tal vez, una de las potencias de la naturaleza, una de esas fuerzas ocultas de las que no sospechamos. ¡Qué nuevo horizonte eso abriría

al pensamiento! ¡Qué vasto campo de observación! El descubrimiento del mundo de los invisibles sería muy diferente de aquél de los infinitamente pequeños; sería más que un descubrimiento: toda una revolución en las ideas. ¡Qué luz puede surgir de eso! ¡Cuántas cosas misteriosas explicadas! Aquellos que creen son puestos en ridículo; ¿pero qué prueba eso? ¿No ha pasado lo mismo con todos los grandes descubrimientos? ¿Cristóbal Colón no fue rechazado, colmado de disgustos, tratado como insensato? Esas ideas, se dice, son tan extrañas que la razón las niega; pero las personas se habrían reído en la cara de aquel que hubiera dicho, apenas medio siglo atrás, que, en algunos minutos, se podría mantener correspondencia de un extremo a otro del mundo; que, en algunas horas, se atravesaría toda Francia; que, con el humo de un poco de agua hirviente, un navío avanzaría con el viento en la vertical; que se sacarían del agua los medios para la iluminación y la calefacción. Si un hombre hubiera venido

a proponer un medio para iluminar toda París en un minuto, con un solo reservorio de una sustancia invisible, se lo habría enviado a Charenton¹. ¿Es, por lo tanto, una cosa más prodigiosa que el espacio esté poblado de seres pensantes que, después de haber vivido en la Tierra, dejaron su envoltorio material? ¿No se encuentra, en ese hecho, la explicación de una multitud de creencias que se remontan a la más alta Antigüedad? ¿No es la confirmación de la existencia del alma, de su individualidad después de la muerte? ¿No es la prueba de la propia base de la religión? Únicamente, la religión se limita a hablar vagamente de lo que sucede con las almas; el Espiritismo lo define. ¿Qué pueden decir sobre eso los materialistas y los ateos? Vale mucho la pena profundizar en semejantes cosas.»

Aquí están las reflexiones de un sabio; pero de un sabio sin pretensiones. Son también las reflexiones de una multitud de personas esclarecidas, que han reflexionado, estudiado seriamen-

te sin prejuicio. Han tenido la modestia de no decir: «No comprendo; por lo tanto, eso no existe». Su convicción ha sido formada por medio de la observación y del recogimiento. Si esas ideas hubieran sido quimeras, ¿cómo se explica, entonces, que tantas personas de élite las hayan adoptado? ¿Se puede creer, acaso, que hayan podido ser víctimas, por mucho tiempo, de una ilusión? No hay, pues, imposibilidad material de que existan seres invisibles a nosotros que pueblan el espacio, y tan sólo esa consideración debería llevar a más circunspección. Recientemente ¿quién alguna vez hubiera pensado que una gota de agua límpida pudiera contener millares de seres vivos, de una pequeñez que confunde nuestra imaginación? Ahora bien, le era más difícil a la razón concebir seres de una

«[...] la religión se limita a hablar vagamente de lo que sucede con las almas; el Espiritismo lo define.»

tal tenuidad, provistos de todos nuestros órganos y funcionando como nosotros, que admitir a aquellos que denominamos Espíritus.

Los adversarios preguntan por qué los Espíritus, que deben empeñarse en hacer prosélitos, no se avienen, mejor de lo que lo hacen, a los medios para convencer a ciertas personas cuya opinión tendría gran influencia. Añaden que se les objeta su falta de fe; en relación a eso, contestan, con razón, que ellos no pueden tener una fe anticipada.

Es un error creer que la fe es necesaria, pero la *buena fe* es otra cosa. Hay escépticos que niegan hasta la evidencia y que ni los milagros los podrían convencer. Hay incluso aquellos que se enfadarían mucho al ser forzados a creer, porque su amor propio sufriría al admitir que se han engañado. ¿Qué contestar a las personas que sólo ven, por todo lado, ilusión y charlatanería? Nada; se las debe dejar tranquilas y dejar que digan, tanto como deseen, que nada han visto e incluso que nada

se les ha podido hacer ver.

Al lado de esos escépticos endurecidos, hay aquellos que desean ver a su manera; que, al haberse formado una opinión, desean asociar todo con ella, no comprenden que los fenómenos no pueden obedecer a su voluntad; no pueden o no quieren ponerse en las condiciones necesarias. Si los Espíritus ya no se apresuran a convencerlos por prodigios, es porque aparentemente poco se interesan, por el momento, en convencer a ciertas personas a quienes no les miden la importancia como ellas mismas lo hacen. Es poco lisonjero, se debe reconocer, pero no mandamos en la opinión de los Espíritus. Ellos tienen una manera de juzgar las cosas que no es siempre la nuestra; ven, piensan y actúan según otros elementos. Mientras nuestra visión está circunscrita por la materia, limitada por el círculo estrecho en medio del cual nos encontramos, ellos abarcan el conjunto. El tiempo que nos parece tan largo es, para ellos, un instante; la distancia es sólo un paso. Ciertos detalles que nos

parecen de una importancia extrema son, a sus ojos, infantilidades y, al contrario, juzgan como importantes cosas cuyo alcance no aprehendemos. Para comprenderlos, es necesario elevarse, por medio del pensamiento, por encima de nuestro horizonte material y moral, y ponerse desde su punto de vista. No les corresponde a ellos descender hacia nosotros, nos corresponde a nosotros subir hacia ellos, y es a eso a lo que nos conducen el estudio y la observación.

A los Espíritus les gustan los observadores constantes y concienzudos. Para ellos, multiplican las fuentes de luz. Lo que los aleja no es la duda de la ignorancia: es la fatuidad de esos presuntos observadores que nada observan, que desean ponerlos en el banquillo de los acusados y manejarlos como marionetas. Es, sobre todo, el sentimiento de hostilidad y de denigración que esos presuntos observadores traen, sentimiento que está en el pensamiento de ellos, si no está en las palabras, a pesar de las pro-

testas que hacen en contra. Para esos presuntos observadores, los Espíritus nada hacen y se inquietan muy poco de lo que puedan decir o pensar, porque su turno vendrá. Es por eso que hemos dicho que no es la fe la que es necesaria, sino la buena fe. Ahora bien, preguntamos si nuestros adversarios sabios están siempre en esas condiciones. Desean que los fenómenos estén bajo su comando, pero los Espíritus no obedecen al comando: se debe esperar la buena voluntad de ellos. No basta decir: «Mostradme tal hecho y yo creeré». Es necesario tener la voluntad de la perseverancia, dejar que los hechos se produzcan espontáneamente sin pretender forzarlos o dirigirlos. Aquel fenómeno que deseáis será precisamente aquel que no obtendréis, pero se presentarán otros, y aquel fenómeno que deseáis vendrá, tal vez, en el momento en que menos lo esperéis. A los ojos del observador atento y constante, surgen masas de fenómenos que se corroboran los unos a los otros. Pero aquel que cree que basta girar

una manivela para hacer funcionar la máquina se engaña en extremo. ¿Qué hace el naturalista que desea estudiar los hábitos de un animal? ¿Le ordena hacer esta o aquella cosa para tener toda la libertad de observarlo según su voluntad y conveniencia? No; pues sabe bien que el animal no le obede-

cerá. *Observa* las manifestaciones espontáneas de su instinto; las espera y las capta en el momento que pasan. El simple buen sentido nos muestra que, con mucha más razón, debe ser lo mismo con los Espíritus, que son inteligencias mucho más independientes que las de los animales.

¹ N. de la T.: hospital para enfermos mentales en Charenton-Saint-Maurice, Francia.



8 – Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas: Discurso de clausura del año social 1858-1859

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
2.º año, n.º 7, julio de 1859*

Señores,
En el momento en el que expira vuestro año social, permitidme presentaros un corto resumen del desarrollo y de los trabajos de la Sociedad.

Sabéis el origen de la Sociedad: se ha formado sin propósito premeditado, sin proyecto preconcebido. Algunos amigos se reunían en mi casa en un pequeño grupo; poco a poco, esos amigos me pidieron el permiso para presentarme a sus amigos. No había, entonces, presidente: eran reuniones nocturnas íntimas de ocho a diez personas, como las hay centenares en París y en otros lugares; pero era natural que, en mi casa, yo tuviera la dirección de lo que se hacía allí, sea como anfitrión, sea también debido a los estudios especializados que yo había

hecho y que me daban una cierta experiencia en la materia.

El interés que se tenía en esas reuniones fue creciendo, aunque sólo se ocupaban de cosas muy serias; poco a poco, de uno en uno, el número de asistentes creció, y mi modesto salón, muy poco adecuado para una asamblea, se volvió insuficiente. Fue, entonces, que algunos entre vosotros propusieron buscar un lugar más cómodo y compartir los gastos, no creyendo justo que yo los sufragara solo, como lo había hecho hasta aquel momento. Pero, para reunirse regularmente, más allá de un cierto número y en un local externo, era necesario ajustarse a las prescripciones legales, era necesario un reglamento y, en consecuencia, un presidente titular; era necesario,

en fin, constituirse en una sociedad; lo que ocurrió con el consentimiento de la autoridad, cuya benevolencia no nos faltó. Era necesario también imprimir a los trabajos una dirección metódica y uniforme, y tuvisteis a bien encargarme la continuación de lo que yo hacía en mi casa en nuestras reuniones privadas.

He aportado a mis funciones, que puedo decir laboriosas, toda la exactitud y toda la dedicación de las que he sido capaz. Desde el punto de vista administrativo, me he esforzado para mantener, en las sesiones, un orden riguroso y para darles un carácter de gravedad, sin el cual el prestigio de una asamblea sería hubiera desaparecido en poco tiempo. Ahora que mi tarea está terminada y que el impulso está dado, debo participaros de la decisión que he tomado de renunciar, en el futuro, a toda especie de función en la Sociedad, incluso a aquella de director de los estudios. Sólo ambiciono un título: aquél de simple miembro titular, del que estaré siempre feliz y honrado.

El motivo de mi determinación está en la multiplicidad de mis trabajos, que aumentan todos los días debido a la extensión de mis relaciones, pues, además de aquellos que conocéis, preparo otros más considerables, que exigen largos y laboriosos estudios y que no absorberán menos de diez años. Ahora bien, los trabajos de la Sociedad no dejan de tomar mucho tiempo, sea para prepararlos, sea para coordinarlos y pasarlos a limpio. Necesitan, además, una constancia frecuentemente perjudicial a mis ocupaciones personales y que vuelve indispensable la iniciativa casi exclusiva que me habéis dejado. Es por esa causa, señores, que he tenido que tomar frecuentemente la palabra, lamentando muy a menudo que los miembros eminentemente esclarecidos que poseemos nos privaran de sus luces. Ya desde hace mucho tiempo, yo tenía el deseo de renunciar a mis funciones; lo he expresado de una manera muy explícita en diversas circunstancias; sea aquí, sea en privado a varios de mis colegas, y especialmen-

te al señor Ledoyen. Lo hubiera hecho antes sin el temor de traerle perturbación a la Sociedad retirándome en la mitad del año, pero se habría podido pensar en una deserción; y no era necesario dar esa satisfacción a nuestros adversarios. Tuve, pues, que cumplir mi tarea hasta el final: pero hoy, cuando esos motivos ya no existen, me apresuro a participaros de mi decisión, a fin de no trabar la elección que haréis. Es justo que cada uno tenga su parte en los cargos y en los honores.

Después de un año, la Sociedad ha visto crecer rápidamente su importancia; el número de miembros titulares se ha triplicado en algunos meses; tenéis a numerosos miembros por correspondencia en los dos continentes, y los asistentes superarían el límite de lo posible si no se les pusiera un freno por medio de la estricta ejecución del reglamento. Habéis contado, entre esos últimos, a las más altas notabilidades sociales y a más de una persona ilustre. La presteza en solicitarse la admisión en vuestras sesiones

testimonia el interés que se tiene en ellas, a pesar de la ausencia de toda experimentación destinada a satisfacer la curiosidad y, tal vez, incluso por razón de su simplicidad. Si todos no salen de las sesiones convencidos, lo que sería pedir lo imposible, las personas serias, aquellas que no vienen con ideas preconcebidas de denigración, llevan de la seriedad de vuestros trabajos una impresión que les predispone a profundizar esas cuestiones. Por lo demás, sólo tenemos que felicitarnos por las restricciones que hemos aportado a las admisiones de los asistentes extraños: evitamos, así, la multitud de curiosos inoportunos. La medida por la que habéis limitado esa admisión a ciertas sesiones, reservando las otras para solamente los miembros de la Sociedad, ha tenido como resultado daros más libertad en los estudios, que, de otro modo, podrían haber sido trabados por la presencia de personas todavía no iniciadas y cuyas afinidades no están garantizadas.

Esas restricciones parecerán com-

pletamente naturales para aquellos que conocen el objetivo de nuestra institución y que saben que somos, ante todo, una Sociedad de estudios y de investigaciones, antes que una arena de propaganda; es por esa razón que no admitimos en nuestras filas a aquellos que, al no poseer las primeras nociones de la Ciencia, nos harían perder nuestro tiempo en demostraciones elementales reiteradas incesantemente. Sin duda, todos deseamos la propagación de las ideas que profesamos, porque las creemos útiles y cada uno de nosotros contribuye por su parte; pero sabemos que la convicción sólo se adquiere por observaciones seguidas y no por algunos hechos aislados, sin seguimiento y sin razonamiento, contra los que la incredulidad puede siempre suscitar objeciones. Un hecho, se dirá, es siempre un hecho; es un argumento sin réplica. Sin duda, cuando no es ni cuestionado ni cuestionable. Cuando un hecho sale del círculo de nuestras ideas y de nuestros conocimientos, parece imposible a primera vista; cuanto

más extraordinario sea, más objeciones suscita; es por eso que se lo cuestiona; aquel que sondea sus causas, que se da cuenta de éstas, encuentra una base, una razón de ser; comprende la posibilidad de tal hecho y, desde entonces, ya no lo rechaza. Frecuentemente, un hecho sólo es inteligible por su relación con otros hechos; tomado aisladamente, puede parecer extraño, increíble, hasta absurdo; pero, al ser uno de los eslabones de la cadena, al tener una base racional, al podérselo explicar, toda anomalía desaparece. Ahora bien, para concebir ese encadenamiento, para comprender ese conjunto al que se es conducido de consecuencia en consecuencia, es necesaria, en todas las cosas, y tal vez más aún en el Espiritismo, una serie de observaciones razonadas. El razonamiento es, pues, un poderoso elemento de convicción, hoy más que nunca, cuando las ideas positivas nos llevan a saber el porqué y el cómo de cada cosa.

Asombra la persistente incredulidad, en materia de Espiritismo, por

parte de personas que han visto, mientras que otras que nada han visto son creyentes seguros; ¿es decir que estos últimos son personas superficiales, que aceptan sin examen todo lo que se les dice? No; es todo lo contrario: los primeros han visto, pero no comprenden; los segundos no han visto, pero comprenden y sólo comprenden porque razonan. El conjunto de razonamientos sobre los que se apoyan los hechos constituye la Ciencia, Ciencia todavía muy imperfecta, es verdad, y cuyo apogeo ninguno de nosotros pretende haber alcanzado, pero, en fin, es una Ciencia en su inicio, y es hacia la investigación de todo lo que puede ampliarla y constituir la que están dirigidos vuestros estudios. He aquí lo que importa que se sepa bien, fuera de este recinto, para que no haya confusión sobre el objetivo que nos proponemos; para que no se crea, sobre todo, al venir aquí, que se va a encontrar una exhibición de Espíritus presentándose en espectáculo. La curiosidad se termina; cuando está satisfecha,

busca un nuevo tema de distracción; aquel que no se detiene en la superficie, que ve más allá del efecto material, encuentra siempre algo que aprender; el razonamiento es, para él, una mina inagotable: no tiene límite. Nuestra línea de conducta no podía ser, además, mejor trazada que por las admirables palabras que el Espíritu de San Luis nos ha dirigido y que jamás deberíamos perder de vista: «Las personas se han burlado de las mesas giratorias, no se burlarán jamás de la filosofía, de la sabiduría y de la caridad que brillan en las comunicaciones serias. Que en otros lugares se vea, que en otros lugares se oiga, que entre vosotros se *comprenda* y se ame».

Estas palabras: «*Que entre vosotros se comprenda*» son toda una enseñanza. Debemos comprender y buscamos comprender, porque no queremos creer como ciegos: el razonamiento

**«[...] que entre vosotros
se *comprenda* y se ame.»**

es la antorcha que nos guía. Pero el razonamiento de uno solo puede desviarse; es por eso que hemos deseado reunirnos en sociedad a fin de esclarecernos mutuamente por la colaboración recíproca de nuestras ideas y de nuestras observaciones. Al ponernos en ese terreno, nos asemejamos a todas las otras instituciones científicas y nuestros trabajos harán más prosélitos serios que si pasáramos nuestro tiempo haciendo girar y golpear las mesas. Estaríamos, muy pronto, hartos de eso; deseamos, para nuestro pensamiento, un alimento más sólido; por eso, buscamos penetrar en los misterios del mundo invisible, del que esos fenómenos elementales sólo son los primeros indicios. ¿Aquel que sabe leer se divierte al repetir incesantemente el alfabeto? Tendríamos, tal vez, a una gran concurrencia de curiosos, que se sucederían, en nuestras sesiones, como los personajes de un panorama movable¹, pero esos curiosos, que podrían llevar una convicción improvisada por la visión de un fenómeno inexplicado para

ellos, que lo juzgarían sin profundizarlo, serían, más bien, un obstáculo a nuestros trabajos; es porque, no deseando desviarnos de nuestro carácter científico, apartamos a quienquiera que no esté atraído hacia nosotros por un objetivo serio. El Espiritismo tiene consecuencias tan serias, toca cuestiones de un alcance tan elevado, da la clave de tantos problemas, sacamos de él, en fin, una enseñanza filosófica tan profunda que, al lado de eso, una mesa giratoria es una verdadera infanilidad.

La observación de los hechos sin el razonamiento es insuficiente, decimos, para conducir a una convicción completa, y es, más bien, aquel que se declarara convencido por un hecho que no comprendiera a quien se podría acusar de ligereza; pero esa manera de proceder tiene otro inconveniente, que es bueno señalar, y del cual cada uno de nosotros ha podido ser testigo: es la manía de la experimentación, que es la consecuencia natural de eso. Aquel que ve un hecho

espírita sin haber estudiado todas sus circunstancias sólo ve generalmente el hecho material y, en consecuencia, lo juzga desde el punto de vista de sus propias ideas sin pensar que, aparte de las leyes conocidas, puede y debe haber leyes desconocidas. Cree poder manejarlo según su voluntad; impone condiciones y sólo estará convencido, dice, si se lleva a cabo de tal manera y no de otra; se imagina que se experimenta con los Espíritus como con una pila eléctrica; al no conocer ni la naturaleza de los Espíritus, ni la manera de ser de ellos, lo que él no ha estudiado, cree poder imponerles su voluntad y se imagina que deben actuar a la señal dada sólo por el placer de convencerlo; porque está dispuesto, por un cuarto de hora, a oírlos, se imagina que deben estar a sus órdenes. Son los errores en los que no cae aquel que se ha dado el trabajo de profundizar; sabe darse cuenta de los obstáculos y no solicita lo imposible; en lugar de querer llevar a los Espíritus a su punto de vista, a lo que ellos no se prestan de buen gra-

do, se pone desde el punto de vista de los Espíritus y, para él, los fenómenos cambian de aspecto. Para eso, son necesarias paciencia, perseverancia, una firme voluntad, sin la cual no se llega a nada. Quienquiera que desea realmente saber debe someterse a las condiciones del objeto y no querer someter el objeto a sus propias condiciones. He aquí el motivo por el cual la Sociedad no se presta a experimentaciones que no tendrían resultado, pues sabe, por experiencia, que el Espiritismo, como cualquier otra ciencia, no se aprende en algunas horas y al vuelo. Como la Sociedad es seria, sólo desea mantener relación con personas serias, que comprenden las obligaciones que impone semejante estudio cuando se quiere hacerlo de manera concienzuda. No reconoce como serios a aquellos que dicen: «Hacedme ver un hecho y estaré convencido». ¿Eso quiere decir que ignoramos los hechos? Muy al contrario, ya que toda nuestra Ciencia está basada en los hechos; investigamos, pues, con solicitud todos aquellos que

nos ofrecen un tema de estudio o que confirman los principios admitidos; quiero decir solamente que no perdemos nuestro tiempo reproduciendo aquellos que conocemos, así como el físico no se divierte en repetir incesantemente los experimentos que no le enseñan nada nuevo. Apoyamos nuestras investigaciones en todo lo que puede esclarecer nuestra marcha, fijándonos de preferencia en las comunicaciones inteligentes, fuentes de la Filosofía Espírita, y cuyo campo no tiene límites, mucho más que en las manifestaciones puramente materiales, que sólo tienen un interés momentáneo.

Dos sistemas igualmente reconocidos y practicados se presentan según la manera de recibir las comunicaciones de ultratumba. Unos prefieren esperar las comunicaciones espontáneas, otros las provocan por un llamado directo hecho a este o a aquel Espíritu. Los primeros presumen que, en la ausencia de control para constatar la identidad de los Espíritus, al esperar su buena voluntad, se está me-

nos expuesto a ser inducido a error, puesto que aquel que habla es porque está allí y quiere hablar, mientras que no es cierto que aquel que es llamado pueda venir o contestar. Se les objeta que dejar hablar al primero que llegue es abrir la puerta tanto a los malos como a los buenos. La incertidumbre de la identidad no es una objeción seria, ya que se tienen frecuentemente los medios para constatarla y que, además, esa constatación es objeto de un estudio que está relacionado con los propios principios de la Ciencia. El Espíritu que habla espontáneamente se limita más comúnmente a generalidades, mientras que las preguntas le trazan un marco más positivo y más instructivo. En cuanto a nosotros, sólo condenamos los sistemas exclusivos; sabemos que se obtienen cosas muy buenas de uno y de otro modo y, si damos preferencia al segundo, es que la experiencia nos enseña que, en las comunicaciones espontáneas, los Espíritus engañosos no se abstienen más de adornarse con nombres respetables

que en las evocaciones; tienen incluso el campo más libre, mientras que, por las preguntas, se los domina y controla mucho más fácilmente, sin contar que las preguntas tienen una indudable utilidad en los estudios. Es a ese modo de investigaciones al que debemos la multitud de observaciones que recogemos cada día y que nos hacen penetrar más profundamente en esos extraños misterios. Cuanto más avanzamos, más el horizonte se agranda ante nosotros y nos muestra cuán vasto es el campo que tenemos para segar.

Las numerosas evocaciones que hemos hecho han permitido fijar una mirada investigadora sobre el mundo invisible desde la base hasta la cumbre, es decir, tanto en lo que tiene de más ínfimo como en lo que tiene de más sublime. Las innumerables variedades de hechos y de características que han salido de esos estudios realizados con calma profunda, atención constante y la prudente circunspección de los observadores serios nos han abierto los arcanos de ese mundo tan nuevo para

nosotros. El orden y el método que habéis aportado en vuestras investigaciones eran elementos indispensables para el éxito. Sabéis, de hecho, por experiencia, que no basta llamar, al azar, al Espíritu de esta o de aquella persona; los Espíritus no vienen así, según la voluntad de nuestro capricho, y no contestan a todo lo que la fantasía nos hace preguntarles. Son necesarios, con los seres de ultratumba, miramientos, saber tener un lenguaje apropiado a su naturaleza, a sus cualidades morales, al nivel de su inteligencia, al rango que ocupan; ser, con ellos, dominador o sumiso, según las circunstancias, tener compasión por aquellos que sufren, ser humilde y respetar a los superiores, ser firme con los malos y los obstinados, que sólo subyugan a aquellos que los escuchan con complacencia; es necesario, en fin, saber formular y encadenar metódicamente las preguntas para obtener respuestas más explícitas, captar, en las respuestas, los matices que son frecuentemente rasgos característicos, revelaciones importantes, que escapan

al observador superficial, inexperto o de paso. La manera de conversar con los Espíritus es, pues, un verdadero arte, que exige tacto, el conocimiento del terreno sobre el cual se camina, y constituye propiamente hablando el Espiritismo práctico. Sensatamente dirigidas, las evocaciones pueden enseñar grandes cosas; ofrecen un poderoso elemento de interés, de moralidad y de convicción: de interés, porque nos hacen conocer el estado del mundo que nos espera a todos y del cual se hace algunas veces una idea muy extraña; de moralidad, porque podemos ver, por analogía, nuestro destino; de convicción, porque se encuentra en esas conversaciones íntimas la prueba manifiesta de la existencia y de la individualidad de los Espíritus, que son nuestras almas liberadas de la materia terrestre. Estando formada, en general, vuestra opinión sobre el Espiritismo, no tenéis necesidad de asentar vuestras convicciones sobre la prueba material de las manifestaciones físicas; por eso, habéis deseado, según los

consejos de los Espíritus, limitaros al estudio de los principios y de las cuestiones morales, sin descuidar, debido a eso, el examen de los fenómenos que pueden ayudar en la investigación de la verdad.

La crítica reprobadora nos ha reprochado el aceptar demasiado fácilmente las doctrinas de ciertos Espíritus, sobre todo en lo que concierne a las cuestiones científicas. Esas personas demuestran, por eso mismo, que no conocen ni el verdadero objetivo de la Ciencia Espírita, ni aquél que nos proponemos; y se puede, con razón, retornarles el reproche de ligereza en su juicio. Sin duda alguna, no sois vosotros quienes debéis aprender la reserva con la que se debe acoger lo que viene de los Espíritus; estamos lejos de tomar todas las palabras de ellos como artículos de fe. Sabemos que, entre ellos, hay todos los niveles de saber y de moralidad; para nosotros, es todo un pueblo que presenta variedades cien veces más numerosas que aquellas que vemos entre los hombres; lo

que deseamos es estudiar ese pueblo; es llegar a conocerlo y a comprenderlo; para eso, estudiamos las individualidades, observamos los matices, tratamos de captar los rasgos distintivos de sus maneras, de sus costumbres, de su carácter; deseamos, en fin, identificarnos tanto como sea posible con el estado de ese mundo. Antes de ocupar una vivienda, nos gusta saber cómo es ella, si estaremos cómodos, conocer las costumbres de los vecinos que tendremos, el tipo de sociedad que podremos frecuentar allí. ¡Pues bien! Es nuestra vivienda futura, son las costumbres del pueblo en medio del que viviremos, lo que los Espíritus nos hacen conocer. Pero del mismo modo que, entre nosotros, las personas ignorantes y de vista estrecha se hacen una idea incompleta de nuestro mundo material y del medio que no es el de ellas, los Espíritus cuyo horizonte moral es limitado no pueden comprender el conjunto y están todavía bajo el imperio de los prejuicios y de los sistemas; no pueden, pues, informarnos más sobre todo lo

que concierne al mundo espírita que un campesino podría hacer sobre el estado de la alta sociedad parisiense o del mundo sabio. Sería, pues, tener de nuestro juicio una opinión muy pobre, si se pensara que escuchamos a todos los Espíritus como si fueran oráculos. Los Espíritus son lo que son, y no podemos cambiar el orden de las cosas; al no ser todos perfectos, sólo aceptamos sus palabras a beneficio de inventario y no con la credulidad de los niños; juzgamos, comparamos, extraemos consecuencias de nuestras observaciones, y hasta sus errores son enseñanzas para nosotros, porque no renunciamos a nuestro discernimiento.

Esas observaciones se aplican igualmente a todas las teorías científicas que pueden dar los Espíritus. Sería demasiado cómodo sólo interrogarlos para encontrar la ciencia completamente hecha y para poseer todos los secretos de la inteligencia: sólo adquirimos la ciencia al precio de trabajo y de investigaciones; la misión de los Espíritus no es liberarnos de esa obligación.

Sabemos, además, que, no solamente todos los Espíritus no saben todo, sino también que hay, entre ellos, pseudosabios como entre nosotros, que creen saber lo que no saben y hablan de lo que ignoran con el aplomo más imperturbable. Un Espíritu podría decir, pues, que es el Sol el que gira y no la Tierra, y su teoría no sería más verdadera porque viniera de un Espíritu. Que aquellos que nos suponen de una credulidad tan pueril sepan, pues, que tomamos toda opinión expresada por un Espíritu como una opinión individual; que sólo la aceptamos después de haberla sometido al control de la lógica y de los medios de investigación que nos ofrece la propia Ciencia Espírita, medios que vosotros conocéis todos.

Tal es, señores, el objetivo que se propone la Sociedad; no soy yo, sin ninguna duda, quién os lo enseñaré, pero me complazco en recordarlo acá, a fin de que, si mis palabras resuenan afuera, no haya confusión sobre el verdadero carácter de ellas. Estoy feliz, por mi parte, de solamente haber

tenido que seguiros en esta vía seria, que eleva al Espiritismo al nivel de las ciencias filosóficas. Vuestros trabajos ya han producido frutos, pero aquellos que producirán, más tarde, son incalculables si, como no dudo, os quedáis en las condiciones propicias para atraer a los buenos Espíritus entre vosotros.

La ayuda de los buenos Espíritus es, de hecho, la condición sin la cual nadie puede esperar la verdad; ahora bien, esa ayuda depende de nosotros obtenerla. La primera de todas las condiciones para ganarse la simpatía de ellos es el recogimiento y la pureza de las intenciones. Los Espíritus serios van adonde se los llama seriamente, con fe, fervor y confianza; a ellos no les gusta ni servir de experimento, ni presentarse en espectáculo; se complacen, al contrario, en instruir a aquellos que los interrogan sin segunda intención; los Espíritus frívolos, que se divierten con todo, van a todos los lugares y, de preferencia, adonde encuentran una ocasión de mistificar; los malos son atraídos por los malos pensamientos, y por

malos pensamientos se deben entender todos aquellos que no están conforme a los preceptos de la caridad evangélica. Por lo tanto, en toda reunión, quienquiera que tenga sentimientos contrarios a esos preceptos trae consigo a Espíritus ansiosos de sembrar la confusión, la discordia y la malquerencia.

La comunión de pensamientos y de sentimientos para el bien es, por lo tanto, algo de primera necesidad, y esa comunión no puede encontrarse en un medio heterogéneo, donde tendrían acceso las bajas pasiones del orgullo, de la envidia y de los celos, pasiones que se revelan siempre por la malevolencia y la acrimonia del lenguaje, por más espeso que sea el velo con el que se las busca cubrir; es el *abc* de la Ciencia Espírita. Si deseamos cerrar a los malos Espíritus la puerta de este recinto, cerrémosles, ante todo, la puerta de nuestros corazones y evitemos todo lo que puede darles cabida en nosotros. Si por acaso la Sociedad se volviera el juguete de Espíritus engañosos, es que ellos estarían siendo atraídos; ¿por quién? Por aque-

llos en quienes esos Espíritus encontrarán un eco, puesto que sólo van adonde saben que serán escuchados. Se conoce el proverbio: «*Dime con quién andas y te diré quién eres*»²; se lo puede aplicar así con relación a nuestros Espíritus afines: «*Dime lo que piensas y te diré con quién andas*». Ahora bien, los pensamientos se traducen por los actos; por lo tanto, si se admite que la discordia, el orgullo, la envidia y los celos sólo pueden ser sugeridos por malos Espíritus, quienquiera que trajera aquí elementos de desunión suscitaría obstáculos, revelaría, por eso mismo, la naturaleza de sus satélites ocultos; entonces, sólo podríamos lamentar su presencia en el seno de la Sociedad. Dios no quiera, jamás será así, lo espero, y, con la asistencia de los buenos Espíritus, si sabemos volvernos favorables a ellos, la Sociedad se consolidará tanto por la consideración que sabrá merecer como por la utilidad de sus trabajos. Si solamente tuviéramos en perspectiva los experimentos que incitan a la curiosidad, la naturaleza de las comunicaciones sería casi indiferen-

te, porque siempre tan sólo las tomaríamos por lo que serían; pero como, en nuestros estudios, no buscamos ni nuestra diversión, ni la del público, lo que deseamos son las comunicaciones verdaderas; para eso, es necesaria la simpatía de los buenos Espíritus, y esa simpatía sólo es adquirida por aquellos que apartan a los malos con la sinceridad de su alma. Decir que los Espíritus frívolos jamás han podido insinuarse entre nosotros gracias a algunos puntos vulnerables sería demasiado pretencioso y presumir la perfección; los propios Espíritus superiores han podido permitirlo para experimentar nuestra perspicacia y nuestro celo en investigar la verdad; pero nuestro juicio nos debe mantener en guardia contra las trampas que nos pueden ser tendidas y nos da, en todos los casos, los medios de evitarlas.

El objetivo de la Sociedad no consiste solamente en la investigación de los principios de la Ciencia Espírita; ella va más lejos: estudia también las consecuencias morales, pues allí, sobre todo, está su verdadera utilidad.

Nuestros estudios nos enseñan que el mundo invisible, que nos rodea, reacciona constantemente sobre el mundo visible; nos lo muestran como una de las potencias de la naturaleza; ¿conocer los efectos de ese poder oculto que nos domina y nos subyuga a nuestras espaldas no es tener la clave de más de un problema, la explicación de una multitud de hechos que pasan desapercibidos? ¿Si esos efectos pueden ser funestos, conocer la causa del mal no es tener el medio de preservarse de ellos, como el conocimiento de las propiedades de la electricidad nos ha dado el medio de atenuar los efectos desastrosos del rayo? Si sucumbimos, entonces, sólo podremos responsabilizarnos a nosotros mismos, pues no tendremos la ignorancia como excusa. El peligro está en el imperio que los malos Espíritus toman sobre los individuos, y ese imperio no es solamente funesto desde el punto de vista de los errores de principios que pueden propagar, sino también desde el punto de vista de los intereses de la vida material. La ex-

perencia nos enseña que jamás nadie impunemente se abandona a la dominación de los malos Espíritus; pues sus intenciones jamás pueden ser buenas. Una de sus tácticas para conseguir sus fines es la desunión, porque saben muy bien que tendrán ventaja sobre aquel que está privado de apoyo; por eso, su primer cuidado, cuando desean adueñarse de alguien, es siempre el de inspirarle desconfianza y el alejamiento de quienquiera que pueda desenmascararlos al esclarecerlo con consejos saludables; una vez dueños del terreno, pueden, a voluntad, fascinarlo con seductoras promesas, subyugarlo al adular sus inclinaciones, aprovechándose, para eso, de todos los puntos débiles que encuentran, para después hacerle sentir mejor la amargura de las decepciones, golpearle en sus afectos, humillarle en su orgullo y, frecuentemente, elevarlo un instante, solamente para precipitarlo desde lo más alto.

He aquí, señores, lo que nos muestran los ejemplos que se desarrollan, a cada instante, ante nuestros ojos, tanto

en el mundo de los Espíritus como en el mundo corpóreo, de los que podemos sacar provecho para nosotros mismos, al mismo tiempo en que buscamos sacar provecho para los demás. Pero, se dirá, ¿no atraéis a los malos Espíritus al evocar a las personas que han sido la zupia de la sociedad? No, porque jamás sufrimos la influencia de ellos. Sólo hay peligro cuando es el Espíritu el que se IMPONE, jamás lo hay cuando alguien se IMPONE al Espíritu. Sabéis que esos Espíritus solamente vienen a vuestro llamado obligados y forzados y que, en general, se sienten tan poco a gusto entre vosotros que siempre tienen prisa por irse. La presencia de ellos es, para nosotros, un estudio, porque, para conocer, es necesario ver todo; el médico sólo llega al apogeo del saber sondando las llagas más repugnantes. Ahora bien, esa comparación del médico es tanto más justa cuanto sabéis cuántas llagas hemos cicatrizado, cuántos sufrimientos hemos aliviado. Nuestro deber es mostrarnos caritativos y benevolentes tanto con los seres de ultratumba

como con nuestros semejantes.

Personalmente, yo disfrutaría, señores, de un privilegio inaudito si hubiera estado a cubierto de la crítica. Uno no se pone en evidencia sin exponerse a las saetas de aquellos que no piensan como nosotros. Sin embargo, hay dos especies de críticas: una que es malévol, acerba, venenosa, en la que los celos se revelan a cada palabra; aquella que tiene por objetivo la investigación sincera de la verdad presenta aspectos muy diferentes. La primera sólo merece desdén: jamás he sido atormentado por ella. Solamente la segunda es discutible.

Algunas personas han dicho que he sido demasiado rápido en las teorías espíritas; que no había llegado el tiempo para establecerlas, que las observaciones no eran suficientemente completas. Permitidme algunas palabras sobre este asunto.

Hay dos cosas que considerar en el Espiritismo: la parte experimental y la parte filosófica o teórica. Si no se toma en cuenta la enseñanza dada por los Es-

píritus, pregunto si, en mi nombre, ¿no tengo el derecho, como tantos otros, a elucubrar un sistema de filosofía? ¿El campo de las opiniones no está abierto a todo el mundo? ¿Por qué, pues, yo no haría conocer la mía? Le corresponderá al público juzgar si mi opinión tiene o no el sentido común. Pero esa teoría, en lugar de darme un mérito, si hay mérito, declaro que ella emana enteramente de los Espíritus. –Que sea así, se dice, pero vais demasiado lejos.– Aquellos que pretenden dar la clave de los misterios de la creación, revelar el principio de las cosas y la naturaleza infinita de Dios, ¿no van más lejos que yo, que declaro, según los Espíritus, que no le está dado al hombre profundizar esas cosas, sobre las que sólo se pueden establecer conjeturas más o menos probables? –Vais demasiado rápido.– ¿Sería un equívoco haberse anticipado a ciertas personas? ¿Además, quién les impide avanzar? –Los hechos todavía no están suficientemente observados.– Pero si yo, con o sin razón, creo haberlos observado lo suficiente, ¿debo espe-

rar el capricho de aquellos que quedan atrás? Mis publicaciones no obstruyen el camino a nadie. –Ya que los Espíritus están sujetos al error, ¿quién os dice que aquellos que os han informado no están engañados?– En eso, de hecho, está toda la cuestión, pues la objeción de precipitación es demasiado pueril. ¡Pues bien! Debo decir sobre qué está fundada mi confianza en la veracidad y en la superioridad de los Espíritus que me han instruido. Ante todo, diría que, según el consejo de ellos, nada acepto sin examen y sin control; sólo adopto una idea si me parece racional, lógica, si está de acuerdo con los hechos y las observaciones, si nada serio viene a contradecirla. Pero mi juicio no podría ser un criterio infalible; la aceptación que he encontrado entre una multitud de personas más esclarecidas que yo es una primera garantía para mí. Encuentro otra no menos preponderante en la característica de las comunicaciones que han sido hechas desde que me ocupo del Espiritismo. Jamás, lo puedo decir, se ha insinuado una sola de esas

palabras, una sola de esas señales por las que se revelan siempre los Espíritus inferiores, incluso los más astutos; jamás la dominación; jamás los consejos equívocos o contrarios a la caridad y a la benevolencia, jamás las prescripciones ridículas. Lejos de eso, solamente he encontrado, en esas comunicaciones, pensamientos grandiosos, nobles, sublimes, desprovistos de pequeñez y de mezquindad. En suma, los contactos de los Espíritus conmigo, tanto en las más pequeñas como en las más grandes cosas, siempre han sido tales que si hubiera sido un hombre quien me hubiera hablado, yo lo habría considerado el mejor, el más sensato, el más prudente, el más moralizado y el más esclarecido. He aquí, señores, los motivos de mi confianza, corroborada por el carácter idéntico de la enseñanza dada a una multitud de otras personas antes y después de la publicación de mis obras. El porvenir dirá si estoy o no con la verdad. Mientras tanto, creo haber ayudado al progreso del Espiritismo al traer algunas piedras al edificio. Al mostrar

que los hechos pueden asentarse sobre el razonamiento, habré contribuido a hacer al Espiritismo salir de la vía frívola de la curiosidad, para hacerlo entrar en la vía seria de la demostración, la única que puede satisfacer a las personas que piensan y no se detienen en la superficie.

Termino, señores, con el corto examen de una cuestión de actualidad. Se habla de otras sociedades que desean erigirse en rivalidad en contra de la nuestra. Una, se dice, ya cuenta con 300 miembros y posee recursos financieros importantes. Quiero creer que no es una fanfarronada, que sería poco lisonjera tanto para los Espíritus que la habrían suscitado como para aquellos que dan ecos de eso. Si es una realidad, la felicitaremos sinceramente si obtiene la unidad de sentimientos necesaria para desbaratar la influencia de los malos Espíritus y consolidar su existencia.

Ignoro completamente cuáles son los elementos de la sociedad, o de las sociedades, que, se dice, desean formarse; sólo haría, pues, una observa-

ción general.

Hay en París y en otros lugares una multitud de reuniones íntimas, como era la nuestra antiguamente, donde los participantes se ocupan seriamente, en mayor o en menor grado, de las manifestaciones espíritas, sin hablar de los Estados Unidos, donde esas reuniones se cuentan a millares. Conozco reuniones donde las evocaciones se hacen en las mejores condiciones y donde se obtienen cosas muy notables. Es la consecuencia natural del número creciente de médiums que se desarrollan en todos los lados, a pesar de los burlones, y cuanto más avancemos, más esos centros se multiplicarán. Esos centros, formados espontáneamente de elementos muy poco numerosos y variables, nada tienen de fijo ni de regular y no constituyen sociedades propiamente dichas. A una sociedad regularmente organizada, le son necesarias condiciones de vitalidad completamente diferentes, incluso debido al número de miembros que la componen, a la estabilidad y a la permanencia. La primera de todas es la

homogeneidad en los principios y en la manera de ver. Toda sociedad formada de elementos heterogéneos carga, en sí misma, el germen de su disolución: se la puede considerar nacida muerta, cualquiera que sea su objeto: político, religioso, científico o económico. Una sociedad espírita requiere de otra condición: es la asistencia de los buenos Espíritus si se quieren obtener comunicaciones serias, pues, de los malos, si se les da cabida, sólo se pueden esperar mentiras, decepciones y mistificaciones. Ese es el precio que la propia existencia de tal sociedad paga, ya que los malos serán los primeros agentes de la destrucción de ella. Ellos la minarán, poco a poco, si no la hacen venir abajo desde el principio. Sin homogeneidad, nada de comunión de pensamientos y, por consiguiente, nada de calma ni de recogimiento posibles. Ahora bien, los buenos Espíritus sólo vienen adonde encuentran esas condiciones; ¿y cómo encontrarlas en una reunión cuyas creencias son divergentes, donde incluso unos nada creen y donde, en conse-

cuencia, domina incesantemente el ánimo de oposición y de controversia? Los buenos Espíritus sólo asisten a aquellos que desean ardientemente esclarecerse con miras al bien, sin segunda intención, y no para satisfacer una vana curiosidad. Desear formar una sociedad espírita fuera de esas condiciones sería dar prueba de la ignorancia más absoluta de los principios más elementales del Espiritismo.

¿Somos, pues, los únicos capaces de reunir esas condiciones? Sería muy fastidioso y, además, muy ridículo, para nosotros, creerlo. Lo que hemos hecho otros seguramente también lo pueden hacer. Que otras Sociedades se ocupen, pues, de los mismos trabajos que nosotros, que prosperen, que se multipliquen, tanto mejor, mil veces tanto mejor, pues será una señal de progreso en las ideas morales. Tanto mejor, sobre todo, si ellas están bien asistidas y tienen buenas comunicaciones, pues no poseemos la pretensión de tener un privilegio bajo ese aspecto. Como sólo tenemos como objetivo nuestra

instrucción personal y el interés de la Ciencia, que nuestra Sociedad no esconda ningún pensamiento de especulación, *ni directo ni indirecto*, ninguna intención ambiciosa, que su existencia no se base en una cuestión de dinero. Las otras Sociedades serán, para nosotros, hermanas, pero no pueden ser rivales. Si estuviéramos celosos de ellas, demostraríamos que estamos asistidos por malos Espíritus. Si una de ellas se formara para crearnos una rivalidad, con la segunda intención de suplantarlos, revelaría, por su propio objetivo, la naturaleza de los Espíritus que presidirían su formación, pues ese pensamiento no sería ni bueno ni caritativo, y los buenos Espíritus no simpatizan con los sentimientos de odio, de celos ni de ambición.

Tenemos, además, un medio infalible para no temer ninguna rivalidad. Es San Luis quien nos lo da: «*Que entre vosotros se comprenda y se ame*», nos ha dicho. Trabajemos, pues, para comprender; luchemos con los otros, pero luchemos en caridad y en abnegación.

Que el amor al prójimo esté inscrito en nuestra bandera y sea nuestro lema. Con eso, afrontaremos la burla y la influencia de los malos Espíritus. Sobre ese terreno, se nos puede igualar, y tanto mejor, pues serán más hermanos que se nos sumarán, pero depende de nosotros no ser jamás superados.

Pero, se dirá, tenéis una manera de ver que no es la nuestra; no podemos simpatizar con principios que no admitimos, pues nada prueba que estéis en lo verdadero. A eso contesto: nada prueba que estéis más en lo verdadero que nosotros, pues dudáis todavía, y la duda no es una doctrina. Podemos tener diferencias de opinión sobre puntos de la Ciencia sin que nos hagamos mal y nos arrojemos piedras. Es, incluso, muy poco digno y muy poco científico hacerlo. Buscad, pues, en vuestro lado, como buscamos en el nuestro. El futuro dará razón a quién corresponda. Si nos engañamos, no tendremos el necio amor propio de obstinarnos en las ideas falsas. Pero hay principios de los que uno está seguro de no engañarse:

son el amor al bien, la abnegación, la abjuración de todo sentimiento de envidia y de celos. Esos principios son los nuestros, y con esos principios siempre se puede simpatizar sin comprometerse. Es el vínculo que debe unir a todas las personas de bien, cualquiera que sea la divergencia de sus opiniones: el egoísmo sólo pone entre ellas una barrera infranqueable.

Tales son, señores, las observaciones que creí deber presentaros al dejar las funciones que me habéis confiado. Agradezco, desde el fondo del corazón, a todos aquellos que han deseado darme testimonios de simpatía. Suceda

lo que suceda, mi vida está consagrada a la obra que hemos emprendido, y estaré feliz si mis esfuerzos pueden ayudar a hacerla entrar en la vía seria, que es su esencia, la única que puede garantizar su porvenir. El objetivo del Espiritismo es volver mejores a aquellos que lo comprenden. Tratemos de dar el ejemplo y de mostrar que, para nosotros, la Doctrina no es una letra muerta. En suma, seamos dignos de los buenos Espíritus, si queremos que los buenos Espíritus nos asistan. El bien es una coraza contra la que siempre vendrán a romperse las armas de la malevolencia.

¹ N. de la T.: en el original, en francés, «*panorama mouvant*» – vista pintada en un gran cilindro hueco, en cuyo centro hay una plataforma circular, aislada, para los espectadores.

² N. de la T.: en el original, en francés, «*Dis-moi qui tu hantes, je te dirai qui tu es*».



9 – ¿Se debe publicar todo lo que dicen los Espíritus?

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
2.º año, n.º 11, noviembre de 1859*

Esta pregunta nos es dirigida por una de las personas con quienes mantenemos correspondencia. La contestaremos por medio de la siguiente pregunta: ¿sería bueno publicar todo lo que dicen y piensan las personas?

Quienquiera que posea una noción del Espiritismo, por poco profunda que sea, sabe que el mundo invisible está compuesto de todos aquellos que dejaron, en la Tierra, su envoltorio visible. Pero, al despojarse del hombre carnal, no todos, por eso, se han revestido de la túnica de los ángeles. Hay, pues, todos los grados de saber y de ignorancia, de moralidad y de inmoralidad; he aquí lo que no se debe perder de vista. No nos olvidemos de que, entre los Es-

píritus, hay, como en la Tierra, seres frívolos, aturdidos y burlones; pseudosabios, vanidosos y orgullosos de un saber incompleto; hipócritas, malos y, lo que nos parecería inexplicable si no conociéramos, de alguna manera, la fisiología de ese mundo, hay seres sensuales, viles, indecentes, que se arrastran en el fango. Al lado de eso, tenéis, siempre como en la Tierra, a seres buenos, humanos, benevolentes, esclarecidos, sublimes de virtudes. Sin embargo, como nuestro mundo no está ni en el primer rango ni en el último, aunque está más próximo al último que al primero, resulta que el mundo de los Espíritus encierra a seres más avanzados intelectual y moralmente que nuestras personas más esclarecidas

y otros que todavía están por debajo de las personas más inferiores.

Al tener esos seres un medio patente de comunicarse con las personas, de expresar sus pensamientos por señales inteligibles, sus comunicaciones deben ser el reflejo de sus sentimientos, de sus cualidades o de sus vicios. Esas comunicaciones serán frívolas, vulgares, groseras, obscenas incluso, o sabias, sensatas, sublimes, según el carácter y la elevación de los Espíritus que se comunican.

Esos seres se revelan por su lenguaje; de donde se deduce la necesidad de no aceptar ciegamente todo lo que viene del mundo oculto y de someterlo a un control severo. Con las comunicaciones de ciertos Espíritus, se podría, como con los discursos de ciertas personas, realizar una selección muy poco edificante. Tenemos, ante nuestra vista, una pequeña obra inglesa, publicada en América, que es la prueba de eso, y cuya lectura, se puede decir, una madre no

recomendaría a su hija; es por eso que no la recomendamos a nuestros lectores. Hay personas que piensan que eso es gracioso, divertido; que se deleiten en la intimidad, que sea así, pero que guarden eso para sí mismas. Lo que concebimos aún menos es que alguien se vanaglorie de obtener él mismo comunicaciones inconvenientes; es siempre un indicio de afinidades de las que no hay motivo para sentir vanidad, sobre todo cuando esas comunicaciones son *espontáneas y persistentes*, como sucede con ciertas personas. Sin duda, eso nada prejuzga sobre la moralidad *actual* de esas personas, pues conocemos a algunas que son afligidas por ese tipo de obsesión, al que su carácter no puede prestarse de ninguna manera. Sin embargo, ese efecto debe tener una causa, como todos los efectos. Si no se la encuentra en la existencia presente, se la debe buscar en una situación anterior; si no está en nosotros, está fuera de nosotros, pero estamos con esa causa siempre

por algo, aunque sea por debilidad de carácter. Una vez conocida la causa, depende de nosotros hacerla cesar.

Al lado de esas comunicaciones indiscutiblemente malas y que chocan todo oído un poco delicado, hay aquellas que son simplemente triviales o ridículas. ¿Hay inconveniente en publicarlas? Si son ofrecidas por lo que valen, hay un mal relativo. Si son ofrecidas como estudio del género, con las advertencias, los comentarios y las atenuantes necesarias, pueden ser incluso instructivas, porque hacen conocer el mundo espírita bajo todos sus aspectos. Con prudencia y miramientos, se puede decir todo; pero lo malo está en ofrecer, como serias, cosas que chocan al buen sentido, a la razón o a las reglas de urbanidad; el peligro, en ese caso, es más grande de lo que se piensa. En primer lugar, esas publicaciones tienen como inconveniente inducir a error a las personas que no tienen condiciones de profundizar y de discernir lo

verdadero de lo falso, sobre todo en una cuestión tan nueva como el Espiritismo. En segundo lugar, son armas ofrecidas a los adversarios, que no dejan de sacar, de eso, argumentos contrarios a la alta moralidad de la enseñanza Espírita, pues, una vez más, lo malo está en ofrecer, como serias, cosas notoriamente absurdas. Algunos pueden incluso ver una profanación en el papel ridículo que se presta a ciertos personajes justamente venerados y a los que se hace sostener un lenguaje indigno de ellos. Aquellos que han estudiado a fondo la Ciencia Espírita saben a qué atenerse bajo ese aspecto. Saben que los Espíritus burlones no se abstienen de adornarse de nombres respetables. Pero saben también que esos Espíritus sólo engañan a aquellos que se dejan engañar y que no saben, o no *desean*, desbaratar sus estratagemas por los medios de control que conocemos. El público, que no sabe eso, sólo ve una cosa: un absurdo ofrecido gravemente a la admiración, y se

«[...] hay publicaciones que pueden perjudicar esencialmente la causa que desean defender [...].»

dice: «Si todos los espíritas son así, no han robado el epíteto con el que se los gratifica». Ese juicio es precipitado, sin ninguna duda; los acusáis con razón de ligereza y les decís: «Estudiad la cosa, sólo veis un lado de la moneda»; pero hay tantas personas que juzgan *a priori*, y sin darse el trabajo de virar la página, sobre todo cuando no hay buena voluntad, que se debe evitar lo que les puede dar demasiada cabida; porque si se junta la mala voluntad con la malevolencia, lo que es muy común, a esas personas les encantará encontrar algo que atacar.

Más tarde, cuando el Espiritismo sea difundido, más conocido y comprendido por las masas, esas publicaciones no tendrán más influen-

cia de la que tendría, hoy en día, un libro que contiene herejías científicas. Hasta allá, se debería tener demasiada circunspección, pues hay publicaciones que pueden perjudicar esencialmente la causa que desean defender, mucho más incluso que los ataques groseros y las injurias de ciertos adversarios: algunas de esas publicaciones no habrían tenido más éxito en perjudicar el Espiritismo si hubieran sido hechas con ese objetivo. El error de ciertos autores es el de escribir sobre un asunto antes de haberlo profundizado suficientemente y, con esto, dar lugar a una crítica fundada. Se quejan del juicio temerario de sus antagonistas; no tienen cuidado y muestran frecuentemente, ellos mismos, el punto débil. Además, a pesar de todas las precauciones, sería pretensioso creerse a cubierto de toda crítica: en primer lugar, porque es imposible contentar a todo el mundo; en segundo lugar, porque hay personas que se ríen de todo, incluso de las cosas más serias, algunas por

su *situación*, otras por su carácter. Se ríen mucho de la religión; no es sorprendente que se rían de los Espíritus, que no conocen. Si, por lo menos, sus bromas fueran ingeniosas, habría compensación; desafortunadamente, ellas no brillan, en general, ni por la fineza, ni por el buen gusto, ni por la urbanidad y mucho menos por la lógica. Hagamos, pues, mejor; al poner de nuestro lado la razón y las reglas de urbanidad, pondremos también a los burlones.

Esas consideraciones serán fácilmente comprendidas por todo el mundo; pero hay una no menos esencial que está relacionada con la propia naturaleza de las comunicaciones Espíritas y que no debemos omitir: los Espíritus van adonde encuentran afinidad y *adonde saben que serán escuchados*. Las comunicaciones groseras e inconvenientes, o simplemente falsas, absurdas y ridículas, sólo pueden emanar de Espíritus inferiores: el simple buen sentido lo indica. Esos Espíritus hacen lo que ha-

cen las personas que se ven escuchadas con complacencia: se apegan a aquellos que admiran sus tonterías y frecuentemente se adueñan de ellos y los dominan al punto de fascinarlos y subyugarlos. La importancia que se concede a sus comunicaciones, por la publicidad, los atrae, los estimula y los incentiva. El único, el verdadero medio de alejarlos es demostrarles que no se será engañado, al rechazar de manera severa, como apócrifo y sospechoso, todo lo que no es racional, todo lo que desmiente la superioridad que se atribuye al Espíritu que se manifiesta y el nombre con el que se disfraza: entonces, cuando él ve que pierde su tiempo, se retira.

Creemos haber contestado suficientemente a la pregunta de la persona con quien mantenemos correspondencia sobre la conveniencia y la oportunidad de ciertas publicaciones Espíritas. Publicar sin examen, o sin atenuante, todo lo que viene de esa fuente sería dar prueba, según noso-

tros, de poco discernimiento. Tal es, por lo menos, nuestra opinión personal, que dejamos a la apreciación de aquellos que, al estar *desinteresados* en la cuestión, pueden juzgar con imparcialidad, dejando de lado toda consideración individual. Como todo el mundo, tenemos el derecho de decir nuestra manera de pensar

sobre la Ciencia que es el objeto de nuestros estudios y de tratarla a nuestra manera, sin pretender imponer nuestras ideas a quien sea, ni darlas como leyes. Aquellos que comparten nuestra manera de ver es porque creen, como nosotros, estar en lo verdadero; el porvenir mostrará quién está equivocado y quién tiene razón.



10 – Boletín de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas

Consideraciones sobre el objetivo y el carácter de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
3.º año, n.º 4, abril de 1860

Señores,
Algunas personas parecen estar confundidas sobre el verdadero objetivo y sobre el carácter de la Sociedad. Permitidme recordarlos en pocas palabras.

El objetivo de la Sociedad está claramente definido en su título y en el preámbulo del reglamento actual. Ese objetivo es esencialmente y, se puede decir, exclusivamente, el estudio de la Ciencia Espírita. Lo que deseamos, ante todo, no es convencernos, puesto que ya estamos convencidos, sino instruirnos y aprender lo que no sabemos. Para el efecto, queremos colocarnos en las condiciones más favorables. Como esos estudios exigen calma y recogimiento, queremos evitar todo lo

que sería motivo de confusión. Tal es la consideración que debe prevalecer en la apreciación de las medidas que adoptaremos.

Partiendo de ese principio, la Sociedad no se considera, de ninguna manera, una Sociedad de propaganda. Sin duda, cada uno de nosotros desea la difusión de las ideas que creemos justas y útiles, y contribuimos en el círculo de nuestras relaciones y en la medida de nuestras fuerzas, pero sería falso pensar que fuera necesario, para eso, estar reunidos en sociedad, y más falso aún pensar que la Sociedad fuera la columna sin la cual el Espiritismo estaría en peligro. Al estar regularmente constituida, nuestra Sociedad procede, por eso mismo, con más orden y mé-

todo que si funcionara al azar; pero, aparte de eso, no es más preponderante que las millares de sociedades libres o reuniones particulares que existen en Francia y en el extranjero.

Lo que nuestra Sociedad quiere, una vez más, es instruirse. He aquí el motivo por el cual sólo admite, en su seno, a personas serias y animadas del mismo deseo, pues el antagonismo de principios es una causa de perturbación. Hablo de un antagonismo sistemático sobre las bases fundamentales, pues nuestra Sociedad no podría, sin contradecirse, alejar la discusión sobre los hechos de detalle. Si ha adoptado ciertos principios generales, no es por un estrecho espíritu de exclusivismo. Ha visto todo, estudiado todo, comparado todo, y es de acuerdo a eso como nuestra Sociedad se ha formado una opinión basada en la experiencia y en el razonamiento. Sólo el porvenir puede encargarse de darle razón o de mostrar su equivocación.

Pero, mientras tanto, nuestra Sociedad no busca ninguna supremacía,

y solamente aquellos que no la conocen pueden suponerle la ridícula pretensión de absorber a todos los partidarios del Espiritismo o de considerarse como reguladora universal. Si nuestra Sociedad no existiera, cada uno de nosotros se instruiría por cuenta propia y, en lugar de una sola reunión, formaríamos, tal vez, diez o veinte; he aquí toda la diferencia.

No imponemos nuestras ideas a nadie. Aquellos que las adoptan es que las consideran justas. Aquellos que vienen a nosotros es que piensan encontrar acá la ocasión de aprender. Pero no es como *afiliación*, pues no formamos *ni una secta, ni un partido*. Estamos reunidos para el estudio del Espiritismo como otros se reúnen para el estudio de la Frenología, de la Historia o de otras ciencias.

Como nuestras reuniones no se basan en ningún interés material, poco nos importa que se formen otras a nuestro lado. Creer que las veríamos con ojos celosos sería, realmente, suponer que tenemos ideas muy mez-

quinas, muy limitadas, muy pueriles. Aquellos que pensaran crearnos *rivalidades* mostrarían, por eso mismo, cuán poco comprenden el verdadero espíritu de la Doctrina. Sólo lamentaríamos una cosa: es que ellos nos conocerían suficientemente mal para creernos accesibles al innoble sentimiento de los celos. Se concibe que haya empresas mercenarias rivales, que pueden perjudicarse por la competencia y que se miran con mal ojo. Pero si esas reuniones, como debe ser, sólo tienen en vista un interés puramente moral, si no se mezcla, en ellas, ninguna consideración *mercantil*, pregunto ¿en qué esas reuniones pueden perjudicarse por la multiplicidad? Sin duda, se dirá que, si no hay interés material, existe el del amor propio, el deseo de destruir el crédito moral de su vecino. Pero ese móvil sería, tal vez, más innoble aún. Si así lo fuera, Dios no quiera, solamente habría que compadecerse de aquellos que estuvieran movidos por pensamientos semejantes. ¿Uno quiere superar a su vecino? Trate de hacer

todo mejor que él. Está allí una lucha noble y digna, si no es empañada por la envidia y los celos.

He aquí, pues, señores, un punto que es esencial no perder de vista. Es que no formamos ni una secta, ni una sociedad de propaganda, ni una corporación que tiene un interés común; si dejáramos de existir, el Espiritismo no sufriría ningún perjuicio y, de nuestros restos, se formarían otras veinte sociedades. Por lo tanto, aquellos que buscaran destruirnos con el objetivo de trabar el progreso de las ideas espíritas no ganarían nada con eso, pues es necesario que sepan que las raíces del Espiritismo no están en nuestra sociedad, sino en el mundo entero. Hay alguna cosa más poderosa que ellos, más influyente que todas las sociedades: es la Doctrina, que va al corazón y a la razón de aquellos que la comprenden y, sobre todo, de aquellos que la practican.

Esos principios, señores, nos indican el verdadero carácter de nuestro reglamento, que nada tiene en común

con los estatutos de una corporación. Ningún contrato nos vincula los unos a los otros; fuera de nuestras sesiones, sólo tenemos la obligación, de unos con relación a los otros, de comportarnos como personas bien educadas. Aquellos que no encontraran, en esas reuniones, lo que esperaban encontrar tienen toda la libertad de retirarse, y yo no concebiría incluso que ellos se quedaran a partir del momento en el que lo que se hiciera, en esas reuniones, no les conviniera. No sería racional que vinieran a perder su tiempo acá.

En toda reunión, es necesaria una regla para el mantenimiento del buen orden. Nuestro reglamento sólo es, pues, propiamente hablando, una consigna destinada a establecer la disciplina de nuestras sesiones, a mantener, entre las personas que asisten, las relaciones de urbanidad y de conveniencia, que deben presidir todas las asambleas de personas que tienen educación, además de las condiciones inherentes a la especialidad de nuestros trabajos; pues tratamos no sola-

mente con las personas, sino también con los Espíritus, que, como lo sabéis, no son todos buenos, y hay que ponerse en guardia en contra de sus engaños. Hay aquellos muy astutos, que pueden incluso, por odio al bien, empujarnos a una vía peligrosa. Nos corresponde a nosotros tener suficiente prudencia y perspicacia para desbaratarlos, y es eso lo que nos obliga a tomar precauciones particulares.

Recordad, señores, la manera en la que la Sociedad se ha formado. Yo recibía en mi casa a algunas personas en un pequeño grupo. Al crecer el número de ellas, se dijo: es necesario un local más grande; para tener ese local, es necesario pagarlo; por lo tanto, es necesario pagar entre todos. Se dijo además: es necesario orden en las sesiones; no se puede admitir, en ellas, al primero que llega; por lo tanto, es necesario un reglamento. He aquí toda la historia de la Sociedad. Es bien simple, como veis. No ha pasado por el pensamiento de nadie fundar una institución, ni ocuparse de cualquier cosa

que estuviera fuera de los estudios, y declaro incluso, de una manera muy formal, que si alguna vez la Sociedad quisiera ir más allá de ese objetivo, yo no la seguiría en eso.

Lo que hago, otros son maestros en hacerlo por su parte, ocupándose según su voluntad, sus gustos, sus ideas, sus puntos de vista particulares. Y esos diferentes grupos pueden perfectamente entenderse y vivir como buenos vecinos. Como es materialmente imposible reunir, en un mismo local, a todos los partidarios del Espiritismo, a no ser que se tomara una plaza pública como lugar de asamblea, esos diferentes grupos deben ser fracciones de un gran todo, pero no sectas rivales. Y el mismo grupo, vuelto demasiado numeroso, puede subdividirse como los enjambres de las abejas. Esos grupos ya existen en gran número y se multiplican todos los días. Ahora bien, es precisamente contra esa multiplicidad que la mala voluntad de los enemigos del Espiritismo vendrá a romperse, pues las trabas tendrán, como efecto

inevitable y debido a las circunstancias, multiplicar las reuniones particulares.

Sin embargo, se debe admitir, hay, entre ciertos grupos, una especie de rivalidad o, más bien, de antagonismo. ¿Cuál es la causa? ¡Dios mío! Esa causa está en la debilidad humana, en el espíritu de orgullo que quiere imponerse, está, sobre todo, en el conocimiento todavía incompleto de los verdaderos principios del Espiritismo. Cada uno defiende a sus Espíritus, como antiguamente las ciudades de Grecia defendían a sus dioses, que, dicho sea de paso, no eran otros sino los Espíritus buenos, en mayor o menor grado. Esas disidencias sólo existen porque hay personas que desean juzgar antes de haber visto todo, o que juzgan desde el punto de vista de su personalidad. Esas disidencias se borrarán, como ya muchas se han borrado, a medida que la Ciencia se formule; pues, en definitiva, la verdad es única y saldrá del examen imparcial de las diferentes opiniones. Mientras se espera que

la luz se haga sobre todos los puntos, ¿quién será el juez? La razón, se dirá, pero cuando dos personas se contradicen, cada una invoca su razón. ¿Cuál razón superior decidirá entre esas dos razones?

Sin detenernos en la forma más o menos imponente del lenguaje, forma que saben muy bien tomar los Espíritus impostores y pseudosabios para seducir, por las apariencias, partimos de este principio: los buenos Espíritus solamente pueden aconsejar el bien, la unión, la concordia; su lenguaje es siempre simple, modesto, marcado por benevolencia, exento de acrimonia, de arrogancia y de fatuidad; en suma, todo en ellos exhala la caridad más pura. La caridad: he aquí el verdadero criterio para juzgar a los Espíritus y para juzgarse a sí mismo. Quienquiera que, al sondear el fuero interno de su conciencia, encuentre un germen de rencor en contra de su prójimo, incluso un simple deseo de maldad, puede decirse seguramente que está siendo incitado por un mal Espíritu, pues ol-

vida estas palabras del Cristo: «Seréis perdonados como vosotros mismos habéis perdonado». Por lo tanto, si hubiera rivalidad entre dos grupos Espíritas, los Espíritus verdaderamente buenos no podrían estar del lado de aquel que lanzara el anatema al otro; pues jamás una persona sensata podrá creer que los celos, el rencor, la malevolencia, en suma, todo sentimiento contrario a la caridad pueda emanar de una fuente pura. Buscad, pues, de qué lado hay más caridad *práctica* y no sólo en palabras, y reconoceréis, sin esfuerzo, de qué lado están los mejores Espíritus y, por consecuencia, aquellos de quienes hay más razón de esperar la verdad.

Esas consideraciones, señores, lejos de apartarnos de nuestro asunto, nos colocan sobre nuestro verdadero terreno. El reglamento, considerado desde ese punto de vista, pierde completamente su carácter de contrato, para revestir el carácter, mucho más modesto, de una simple regla disciplinaria.

Todas las reuniones, cualquiera que sea su objeto, tienen que prevenirse contra un escollo: es el de los caracteres desordenados, que parecen nacidos para sembrar la confusión y la cizaña por todos los lugares donde se encuentren; el desorden y la contradicción son sus elementos. Las reuniones Espíritas, más que otras, tienen que temerlos, porque las mejores comunicaciones sólo se obtienen en una calma y un recogimiento incompatibles con su presencia y con la presencia de los Espíritus afines que ellos traen.

En resumen, lo que debemos buscar es evitar todas las causas de confusión y de interrupción; es mantener,

entre nosotros, las buenas relaciones, de las que los Espíritas sinceros deben, más que otros, dar ejemplo; es oponernos, por todos los medios posibles, a lo que hace que la Sociedad se aparte de su objetivo, trate cuestiones que no son de su competencia y degeneren en arena de controversia y de personalismo. Lo que debemos buscar también es la posibilidad de ejecución al simplificar al máximo posible los engranajes. Cuanto más complicados son esos engranajes, más causas de perturbación habrá. El relajamiento de la disciplina acabaría por introducirse inevitablemente, y del relajamiento a la anarquía sólo hay un paso.



11 – Los aparecidos

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
3.º año, n.º 7, julio de 1860

La Academia define así esta palabra: «Se dice de los Espíritus que supuestamente vuelven del otro mundo». No asevera «*que vuelven*»; solamente hay Espíritas que puedan estar suficientemente locos para osar afirmar cosas semejantes.

Sea como sea, se puede decir que la creencia en los aparecidos es universal. Está evidentemente fundada sobre la intuición de la existencia de los Espíritus y la posibilidad de comunicarse con ellos. Desde ese punto de vista, todo Espíritu que manifiesta su presencia, sea por medio de la escritura de un médium, sea simplemente al golpear una mesa, sería un aparecido. Sin embargo, se reserva, en general, ese nombre casi sepulcral a aquellos que se vuelven visibles y que, *supuestamente*, como dice, con razón, la Academia, vienen en circunstancias más

dramáticas.

¿Son cuentos de la abuela? El hecho, en sí mismo, no; los accesorios, sí. Se sabe que los Espíritus pueden manifestarse a la vista, incluso bajo una forma tangible; he aquí lo que es real. Pero lo que es fantástico son los accesorios, y el miedo a éstos, que todo exagera, acompaña comúnmente ese fenómeno, muy simple en sí mismo, que se explica por una ley completamente natural y que no tiene, en consecuencia, nada de maravilloso ni de diabólico. ¿Por qué, pues, se tiene miedo a los aparecidos? Precisamente debido a esos propios accesorios que la imaginación se complace en volver espantosos porque se ha asustado y, tal vez, haya creído ver lo que no ha visto.

En general, se los representa bajo un aspecto lúgubre, viniendo de preferencia por la noche, y sobre todo en las

«El Espiritismo nos enseña, al contrario, que los Espíritus pueden mostrarse en todos los lugares, a cualquier hora, tanto durante el día como por la noche; que lo hacen, en general, con la apariencia que tenían en vida, y que tan sólo la imaginación ha creado a los aparecidos [...]»

noches más sombrías, a horas fatales, en lugares siniestros, disfrazados con mortajas o vestidos de manera extraña y ridícula. El Espiritismo nos enseña, al contrario, que los Espíritus pueden mostrarse en todos los lugares, a cualquier hora, tanto durante el día como por la noche; que lo hacen, en general, con la apariencia que tenían en vida, y que tan sólo la imaginación ha creado a los aparecidos; que aquellos Espíri-

tus que lo hacen no deben ser temidos, pues son, por lo común, parientes o amigos que vienen a nosotros por afecto, o Espíritus infelices, a los que se les puede ayudar; o son, algunas veces, bufones del mundo Espírita, que se divierten a nuestra costa y se ríen del miedo que causan. Se concibe que, con éstos, el mejor medio es reírse uno mismo y demostrarles que no se tiene miedo; por lo demás, se limitan, casi siempre, a hacer un alboroto y, rara vez, se vuelven visibles. La maldición está en tomar la cosa en serio, pues entonces ellos redoblan sus travesuras; más valdría exorcizar a un crío de París. Pero incluso suponiéndose que sea un Espíritu malo, ¿qué mal podría hacer, y no se tendría cien veces más que temer a un bandolero vivo que a ese bandolero muerto y transformado en Espíritu? Además, sabemos que estamos constantemente rodeados de Espíritus, que sólo difieren de aquellos que se denominan aparecidos porque no se los ve.

Los adversarios del Espiritismo

no dejarán de acusarlo de dar crédito a una creencia supersticiosa: pero al ser el hecho de las manifestaciones visibles comprobado, explicado por la teoría y confirmado por muchos testimonios, no se puede hacer que ese hecho no exista, y todas las negaciones no impedirán que se produzca, pues hay pocas personas que, al consultar sus memorias, no recuerdan algún hecho de esa naturaleza que no pueden poner en duda. Vale mucho más, pues, que uno sea esclarecido sobre lo que hay de verdadero o de falso, de posible o de imposible en los relatos de ese género. Es explicando una cosa, razonando sobre ella,

que nos precavemos contra un temor pueril. Conocemos a un buen número de personas que tenían un gran miedo a los aparecidos. Hoy en día, cuando, gracias al Espiritismo, saben lo que es eso, su más fuerte deseo es ver a los aparecidos. Conocemos a otras que han tenido visiones, de las que habían estado muy asustadas. Ahora que comprenden, no quedan afectadas en absoluto. Se conocen los peligros del mal del miedo para los cerebros débiles. Ahora bien, uno de los resultados del conocimiento del Espiritismo esclarecido es precisamente curar ese mal, y no está allí uno de sus menores beneficios.



12 – Banquete ofrecido por los Espíritas lioneses al señor Allan Kardec – el 19 de septiembre de 1860:

Respuesta del señor Allan Kardec

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
3.º año, n.º 10, octubre de 1860*

Señoras, señores y todos vosotros, mis caros y buenos hermanos en el Espiritismo:

La acogida tan amistosa y benévola que recibo entre vosotros, desde mi llegada, sería motivo para llenarme de orgullo si yo no comprendiera que esos testimonios se dirigen menos a la persona que a la Doctrina, de la que soy uno de los más humildes obreros. Es la consagración de un principio, y estoy doblemente feliz por eso, pues ese principio debe garantizar, un día, la felicidad de las personas y la paz de la sociedad, cuando sea bien comprendido y, mucho más, cuando sea practicado. Sus adversarios sólo lo combaten porque no lo comprenden. Nos corresponde a nosotros, les corresponde a los

verdaderos Espíritas, a aquellos que ven, en el Espiritismo, algo diferente de experimentos curiosos, en mayor o en menor grado, hacer que sea comprendido y difundido, al predicar con el ejemplo tanto como con las palabras.

El libro de los Espíritus ha tenido como resultado hacer ver el alcance filosófico del Espiritismo. Si ese libro tiene algún mérito, sería pretensioso de mi parte glorificarme de eso, pues la Doctrina que contiene no es mi creación. Todo el honor por el bien que ese libro ha hecho les corresponde a los Espíritus sensatos que lo han dictado y que han tenido a bien servirse de mí. Puedo, pues, oír el elogio sin que mi modestia sea herida, y sin que mi amor propio sea exaltado. Si yo hu-

biera deseado aprovecharme de ello, habría seguramente reivindicado su concepción, en lugar de atribuirla a los Espíritus. Si se pudiera dudar de la superioridad de aquellos que han cooperado en el libro, bastaría considerar la influencia que esa obra ha ejercido en tan poco tiempo, por el solo poder de la lógica, y sin ninguno de los medios materiales propicios para estimular la curiosidad.

Sea como sea, señores, la cordialidad de vuestra acogida será, para mí, un poderoso incentivo a la tarea laboriosa que he emprendido y de la que hago la obra de mi vida, pues ese incentivo me da la seguridad consoladora de que las personas de corazón no son tan escasas en este siglo material, como algunos se complacen en decir. Los sentimientos que hacen nacer en mí esos testimonios benévolos se comprenden mejor de lo que pueden expresarse, y lo que les da un valor inestimable, para mí, es que no tienen como móvil ninguna consideración personal. Os agradezco, desde el

fondo de mi corazón, en nombre del Espiritismo, en nombre, sobre todo, de la *Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas*, que quedará feliz por las señales de simpatía que tenéis a bien darle, y orgullosa de contar, también en Lyon, con un gran número de buenos y leales cofrades. Permitidme volver a trazar, en algunas palabras, las impresiones que llevo de mi permanencia demasiado corta entre vosotros.

La primera cosa que me ha impresionado es el número de adeptos. Yo sabía bien que Lyon contaba con muchos, pero estaba lejos de suponer que el número fuera tan considerable, pues se los cuenta por centenares y, en un futuro próximo, lo espero, ya no se los podrá contar. Pero si Lyon se distingue por el número, no lo hace menos por la calidad, lo que vale aún más. Por todos los lugares, sólo he encontrado a Espíritas sinceros, que comprenden la Doctrina desde el verdadero punto de vista.

Hay, señores, tres categorías de adeptos: unos que se limitan a creer

en la realidad de las manifestaciones y que buscan, ante todo, los fenómenos; el Espiritismo es simplemente, para ellos, una serie de hechos más o menos interesantes.

Los segundos ven más allá de los hechos. Comprenden su alcance filosófico. Admiran la moral que deriva de eso, pero no la practican: para ellos, la caridad cristiana es una hermosa máxima, pero nada más.

Los terceros, en fin, no se contentan en admirar la moral: la practican y aceptan todas sus consecuencias. Bien convencidos de que la existencia terrestre es una prueba pasajera, tratan de aprovechar esos cortos instantes para caminar en la vía del progreso, que les trazan los Espíritus, esforzándose en hacer el bien y reprimir sus malas inclinaciones. Sus relaciones son siempre confiables, pues sus convicciones los alejan de todo pensamiento de maldad; la caridad es la regla de su conducta en todas las cosas. Son los *verdaderos espíritas*, mejor dicho, los *espíritas cristianos*.

Pues bien, señores, os digo, con felicidad, todavía no he encontrado acá a ningún adepto de la primera categoría; en ningún lugar, he visto que se ocuparan del Espiritismo por pura curiosidad; en ningún lugar, he visto que se sirvieran de las comunicaciones para asuntos fútiles. Por todas partes, el objetivo es grave, las intenciones son serias, y si creo en lo que veo y en lo que me es dicho, hay muchos de la tercera categoría. ¡Honor, pues, a los Espíritas lioneses por haber entrado, tan ampliamente, en esta vía progresiva, sin la que el Espiritismo no tendría finalidad! Ese ejemplo no se perderá; tendrá sus consecuencias, y no es sin razón, lo veo, que los Espíritus me han contestado otro día, por uno de vuestros médiums más abnegados, aunque es uno de los más desconocidos, cuando yo les expresaba mi sorpresa: «*¿Por qué sorprenderte de eso? Lyon ha sido la ciudad de los mártires; la fe está viva allí; ella ofrecerá apóstoles al Espiritismo. Si París es la cabeza, Lyon será el corazón.*» La coincidencia de esa respuesta con

la que os ha sido dada anteriormente, y que el señor Guillermo acaba de recordar en su alocución, tiene algo muy significativo.

La rapidez con la que la Doctrina se ha propagado en estos últimos tiempos, a pesar de la oposición que todavía encuentra, o tal vez por causa de esa oposición, nos puede hacer presagiar su porvenir. Evitemos, pues, con nuestra prudencia, todo lo que podría producir una impresión enojosa y, no digo perder una causa asegurada adelante, sino retardar su desarrollo. Sigamos los consejos de los Espíritus sensatos y no olvidemos que, en este mundo, muchos éxitos han sido comprometidos por demasiada precipitación. Tampoco olvidemos que nuestros enemigos del otro mundo, así como de éste, pueden buscar arrastrarnos a una vía peligrosa.

Habéis tenido a bien solicitarme algunas opiniones. Me daré el placer de ofreceros aquellas que la experiencia podrá sugerirme. Será siempre sólo una opinión personal, que os invito a

sopesar con vuestra sabiduría, y de la que haréis el uso que juzguéis conveniente. No tengo la pretensión de considerarme como árbitro absoluto.

Tenéis la intención de formar una gran sociedad. Ya os he dicho sobre este asunto mi manera de pensar, y me limito a resumirla acá.

Está reconocido que las mejores comunicaciones se obtienen en las reuniones poco numerosas, en las que, sobre todo, reinan la armonía y la comunión de sentimientos; ahora bien, mientras más grande sea el número de participantes, más difícil será obtener esa homogeneidad. Como es imposible que, al inicio de una ciencia, tan nueva todavía, no surjan algunas divergencias en la manera de apreciar ciertas cosas, de esa divergencia nacerá inevitablemente un malestar, que podría traer la desunión. Los grupos pequeños, al contrario, serán siempre más homogéneos. En ellos, todos se conocen mejor entre sí, uno se siente más en familia y se admite mejor la participación de quién se desea. Y, como

en definitiva, todos tienden al mismo objetivo, pueden entenderse perfectamente, y se entenderán tanto mejor mientras no haya esa desavenencia incesante de caracteres, incompatible con el recogimiento y la concentración. Los malos Espíritus, que buscan sembrar, sin cesar, la discordia, al irritar la susceptibilidad, siempre tendrán menos cabida que en un medio numeroso y mezclado. En suma, la unidad de visión y de sentimiento será más fácil de establecer allí.

La multiplicidad de los grupos tiene otra ventaja: la de obtener una variedad mucho más grande en las comunicaciones, por la diversidad de aptitud de los médiums. Que esas reuniones parciales compartan recíprocamente lo que obtienen cada una de su lado, y todas sacarán provecho, así, de sus trabajos mutuos. Llegará un tiempo, además, en el que el número de los partidarios ya no permitirá una sola reunión, que deberá fraccionarse inevitablemente. Por eso, vale más hacer inmediatamente lo que se estaría for-

zado a hacer más tarde.

Desde el punto de vista de la propaganda, es también un hecho cierto el de que no son en las grandes reuniones donde los novatos pueden extraer los elementos de convicción, sino más bien en la intimidad. Hay, pues, doble motivo para preferir los grupos pequeños, que pueden multiplicarse al infinito. Ahora bien, veinte grupos de diez personas, por ejemplo, indiscutiblemente obtendrán más y harán más prosélitos que una sola asamblea de doscientos miembros.

Hace poco, he hablado de las divergencias que pueden surgir y he dicho que no deberían traer obstáculo al perfecto entendimiento de los diferentes centros. De hecho, esas divergencias sólo pueden basarse en detalles y no en el fondo. El objetivo es el mismo: el mejoramiento moral. El medio es el mismo: la enseñanza dada por los Espíritus. Si esa enseñanza fuera contradictoria, si evidentemente uno debiera estar en lo falso y otro en lo verdadero, observad bien que eso no podría

alterar el objetivo, que es conducir a las personas al bien para su mayor felicidad presente y futura. El bien no podría tener dos pesos y dos medidas. Desde el punto de vista científico o dogmático, es útil, sin embargo, o por lo menos interesante, saber quién está equivocado y quién tiene razón. ¡Pues bien! Tenéis un criterio infalible para apreciarlo, sean simples detalles o sistemas más radicalmente divergentes. Y eso se aplica no solamente a los sistemas espíritas, sino a todos los sistemas filosóficos.

Examinad, ante todo, el sistema que es más lógico, aquel que responde mejor a vuestras aspiraciones, que puede alcanzar mejor el objetivo. El mayormente verdadero será, evidentemente, aquel que explique mejor, que dé mejor la razón de todo. Si se puede oponer a un sistema un único hecho en contradicción con su teoría, es que su teoría es falsa o incompleta. Examinad, a continuación, los resultados prácticos de cada sistema. La verdad debe estar del lado de aquel que pro-

duce más bien, que ejerce la influencia más saludable, que hace a más personas buenas y virtuosas, que estimula el bien por los motivos más puros y más racionales. El objetivo constante al que aspiran las personas es la felicidad. La verdad estará del lado del sistema que proporcione la mayor suma de satisfacción moral; en pocas palabras, que vuelva más felices a las personas.

Como la enseñanza viene de los Espíritus, los diferentes grupos, así como los individuos, se encuentran bajo la influencia de ciertos Espíritus, que presiden sus trabajos o los dirigen moralmente. Si esos Espíritus no concuerdan, la cuestión es saber cuál es aquel que merece más confianza. Será, evidentemente, aquel cuya teoría no puede provocar ninguna objeción seria; en suma, aquel que, sobre todos los puntos, da más pruebas de su superioridad. Si todo es bueno, racional en esa enseñanza, poco importa el nombre que toma el Espíritu, y bajo ese aspecto, la cuestión de la identidad es completamente secundaria. Si, bajo

un nombre respetable, la enseñanza falla en las cualidades esenciales, podéis concluir, decididamente, que es un nombre apócrifo y que es un Espíritu impostor o que se divierte. Regla general: jamás el nombre es una garantía. La única, la verdadera garantía de superioridad es el pensamiento y la manera con la que el pensamiento se expresa. Los Espíritus engañadores pueden imitar todo, todo, excepto el verdadero saber y el verdadero sentimiento.

No tengo la intención, señores, de haceros acá un curso de Espiritismo y, tal vez, abuso de vuestra paciencia por todos esos detalles. Sin embargo, no puedo dejar de agregar aún algunas palabras sobre ese asunto.

Frecuentemente, sucede que, para hacer adoptar algunas utopías, los Espíritus ostentan un falso saber, y piensan imponerlo extrayendo, del arsenal de las palabras técnicas, todo lo que puede fascinar a aquel que cree demasiado fácilmente. Tienen incluso un medio más seguro: el de fingir las

apariencias de la virtud. Con la ayuda de las grandes palabras de caridad, de fraternidad, de humildad, esperan hacer pasar los más groseros absurdos, y es lo que sucede muy frecuentemente cuando no se está en guardia. Por lo tanto, uno debe evitar dejarse llevar por las apariencias, tanto de parte de los Espíritus como de las personas. Ahora bien, lo reconozco, he aquí una de las dificultades más grandes. Pero jamás se ha dicho que el Espiritismo es una ciencia fácil. Tiene sus escollos, que sólo se pueden eludir por medio de la experiencia. Para evitar caer en la trampa de esos Espíritus, es necesario, ante todo, tener cuidado con el entusiasmo que ciega, con el orgullo que tienen ciertos médiums que se creen los únicos intérpretes de la verdad. Es necesario examinar todo con frialdad, pesar todo con mucha reflexión, controlar todo, y si alguien desconfía de su propio juicio, lo que es frecuentemente lo más sensato, es necesario remitirse a otros, según el proverbio de que cuatro ojos ven mejor que dos.

Sólo un falso amor propio, o una obsesión, pueden hacer persistir en una idea notoriamente falsa, y que el buen sentido de cada uno repele.

No ignoro, señores, que tengo a muchos enemigos aquí. Eso os sorprende y, sin embargo, nada es más verdadero. Sí, hay aquí quiénes me escuchan con rabia. No digo entre vosotros, ¡gracias a Dios!, donde espero siempre tener solamente a amigos. Me refiero a los Espíritus engañadores, que están resentidos conmigo por daros los medios de desenmascararlos, porque revelo sus estratagemas; porque, al ponerlos en guardia con relación a ellos, les quito el imperio que podrían tomar sobre vosotros. En cuanto a ese asunto, señores, os diré que sería un error creer que esos Espíritus sólo ejercen ese imperio sobre los médiums. Estén muy seguros de que los Espíritus, al estar por todos los lugares, actúan incesantemente sobre nosotros, sin que lo sepamos, seamos o no Espíritas o médiums. La mediumnidad no los atrae. Al contrario, da el

medio de conocer a su enemigo, que *siempre se revela; siempre*, oíd bien, y que sólo engaña a aquellos que se dejan engañar.

Eso, señores, me conduce a completar mi pensamiento sobre lo que os había dicho, hace poco, acerca del tema de las disidencias que podrían surgir entre los diferentes grupos, como consecuencia de la diversidad de enseñanzas. Os he dicho que, a pesar de algunas divergencias, los grupos podían entenderse, y deben entenderse si son verdaderos Espíritas. Os he dado el medio de controlar el valor de las comunicaciones: he aquí el medio de apreciar la naturaleza de las influencias ejercidas sobre cada uno. Puesto que toda buena influencia emana de un buen Espíritu, que todo lo que es malo viene de una mala fuente, que los malos Espíritus son los enemigos de la unión y de la concordia, el grupo que esté asistido por el Espíritu del mal será aquel que le arrojará piedras al otro y no le extenderá la mano. En cuanto a mí, señores, os considero a

todos como hermanos, estéis vosotros en la verdad o en el error. Pero os declaro abiertamente: estaré de corazón y de alma con aquellos que demuestren más caridad, más abnegación. Si hubiera, Dios no quiera, quiénes mantuvieran sentimientos de odio, de envidia, de celos, me compadecería de esas personas, pues estarían bajo una mala influencia, y preferiría pensar que esos malos pensamientos les hubieran llegado de un Espíritu extraño y no vinieran de su propio corazón. Pero bastaría eso para volver sospechosa, para mí, la veracidad de las comunicaciones que podrían recibir, en virtud del principio de que un Espíritu verdaderamente bueno sólo puede sugerir buenos sentimientos.

Terminaré, señores, esta alocución, ya demasiado larga sin duda, con algunas consideraciones sobre las causas que deben garantizar el porvenir del Espiritismo.

Comprendéis todos, porque tenéis bajo vuestros ojos y porque sentís en vosotros mismos, que un día veni-

dero el Espiritismo debe ejercer una inmensa influencia sobre la situación social. Pero el día en el que esa influencia sea generalizada está todavía lejos, sin duda. Serán necesarias generaciones para que el hombre se despoje del hombre viejo. Sin embargo, desde hoy, si el bien no puede ser general, ya es individual, y es porque ese bien es efectivo que la doctrina que lo proporciona es aceptada con tanta facilidad, puedo incluso decir con tanto apresuramiento por muchos. De hecho, además de su racionalidad, ¿qué filosofía es más capaz de desatar el pensamiento del hombre de los lazos terrestres, de elevar su alma hacia lo infinito? ¿Cuál es la filosofía que le da al hombre una idea más justa, más lógica, y apoyada en pruebas más patentes, de su naturaleza y de su destino? Que sus adversarios la sustituyan, pues, por algo mejor, una doctrina más consoladora, que esté más conforme a la razón, que sustituya la alegría inefable de saber que los seres que nos fueran queridos en la Tierra están cerca de

nosotros, que nos ven, nos escuchan, nos hablan y nos aconsejan; que dé un motivo más legítimo a la resignación; que haga temer menos a la muerte; que proporcione más calma en las pruebas de la vida; que sustituya, en fin, esa dulce quietud que se experimenta cuando se puede decir: «Me siento mejor». Ante una doctrina que lo haga mejor en todo eso, el Espiritismo bajará sus armas.

El Espiritismo vuelve, pues, perfectamente felices a las personas; con él, ya no hay aislamiento, ya no hay desesperación. Ya ha evitado muchas faltas, impedido más de un crimen, devuelto la paz a más de una familia, corregido muchas imperfecciones. ¡Qué será, pues, cuando las personas estén nutridas de esas ideas! Pues cuando venga la razón, se fortificarán y no renegarán más de su alma. Sí, el Espiritismo vuelve feliz, y es lo que le da un poder irresistible y garantiza su triunfo venidero. Las personas desean la felicidad, el Espiritismo se la da, ellas se lanzarán a los brazos del Espiritis-

mo. ¿Se lo quiere aniquilar? Que se dé a las personas una fuente más grande de felicidad y de esperanza. He aquí lo que concierne a los individuos.

Otros dos poderes parecen haber temido la aparición del Espiritismo: la autoridad civil y la autoridad religiosa. ¿Y por qué eso? Porque no se lo conocía. Hoy en día, la Iglesia empieza a ver que encontrará, en el Espiritismo, una arma poderosa para combatir la incredulidad; la solución lógica de más de un dogma embarazoso, y finalmente que el Espiritismo vuelve a traer a sus deberes de cristianos a un buen número de ovejas extraviadas. El poder civil, por su lado, empieza a tener pruebas de la beneficiosa influencia del Espiritismo sobre la moralidad de las clases laborales, a las que esa doctrina inculca, *por la convicción*, ideas de orden, de respeto a la propiedad, y hace comprender la nulidad de las utopías. Testigo de transformaciones morales casi milagrosas, el poder civil entreverá muy pronto, en la difusión de esas ideas, un alimento más

útil al pensamiento que las alegrías del cabaré o el tumulto de la plaza pública y, por consecuencia, una salvaguardia para la sociedad. Así, al ver, un día, un dique contra la brutalidad de las pasiones, una garantía de orden y de tranquilidad, un regreso a las ideas religiosas que se apagan, pueblo, Iglesia y poder, nadie tendrá interés en trabar al Espiritismo. Al contrario, cada uno buscará un apoyo en él. ¿Quién podría, además, detener el curso de ese río de ideas que ya fluye con sus aguas bienhechoras sobre las cinco partes del mundo?

Tales son, mis caros cofrades, las consideraciones que desearía someter a vuestra apreciación. Terminó agradeciéndolos de nuevo por vuestra acogida benévola, cuyo recuerdo estará siempre presente en mi memoria. Agradezco igualmente a los buenos Espíritus por toda la satisfacción que me han proporcionado durante mi viaje, pues, por todos los lugares donde he pasado, también he encontrado a buenos y sinceros Espíritas, y he po-

dido constatar, por mis propios ojos, el inmenso desarrollo de esas ideas y cuán fácilmente echan raíces. Por todo lado, he encontrado a personas felices, a afligidos consolados, penas calmadas, odios apaciguados. Por todos los lugares, la confianza y la esperanza suceden a las angustias de la duda y de la incertidumbre. Una vez más, el Espiritismo es la clave de la verdadera felicidad, y está allí el secreto de su poder irresistible. ¿Es, pues, una utopía una doctrina que hace tales prodigios? ¡Que Dios, en Su bondad, mis caros amigos, se dignen enviaros a buenos Espíritus para asistirlos en vuestras comunicaciones, a fin de que esos Espíritus os esclarezcan sobre las verdades que estáis encargados de difundir!

«[...] el Espiritismo es la clave de la verdadera felicidad, y está allí el secreto de su poder irresistible.»

Cosecharéis un día, por el céntuplo,
los frutos del buen grano que habréis
sembrado.

¡Que esta comida de amigos,
mis bien amados cofrades, del mis-
mo modo que los antiguos ágapes,
sea la prueba de la unión entre todos

los verdaderos Espíritas!

Brindo por los Espíritas lione-
ses, tanto en mi nombre como en el
de la Sociedad Parisiense de Estu-
dios Espíritas.

ALLAN KARDEC.



13 – Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas
Discurso del señor Allan Kardec
con ocasión de la renovación del año social,
pronunciado en la sesión del 5 de abril de 1861

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
4.º año, n.º 5, mayo de 1861

Señores y caros colegas,
En este momento, en el que nuestra Sociedad empieza su cuarto año, pienso que debemos un agradecimiento especial a los buenos Espíritus que han tenido a bien asistirnos y, en particular, a nuestro Presidente espiritual, cuyos consejos sensatos han podido preservarnos de más de un escollo, y cuya protección nos ha hecho superar las dificultades que han sido sembradas sobre nuestra ruta, sin duda para poner a prueba nuestra abnegación y nuestra perspicacia. Debemos reconocerlo: su benevolencia jamás nos ha faltado y, gracias al buen ánimo del que la Sociedad está ahora imbuida, ha triunfado sobre la mala voluntad de sus enemigos. Permitidme algunas

observaciones retrospectivas sobre este tema.

La experiencia nos había demostrado lagunas lamentables en la constitución de la Sociedad, lagunas que abrían la puerta a ciertos abusos. La Sociedad las ha subsanado y, desde entonces, sólo ha tenido que felicitarse por eso. ¿La Sociedad realiza el ideal de la perfección? No seríamos Espíritas si tuviéramos el orgullo de creerlo. Pero cuando la base es buena y el resto solamente depende de la voluntad, se debe esperar que, con los buenos Espíritus ayudando, no nos detengamos en el camino.

Entre las reformas más útiles, se debe poner, en primera línea, la institución de los *Asociados libres*, que da

un acceso más fácil a los candidatos, mientras permite que se hagan conocer y apreciar antes de su admisión definitiva como miembros titulares. Al participar en los trabajos y en los estudios de la Sociedad, sacan provecho de todo lo que se hace allí. Pero como no tienen voz en la parte administrativa, no pueden, en ningún caso, comprometer la responsabilidad de la Sociedad. Viene, a continuación, la medida que ha tenido como objetivo restringir el número de asistentes y rodear de más dificultades, por medio de una selección más severa, su admisión a las sesiones. Además, hay aquella que prohíbe la lectura de toda comunicación obtenida fuera de la Sociedad sin que se haya tenido previo conocimiento de la comunicación y sin que esa lectura haya sido autorizada. En fin, existen aquellas medidas que arman a la Sociedad contra quienquiera que pudiera traerle perturbación, o intentara imponer su voluntad.

Hay también otras que sería superfluo recordar, cuya utilidad no es

menos grande y cuyos buenos resultados estamos incluso apreciando, cada día. Pero si esa situación está comprendida en el seno de la Sociedad, no es lo mismo afuera, donde, no se debe disimular, no tenemos solamente a amigos. Somos criticados por varios puntos, y aunque no tenemos motivo para preocuparnos, ya que el orden de la Sociedad sólo interesa a nosotros, no es, tal vez, inútil lanzar un vistazo sobre lo que se nos reprocha, porque, en definitiva, si esos reproches tuvieran fundamento, deberíamos sacar provecho de ellos.

Ciertas personas censuran la severa restricción traída para la admisión de los asistentes. Dicen que, si queremos hacer prosélitos, se debe esclarecer al público y, para eso, abrirle las puertas de nuestras sesiones, autorizar todas las preguntas y todas las interpelaciones; que si sólo admitimos a personas que creen, no tenemos gran mérito en convencerlas. Ese razonamiento es engañoso. Si, al abrir nuestras puertas al primero que llegue, el

supuesto resultado fuera alcanzado, seguramente estaríamos equivocados en no hacerlo. Pero como sucedería lo contrario, no lo hacemos.

Además, sería muy importuno si la propagación de la Doctrina estuviera subordinada a la publicidad de nuestras sesiones. Por más numeroso que pudiera ser el auditorio, siempre sería muy limitado, imperceptible, comparado con la masa de la población. Por otro lado, sabemos, por experiencia, que la verdadera convicción sólo se adquiere por medio del estudio, de la reflexión y de una observación constante, y no al asistir a una o a dos sesiones, por más interesantes que sean. Eso es tan verdadero que el número de aquellos que creen sin haber visto nada, pero que han estudiado y comprendido, es inmenso. Sin duda, el deseo de ver es muy natural y estamos lejos de censurarlo, pero queremos que se vea en las condiciones provechosas. He aquí el motivo por el cual decimos: «Estudiad primero y veréis después, porque comprenderéis

mejor».

Si los incrédulos reflexionaran sobre esta condición, verían en ella, ante todo, la mejor garantía de nuestra buena fe, y luego del poder de la Doctrina. Lo que la charlatanería más teme es ser comprendida. La charlatanería fascina los ojos y no es suficientemente necia para dirigirse a la inteligencia, que descubriría fácilmente lo que oculta. El Espiritismo, al contrario, no admite la confianza ciega. Quiere ser claro en todo. Desea que se comprenda todo, que se rinda cuentas de todo. Por lo tanto, cuando recomendamos estudiar y meditar, es pedir el concurso de la razón y demostrar que la Ciencia Espírita no teme el examen, ya que, antes de creer, tenemos la obligación de comprender.

La publicidad de nuestras sesiones, que no son de demostración, no alcanzaría, pues, su objetivo y tendría graves inconvenientes. Con un público sin selección, que trae consigo más curiosidad que verdadero deseo de instruirse y, aun, más voluntad de criti-

car y de burlarse, sería imposible tener el recogimiento indispensable a toda manifestación seria. Una controversia más o menos malintencionada y basada, la mayoría de las veces, en la ignorancia de los principios más elementales de la Ciencia acarrearía perpetuos conflictos, en los que la dignidad podría ser comprometida. Ahora bien, lo que queremos es que si, al salir de entre nosotros, los asistentes no llevan la convicción, lleven, al menos, de la Sociedad la idea de una asamblea grave, seria, que se respeta y sabe hacerse respetar, que discute con calma y moderación, examina con cuidado, profundiza todo con el ojo del observador concienzudo que busca esclarecerse, y no con la ligereza del simple curioso. Y creed bien, señores, esa opinión hace más por la propaganda que si los asistentes salieran con el único pensamiento de haber satisfecho su curiosidad, pues la impresión que resulta de las sesiones los lleva a reflexionar, mientras que, en el otro caso, estarían más dispuestos a reír que a creer.

He dicho que nuestras sesiones no son sesiones de demostración, pero si, alguna vez, las hiciéramos de ese tipo, para uso de los novatos que se tratara de instruir y de convencer, todo pasaría con la misma seriedad y recogimiento de nuestras sesiones ordinarias. La controversia se establecería con orden, a fin de ser instructiva y no tumultuosa, y quienquiera que se permitiera una palabra inoportuna sería excluido. Entonces, la atención sería constante, y la propia discusión sería provechosa para todo el mundo. Es lo que probablemente haremos un día. Se nos preguntará, sin duda, por qué no lo hemos hecho antes en interés de la divulgación de la Ciencia. La razón es simple: es que hemos querido proceder con prudencia, y no como los desorientados, más impacientes que reflexivos. Antes de instruir a los otros, hemos querido instruirnos a nosotros mismos. Deseamos apoyar nuestra enseñanza sobre una cantidad considerable de hechos y de observaciones, y no sobre algunos experimentos deshilva-

dados, observados a la ligera y superficialmente. Toda ciencia, en su principio, encuentra forzosamente hechos que, a primera vista, parecen contradictorios, y que sólo un estudio completo, minucioso, puede demostrar la conexión entre ellos. Es la ley común de esos hechos que hemos deseado investigar, a fin de presentar un conjunto lo más completo y satisfactorio posible; y dar, en lo mínimo, motivo a la contradicción. Con ese objetivo, recogemos los hechos, los examinamos, los escrutamos al mínimo detalle, los comentamos, los discutimos fríamente, sin entusiasmo, y es así que hemos logrado descubrir el admirable encadenamiento que existe entre todas las partes de esta vasta Ciencia, que toca a los más importantes intereses de la humanidad. Tal ha sido hasta el presente, señores, el objetivo de nuestros trabajos, objetivo perfectamente caracterizado por el simple título de *Sociedad de Estudios Espíritas*, que hemos adoptado. Nos reunimos con el objetivo de esclarecernos y no de distraer-

nos. Como no buscamos divertirnos, no deseamos divertir a los otros. He aquí el motivo por el cual insistimos en tener solamente a asistentes serios, y no a curiosos que creerían encontrar aquí un espectáculo. El Espiritismo es una ciencia y, como toda otra ciencia, no se la puede aprender jugando. Mucho más que eso, tomar a las almas de aquellos que ya no están, como tema de distracción, sería faltarles al respeto que se les debe. Especular con la presencia y la intervención de las almas sería una impiedad y una profanación.

Esas reflexiones contestan al reproche que algunos individuos nos han dirigido, que es el de volver a hechos conocidos y no buscar constantemente lo nuevo. En el punto donde estamos, es difícil que, a medida que avancemos, los hechos que se produzcan no giren aproximadamente alrededor del mismo círculo. Pero esos individuos se olvidan de que puntos tan importantes como aquellos que tocan el porvenir de las personas sólo pueden llegar al estado de verdad ab-

soluta después de un gran número de observaciones. Habría ligereza al formular una ley en base a algunos ejemplos. La persona seria y prudente es más circunspecta; no solamente quiere ver todo, sino también ver mucho y frecuentemente. Es por eso que no retrocedemos ante la monotonía de las repeticiones, porque de ellas resultan las confirmaciones y, frecuentemente, matices instructivos, y si descubriéramos hechos contradictorios, investigaríamos la causa. No tenemos prisa en pronunciarnos sobre los primeros datos, necesariamente incompletos; antes de cosechar, esperamos la madurez. Si hemos estado menos avanzados de lo que algunas personas hubieran deseado por su impaciencia, hemos caminado con más seguridad, sin desviarnos en el laberinto de los sistemas. Tal vez sepamos menos cosas, pero sabemos mejor, lo que es preferible, y podemos afirmar lo que sabemos en base a la fe de la experiencia.

No creáis, por lo demás, señores, que la opinión de aquellos que critican

la organización de la Sociedad sea la de los verdaderos amigos del Espiritismo. No, es la de sus enemigos, que se sienten heridos en su amor propio al ver que la Sociedad prosigue su ruta con calma y dignidad a través de las trampas que le han sido tendidas y le son todavía. Lamentan que el acceso a la Sociedad sea difícil, porque les encantaría venir a sembrar la confusión. Es con ese objetivo que la censuran todavía por limitar el círculo de sus trabajos, y presumen que la Sociedad sólo se ocupa de cosas insignificantes y sin alcance, porque se abstiene de tratar las cuestiones políticas y religiosas. Desearían verla entrar en la controversia dogmática. Ahora bien, es allí precisamente que se revelan. La Sociedad se ha encerrado sensatamente en un círculo inatacable a la malevolencia. Se desearía, al picar su amor propio, arrastrarla a una vía peligrosa, pero la Sociedad no se dejará llevar. Al ocuparse exclusivamente de las cuestiones que interesan a la Ciencia, y que no pueden causar desconfian-

za a nadie, se ha puesto a cubierto de los ataques, e insiste en quedarse así. Por su prudencia, su moderación, su sensatez, se ha granjeado la estima de los verdaderos Espíritas, y su influencia se extiende hasta en los países lejanos, donde se aspira al honor de hacer parte de la Sociedad. Ahora bien, este homenaje que le es prestado por personas que sólo la conocen por su nombre, por sus trabajos y por la consideración que ha adquirido, le es cien veces más precioso que la aprobación de los imprudentes demasiado apresurados, o de los malintencionados que desearían arrastrarla a su ruina, y a quienes les encantaría verla comprometerse. Mientras yo tenga el honor de dirigirla, todos mis esfuerzos tenderán a mantenerla en esta vía. Si alguna vez la Sociedad debiera salir de esta vía, yo la abandonaría en el mismo instante, porque, a ningún precio, desearía asumir la responsabilidad de eso.

Por lo demás, señores, sabéis por qué vicisitudes la Sociedad ha pasado; todo lo que ha sucedido antes y des-

pués ha sido anunciado, y todo se ha cumplido del modo que había sido previsto. Sus enemigos deseaban la ruina de la Sociedad. Los Espíritus, que sabían que ésta era útil, deseaban su conservación, y la Sociedad se ha mantenido, y se mantendrá mientras sea necesaria, según el punto de vista de ellos. Si habéis estado observando, como he podido hacerlo, las cosas en los mínimos detalles, no podéis ignorar la intervención de una potencia superior, ya que, para mí, ésta es manifiesta, y comprenderéis que todo ha sido para mejor y en el interés de la propia conservación de la Sociedad. Pero vendrá un tiempo en el que, igual que pasa actualmente, la Sociedad no será indispensable. Veremos, entonces, lo que tendremos que hacer, pues la marcha está trazada tomando en cuenta todas las eventualidades.

Los enemigos más peligrosos de la Sociedad no son aquellos de afuera. Podemos cerrarles nuestras puertas y nuestros oídos. A los que más se les debe temer es a los enemigos invisibles.

bles, que podrían introducirse acá a pesar de nosotros. Nos corresponde demostrarles, como ya lo hemos hecho, que perderían su tiempo si intentaran imponerse a nosotros. La táctica de ellos, lo sabemos, es la de buscar sembrar la desunión, de provocar la discordia, de inspirar los celos, la desconfianza y las pueriles susceptibilidades que engendran el desafecto. Opongámosles la muralla de la caridad, de la benevolencia mutua, y seremos invulnerables, tanto a sus malignas influencias ocultas como a las diatribas de nuestros adversarios encarnados, que se ocupan más de nosotros que nosotros de ellos; pues podemos, sin amor propio, hacernos esta justicia: jamás acá siquiera el nombre de ellos ha sido pronunciado, sea por un sentimiento de urbanidad, sea porque tenemos que ocuparnos de cosas más útiles. No forzamos a nadie a venir a nosotros. Acogemos con satisfacción y diligencia a las personas sinceras y de buena voluntad, seriamente deseosas de esclarecerse. Y pensamos que eso es su-

ficiente para no perder nuestro tiempo corriendo hacia aquellos que nos dan la espalda por motivos fútiles de amor propio o de celos. Estos no pueden ser considerados como verdaderos Espíritas, a pesar de las apariencias. Tal vez sean Espíritas que creen en los hechos, pero seguramente no son Espíritas que creen en las consecuencias morales de los hechos, de lo contrario demostrarían más abnegación, indulgencia, moderación, y menos presunción en su infalibilidad. Buscarlos sería incluso hacerles un mal favor, pues sería hacerles creer en su importancia y en que no se puede pasar sin ellos. Tampoco debemos preocuparnos por aquellos que nos denigran. Hombres que valían cien veces más que nosotros han sido denigrados y ridiculizados: no podríamos tener privilegio bajo ese aspecto. Nos corresponde a nosotros demostrar, por nuestros actos, que sus diatribas se hacen en vano, y las armas de las que se sirven se volverán en contra de ellos.

Después de haber agradecido,

al empezar, a los Espíritus que nos asisten, no debemos olvidar a sus intérpretes, algunos de los cuales nos dan su colaboración con un celo y una complacencia que jamás son desmentidos. En cambio, solamente les podemos ofrecer un testimonio estéril de nuestra satisfacción. Pero el mundo de los Espíritus los espera, y allá toda la dedicación es contabilizada según el peso del desinterés, de la humildad y de la abnegación.

En resumen, señores, nuestros trabajos se han desarrollado, durante el año que acaba de pasar, con una perfecta regularidad, y nada los ha interrumpido. Una multitud de hechos del más alto interés ha sido relatada, explicada y comentada. Cuestiones muy importantes han sido solucionadas. Todos los ejemplos que han pasado bajo nuestros ojos por las evocaciones, todas las investigaciones a las que nos hemos entregado han venido a confirmar los principios de la Ciencia y fortalecernos en nuestras creencias. Numerosas comunicaciones de

una irrefutable superioridad han sido obtenidas por varios médiums. Desde fuera de la capital y del país, nos han dirigido comunicaciones muy notables, lo que demuestra no solamente cuánto el Espiritismo se difunde, sino también el punto de vista grave y serio desde el cual es considerado ahora en todos los lugares. Sin duda, éste es un resultado del que debemos estar felices, pero hay uno no menos satisfactorio y que, por lo demás, es una consecuencia de lo que había sido predicho desde el origen: es la unidad que se establece en la teoría de la Doctrina a medida que se la estudia y se la comprende mejor. En todas las comunicaciones que nos vienen desde afuera, encontramos la confirmación de los principios que nos son enseñados por los Espíritus, y como las personas que las obtienen son, en su mayoría, desconocidas para nosotros, se puede decir que no sufren nuestra influencia.

El propio principio de la reencarnación que había, a primera vista, encontrado a más contradictores, porque

no se lo comprendía, está aceptado, hoy en día, por la fuerza de la evidencia, y porque toda persona que piensa reconoce, en él, la única solución posible de los problemas más grandes de la filosofía moral y religiosa. Sin la reencarnación, uno está detenido a cada paso, todo es caos y confusión. Con la reencarnación, todo se esclarece, todo se explica de la manera más racional. Si la reencarnación encuentra todavía a algunos adversarios, más sistemáticos que lógicos, el número de ellos es muy limitado. Ahora bien, ¿quién la inventó? Seguramente, no fuimos ni vosotros ni yo. Ella nos ha sido enseñada, la hemos aceptado, he aquí todo lo que hemos hecho. De todos los sistemas que han surgido en el principio, muy pocos sobreviven hoy en día, y se puede decir que sus escasos partidarios están, sobre todo, entre las personas que juzgan por la primera impresión y frecuentemente según ideas preconcebidas o prejuicios. Pero es evidente ahora que quienquiera que se dé el trabajo de profundizar todas

las cuestiones y de juzgar fríamente, sin prejuicio, sin hostilidad sistemática sobre todo, es invenciblemente arrastrado, tanto por el razonamiento como por los hechos, a la teoría fundamental que prevalece hoy en día, se puede decir que en todos los países del mundo.

En verdad, señores, la Sociedad no lo ha hecho todo para ese resultado. Pero creo que, sin vanidad, puede reivindicar una pequeña parte de él. Su influencia moral es más grande de lo que se cree, y eso precisamente porque jamás se ha desviado de la línea de moderación que se ha trazado. Se sabe que la Sociedad se ocupa exclusivamente de sus estudios, sin dejarse desviar por las pasiones mezquinas que se agitan a su alrededor; que lo hace seriamente, como debe hacerlo toda asamblea científica; que persigue su objetivo sin inmiscuirse en ninguna intriga, sin arrojar piedras a nadie, sin incluso recoger aquellas que se le lanza. He aquí, sin ninguna duda, la principal causa del crédito y de la consideración de los que la Sociedad disfruta

y de los que puede justamente estar orgullosa, y que da un cierto peso a su opinión. Sigamos, señores, por nuestros esfuerzos, por nuestra prudencia y por el ejemplo de unión, que debe existir entre los verdaderos Espíritas, demostrando que los principios que profesamos no son letra muerta para nosotros, y que predicamos por el ejemplo tanto como por la teoría. Si nuestras doctrinas encuentran ecos tan numerosos, es que aparentemente se las considera más racionales que otras. Dudo que habría sucedido lo mismo si hubiéramos profesado la doctrina de la intervención exclusiva del diablo y de los demonios en las manifestaciones espíritas, doctrina, hoy en día, completamente ridícula, que estimula más la curiosidad que el pavor; si causa pavor, es sobre algunas personas timoratas, que pronto reconocerán la futilidad de tal doctrina.

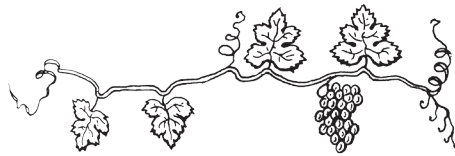
La Doctrina Espírita, tal como es hoy en día profesada, tiene una amplitud que le permite abarcar todas las cuestiones de orden moral. Satisface

todas las aspiraciones y, se puede decir, la razón más exigente de quienquiera que se dé el trabajo de estudiarla y no esté dominado por los prejuicios. No tiene las restricciones mezquinas de ciertas filosofías. Amplía, hasta el infinito, el círculo de las ideas, y ninguna es capaz de elevar más alto el pensamiento y de hacer salir al hombre de la esfera estrecha del egoísmo, en la que se lo ha buscado confinar. Se apo-

«Sigamos, señores, por nuestros esfuerzos, por nuestra prudencia y por el ejemplo de unión, que debe existir entre los verdaderos Espíritas, demostrando que los principios que profesamos no son letra muerta para nosotros, y que predicamos por el ejemplo tanto como por la teoría.»

ya, en fin, sobre los inmutables principios fundamentales de la religión, de la que es la demostración patente. He aquí, sin ninguna duda, lo que le hace conquistar a tan numerosos partidarios entre las personas esclarecidas de todas las regiones, y lo que la hará prevalecer en un tiempo más o menos cercano, y esto a pesar de sus adversarios, en su mayoría opuestos más por interés que por convicción. Su marcha progresiva tan rápida, desde que ha entrado en la vía filosó-

fica seria, nos es una garantía segura del porvenir que le está reservado y que, como lo sabéis, está anunciado en todas partes. Dejemos, pues, que sus enemigos digan y hagan; ellos no pueden nada en contra de la voluntad de Dios, pues nada sucede sin su permiso, y como lo decía recientemente un eclesiástico esclarecido: «Si esas cosas suceden, es que Dios lo permite para reavivar la fe, que se apaga en las tinieblas del materialismo».



14 – Banquete ofrecido al señor Allan Kardec por los diferentes grupos de Espíritas lioneses, el 19 de septiembre de 1861

Discurso del señor Allan Kardec

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
4.º año, n.º 10, octubre de 1861*

Señoras y señores, vosotros todos, mis caros y buenos hermanos en el Espiritismo:

Si hay circunstancias en las que se pueda lamentar la insuficiencia de nuestra pobre lengua humana, es cuando se trata de expresar ciertos sentimientos, y tal es, en este momento, mi posición. Lo que experimento es, a la vez, una sorpresa muy agradable cuando veo el terreno inmenso que la Doctrina Espírita ha ganado entre vosotros desde hace un año, y admiro a la Providencia; una alegría indecible al ver el bien que el Espiritismo produce acá, las consolaciones que prodiga sobre tantos dolores os-

tensibles o escondidos, y deduzco de eso el porvenir que lo aguarda. Es una felicidad inexpresable la de encontrarme en medio de esta familia, que se ha vuelto tan numerosa en tan poco tiempo, y que crece día con día. Es, en fin, y por encima de todo, una profunda y sincera gratitud por los conmovedores testimonios de simpatía que recibo de vosotros.

Esta reunión tiene un carácter particular. ¡Gracias a Dios! Somos todos acá suficientemente buenos Espíritas, pienso yo, para sólo ver, en esta reunión, la satisfacción de encontrarnos juntos, y no la de encontrarnos a la mesa, y dicho sea de paso, creo in-

cluso que un festín de Espíritas sería una contradicción. Presumo también que, al invitarme tan amablemente y con tanta solicitud para que yo estuviera en medio de vosotros, no habéis creído que la cuestión de un banquete fuera un motivo de atracción para mí. Es lo que me he apresurado a escribir a mis buenos amigos Rey y Djoud, cuando ellos se excusaron por la simplicidad de la recepción, pues estad bien convencidos de que lo que me honra más, en esta circunstancia, es aquello de lo que puedo tener razón en estar orgulloso: la cordialidad y la sinceridad de la acogida, lo que, muy rara vez, se encuentra en las recepciones de gala, pues acá no hay máscaras en los rostros.

Si hay algo que atenúa la felicidad que siento al encontrarme en medio de vosotros es el no poder quedarme acá por más tiempo. Me hubiera sido muy agradable prolongar mi permanencia en uno de los centros más numerosos y más diligentes del Espiritismo. Pero ya que vosotros ha-

béis deseado recibir algunas instrucciones de mi parte, no consideraréis malo, sin duda, que a fin de utilizar todos los instantes, yo salga un poco de las banalidades bastante comunes en semejantes circunstancias y que mi alocución tome prestada alguna gravedad de la propia gravedad del asunto que nos reúne. Sin ninguna duda, si estuviéramos en un banquete de bodas o de bautismo, sería intempestivo hablar de almas, de la muerte y de la vida futura. Pero, lo repito, estamos acá para instruirnos, mucho más que para comer, y, en todo caso, no es para divertirnos.

No penséis, señores, que esta espontaneidad que os ha llevado a reuniros acá sea un hecho puramente personal. Esta reunión, no lo dudéis, tiene un carácter especial y providencial; una voluntad superior la ha provocado; manos invisibles os han impulsado, sin que lo sepáis, y tal vez, un día, esta reunión estará señalada en los fastos del Espiritismo. Que nuestros hermanos futuros puedan acordarse

de este día memorable, en el que los Espíritas lioneses, dando el ejemplo de la unión y de la concordia, han preparado el primer terreno, en esos nuevos ágapes, para la alianza que debe existir entre los Espíritas de todos los países del mundo; pues el Espiritismo, al restituir al Espíritu su verdadero papel en la creación, al constatar la superioridad de la inteligencia sobre la materia, borra naturalmente todas las distinciones establecidas entre las personas según las ventajas corpóreas y mundanas, sobre las que tan sólo el orgullo ha establecido las castas y los necios prejuicios del color. El Espiritismo, al ampliar el círculo de la familia por la pluralidad de las existencias, establece entre las personas una fraternidad más racional que aquella que sólo tiene como base los lazos frágiles de la materia, pues esos lazos son perecederos, mientras que aquellos del Espíritu son eternos. Esos lazos, una vez bien comprendidos, influirán, inevitablemente, en las relaciones sociales y, más tarde, en la legislación social, que

tomará como base las leyes inmutables de amor y de caridad. Entonces, se verán desaparecer esas anomalías que conmocionan a las personas de buen sentido, como las leyes de la Edad Media chocan a las personas de hoy en día. Pero eso es obra del tiempo. Dejemos a Dios el cuidado de hacer venir cada cosa a su hora. Esperemos todo de Su sabiduría y solamente agradezcámos-Le por habernos permitido asistir a la aurora que se eleva sobre la humanidad, y por habernos elegido como los primeros pioneros de la gran obra que se prepara. Que Él se digne prodigar Su bendición sobre esta asamblea, la primera en la que los adeptos al Espiritismo están reunidos en tan gran número con un sentimiento de verdadera confraternidad.

Digo verdadera confraternidad porque tengo la íntima convicción de que todos, acá presentes, no traen ninguna otra. Pero no dudéis de que numerosas cohortes de Espíritus están acá entre nosotros, nos oyen en este momento, observan todas nuestras

**«Amor y caridad
hacia todos, dice el
Espiritismo.»**

acciones y sondan los pensamientos de cada uno, escrutando su fuerza o su debilidad moral. Los sentimientos que los animan son muy diferentes. Si algunos están felices por esta unión, otros, creed bien, están horriblemente celosos. Al salir de acá, van a intentar sembrar la discordia y la desunión. Os corresponde a vosotros todos, buenos y sinceros Espíritas, demostrarles que pierden su tiempo, y que se engañan al creer encontrar acá corazones accesibles a sus pérfidas sugerencias. Evocad, pues, con fervor, la asistencia de vuestros ángeles guardianes a fin de que aparten de vosotros todo pensamiento que no sea para el bien. Ahora bien, como el mal no puede tener su fuente en el bien, el simple buen sentido nos dice que todo pensamiento malo no puede venir de un buen Es-

píritu, y un pensamiento es necesariamente malo cuando es contrario a la ley de amor y de caridad; cuando tiene como móvil la envidia o los celos, el orgullo herido, o incluso una pueril susceptibilidad de amor propio contrariado, hermano gemelo del orgullo, que llevaría a uno a mirar a sus hermanos con desdén. *Amor y caridad hacia todos*, dice el Espiritismo; *amarás a tu prójimo como a ti mismo*, dice el Cristo: ¿eso no es sinónimo?

Os he felicitado, mis amigos, por el progreso que el Espiritismo ha hecho entre vosotros, y estoy más feliz, si se puede, al constatarlo. Felicitaos, por vuestro lado, por el hecho de que ese progreso es el mismo en todos los lugares. Sí, este último año ha visto, en todos los países, que el Espiritismo se amplía en una proporción que ha sobrepasado todas las expectativas. Él está en el aire, en las aspiraciones de todos, y en todos los lugares encuentra ecos, bocas que repiten: «He aquí lo que esperaba, lo que una voz secreta me hacía presentir». Pero el progreso

se manifiesta todavía bajo una nueva fase: es el valor de declarar su creencia, que no existía hace poco tiempo. Era solamente en secreto y a hurtadillas que se hablaba del Espiritismo. Hoy en día, las personas se declaran Espíritas tan abiertamente como se declaran católicas, judías o protestantes. Desafían la burla, y esa audacia se impone a los burlones, que son como esos perros gozques que corren ante aquellos que los ahuyentan, y escapan si se los persigue. Esa audacia da valor a los tímidos, y revela en muchas localidades a numerosos Espíritas que se desconocían entre sí. ¿Ese movimiento puede detenerse? ¿Se lo puede detener? Lo digo francamente: no. Se han empleado todos los medios para lograrlo: sarcasmos, burlas, ciencia, anatema; ese movimiento ha superado todo sin reducir su marcha; es ciego, por lo tanto, quién no vea, en eso, el dedo de Dios. Se lo puede trabar; detenerlo, jamás; ya que si no corre por la derecha, correrá por la izquierda.

Al ver los beneficios morales

que el Espiritismo proporciona, las consolaciones que da, incluso los crímenes que ya ha impedido, uno se pregunta quién puede tener interés en combatirlo. Tiene en su contra, primeramente, a los incrédulos que lo escarnecen: éstos no son de temer, ya que se han visto sus saetas aceradas romperse contra la coraza del Espiritismo; a los ignorantes que lo combaten sin conocerlo: son los más numerosos. Pero la verdad combatida por la ignorancia jamás ha tenido nada que temer, pues los ignorantes se refutan a sí mismos sin quererlo, como demuestra el señor Louis Figuier en su *Historia de lo maravilloso*. La tercera categoría de adversarios es la más peligrosa, pues es tenaz y pérfida; está compuesta de todos aquellos cuyos intereses materiales el Espiritismo puede herir. Combaten en la sombra, y las saetas envenenadas de la calumnia no les faltan. He aquí los verdaderos enemigos del Espiritismo, como, en todos los tiempos, lo han sido de todas las ideas de progreso; los encontraréis en todos los rangos, en

todas las clases de la sociedad. ¿Ellos prevalecerán? No, pues no está dado al hombre oponerse a la marcha de la naturaleza, y el Espiritismo está en el orden de las cosas naturales. Será necesario, pues, que, tarde o temprano, esos adversarios tomen partido por el Espiritismo y acepten lo que será aceptado por todo el mundo. No, ellos no prevalecerán; se prevalecerá sobre ellos.

Un nuevo elemento acaba de sumarse a la Legión de los Espíritas: es aquel de las clases laborales, y observad, en eso, la sabiduría de la Providencia. El Espiritismo se ha propagado, en primer lugar, en las clases esclarecidas, en las eminencias sociales. Eso era necesario, primero para darle más crédito, segundo para que fuera elaborado y purgado de las ideas supersticiosas que la falta de instrucción podría haber introducido, y con las que se lo habría confundido. Apenas está constituido, si se puede hablar así de una ciencia tan nueva, llega a la clase obrera y se propaga con rapidez

en ella. ¡Ah! Es que allí hay tanto consuelo que dar, tanto valor moral que levantar, tantas lágrimas que secar, tanta resignación que inspirar, que el Espiritismo es acogido allí como un áncora de salvación, como una égida contra las terribles tentaciones de la necesidad. En todos los lugares donde lo he visto penetrar en la morada del trabajo, en todos los lugares lo he visto producir allí sus bienhechores efectos moralizadores. Regocijaos, pues, obreros lioneses que me escuchan, pues tenéis en otras ciudades, tales como Sens, Lille, Burdeos, a hermanos Espíritas que, como vosotros, han abjurado de las culpables expectativas del desorden y los deseos criminales de la venganza. Seguid demostrando, por medio de vuestro ejemplo, los bienhechores resultados de esta Doctrina. A aquellos que preguntan para qué ella puede servir, respondedles: «En mi desesperación, deseaba matarme; el Espiritismo me detuvo, porque sé lo que cuesta abreviar voluntariamente las pruebas que Dios ha querido en-

viar a las personas; para aturdirme, me embriagaba; he comprendido que yo era despreciable por quitarme voluntariamente la razón y me privaba, así, de ganar mi pan y el de mis hijos; me había divorciado de todos los sentimientos religiosos, hoy en día oro a Dios y coloco mi esperanza en Su misericordia; sólo creía en la nada como supremo remedio a mis miserias; mi padre se comunicó conmigo y me dijo: "¡Hijo mío, coraje! ¡Dios te ve; un esfuerzo más y estarás salvado!" Y me puse de rodillas ante Dios y Le pedí perdón; al ver a ricos y a pobres, a personas que tienen todo y a otras que nada tienen, yo acusaba a la Providencia; hoy en día, sé que Dios pesa todo en la balanza de Su justicia y aguardo Su juzgamiento; si está en Sus decretos que yo deba sucumbir a la pena, ¡pues bien! sucumbiré, pero con la conciencia pura, y sin llevar el remordimiento de haber hurtado un óbolo de aquel que podía salvarme la vida». Decidle: «He aquí para lo que sirve el Espiritismo, esta locura, esta quimera,

como lo llamáis». Sí, mis amigos, seguid predicando por el ejemplo; hacéd comprender el Espiritismo con sus consecuencias saludables, y cuando se lo comprenda, ya no se tendrá temor de él; más bien, será acogido como una garantía del orden social, y los propios incrédulos serán forzados a hablar del Espiritismo con respeto.

He hablado del progreso del Espiritismo. Es que, en efecto, es sin precedente que una doctrina, sea cual sea, haya avanzado con tanta rapidez, sin exceptuar al propio Cristianismo. ¿Eso quiere decir que el Espiritismo le sea superior, que le deba suplantar? No, pero es acá el lugar para fijar su verdadero carácter, a fin de destruir un prejuicio difundido de manera bastante general entre aquellos que no lo conocen.

El Cristianismo, en su nacimiento, tenía que luchar contra una potencia temible: el Paganismo, entonces universalmente difundido. No había, entre ellos, ninguna alianza posible, no más que entre la luz y las tinieblas.

En suma, el Cristianismo sólo podía propagarse destruyendo lo que existía; por eso, la lucha fue larga y terrible; las persecuciones lo prueban. El Espiritismo, al contrario, nada tiene que destruir, pues se asienta sobre las mismas bases del Cristianismo; sobre el Evangelio, del cual sólo es la aplicación. Concebís esa ventaja, no de su superioridad, sino de su posición. No es, pues, como algunos lo pretenden, siempre porque no lo conocen, una religión nueva, una secta que se forma a las expensas de sus hermanas mayores. Es una doctrina puramente moral que no se ocupa, en absoluto, de los dogmas y deja a cada uno la entera libertad de sus creencias, ya que no impone ninguna; y la prueba está allí, en que tiene partidarios en todas las creencias, tanto entre los más fervorosos católicos como entre los protestantes, los judíos y los musulmanes. El Espiritismo reposa sobre la posibilidad de comunicarse con el mundo invisible, es decir, con las almas. Ahora bien, como los judíos, los protestantes,

los musulmanes tienen almas como nosotros, resulta que las almas pueden comunicarse con ellos tanto como con nosotros y que, por consiguiente, ellos pueden ser Espíritas al igual que nosotros.

Así como no es una secta religiosa, tampoco es una secta política. Es la constatación de un hecho que no pertenece más a un partido político que la electricidad y los ferrocarriles. Es, lo digo, una doctrina moral, y la moral es de todas las religiones y de todos los partidos.

¿La moral que el Espiritismo enseña es buena o mala? ¿Es subversiva? Allí está toda la cuestión. Que se estudie, y se sabrá a qué atenerse. Ahora bien, ya que es la moral del Evangelio desarrollada y aplicada, condenarla sería condenar el Evangelio.

¿Ha hecho bien o mal? Estudiad más y veréis. ¿Qué ha hecho? Ha impedido innumerables suicidios; ha restablecido la paz y la concordia en un gran número de familias; ha vuelto dulces y pacientes a personas violen-

tas y coléricas; ha dado la resignación a aquellos que no la tenían, consuelo a los afligidos; ha reconducido a Dios a aquellos que lo despreciaban, al destruir las ideas materialistas, verdadera llaga social que aniquila la responsabilidad moral del hombre; he aquí lo que ha hecho, lo que hace todos los días, lo que hará cada vez más a medida que sea más difundido. ¿Está allí el resultado de una mala doctrina? Pero que yo sepa nadie jamás ha atacado la moral del Espiritismo; solamente se dice que la religión puede producir todo eso. Estoy perfectamente de acuerdo; pero, entonces, ¿por qué la religión no lo produce siempre? Es porque no todo el mundo la comprende. Ahora bien, el Espiritismo, al volver claro e inteligible para todos lo que no lo está; al volver evidente lo que está dudoso, conduce a la aplicación; mientras que uno no siente jamás la necesidad de lo que no comprende. Por lo tanto, el Espiritismo, lejos de ser el antagonista de la religión, es su auxiliar; y la prueba es que reconduce a las ideas religio-

sas a aquellos que las habían rechazado. En resumen, el Espiritismo jamás ha aconsejado cambiar de religión, ni sacrificar las creencias personales; no pertenece propiamente a ninguna religión, o mejor dicho, es de todas las religiones.

Algunas palabras más, señores, os ruego, sobre una cuestión completamente práctica. El número creciente de Espíritas, en Lyon, muestra la utilidad del consejo que os dí el último año, relativo a la formación de los grupos. Reunir a todos los adeptos en una sola sociedad ya sería, hoy en

«[...] el Espiritismo jamás ha aconsejado cambiar de religión, ni sacrificar las creencias personales; no pertenece propiamente a ninguna religión, o mejor dicho, es de todas las religiones.»

día, algo materialmente imposible, y lo será mucho más aún en algún tiempo. Además del número, las distancias a recorrer debido a la extensión de la ciudad, las diferencias de costumbres según las posiciones sociales, se suman a esa imposibilidad. Por esos motivos, y por muchos otros que sería demasiado largo desarrollar acá, una sola sociedad es una quimera impracticable. Multiplicad los grupos al máximo posible; que haya diez, que haya cien, si es necesario, y estad convencidos de que llegaréis más rápido y con más seguridad.

Habría acá cosas muy importantes que decir sobre la cuestión de la unidad de principios; sobre la divergencia que podría existir entre ellos en algunos puntos; pero me detengo para no abusar de vuestra paciencia al escucharme, paciencia que ya he puesto bajo una prueba demasiado larga. Si lo deseáis, haré de estas cosas el objeto de una instrucción especial que os dirigire próximamente.

Cierro, señores, esta alocución,

a la que me he dejado llevar por la propia escasez de las ocasiones que tengo de sentir la felicidad de estar en medio de vosotros. Llevaré de vuestra acogida benévola un recuerdo que no se borrará jamás, estad bien persuadidos de eso.

Una vez más, mis amigos, gracias, desde el fondo del corazón, por las señales de simpatía que habéis tenido a bien darme; gracias por las buenas palabras que me habéis dirigido por medio de vuestros intérpretes, y de las que sólo acepto el deber que me imponen para lo que me queda por hacer, y no los elogios. ¡Que esta solemnidad pueda ser la prueba de la unión que debe existir entre todos los verdaderos Espíritas!

Brindo por los Espíritas lioneses y por todos los que, entre ellos, se distinguen por su celo, su dedicación, su abnegación, y que nombráis vosotros mismos sin que yo tenga necesidad de hacerlo.

¡A los Espíritas lioneses, sin distinción de opinión, que estén o no pre-

sentes!

Señores, los Espíritus quieren también tener su parte en esta fiesta de familia y decir su palabra. El de Erasto, que conocéis por las notables disertaciones que han sido publicadas en la *Revista*, ha dictado espontáneamente, antes de mi partida, y en vuestro honor, la epístola siguiente, de la que me ha encargado leeros en su nombre. Es con felicidad que cum-

pló ese deber. Tendréis, así, la prueba de que los Espíritus que se comunican con vosotros no son los únicos que se ocupan de vosotros y de lo que os concierne. Esta seguridad sólo puede consolidar vuestra fe y vuestra confianza, al ver que el ojo vigilante de los Espíritus superiores se extiende sobre todos, y que, sin que dudéis de eso, sois también el objeto de la atención de ellos.



15 – La prolongación de la Edad Media Auto de Fe de las obras Espíritas en Barcelona

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
4.º año, n.º 11, noviembre de 1861*

No informaremos nada a nuestros lectores sobre este hecho que ya no sepan por medio de la prensa. Lo que da motivo para asombro es que periódicos que pasan generalmente por bien informados hayan podido ponerlo en duda. Esa duda no nos sorprende. El hecho, en sí mismo, parece tan extraño en el tiempo en el que vivimos, está tan lejos de nuestras costumbres que, por mucha obcecación que se le reconozca al fanatismo, uno cree estar soñando al oír decir que las hogueras de la inquisición se encienden todavía en 1861, a las puertas de Francia. La duda, en esta circunstancia, es un homenaje prestado a la civilización europea, al propio clero católico.

En presencia de una realidad irrefutable hoy en día, lo que debe causar

más asombro es que un periódico serio, que golpea cada día, con gran violencia, los abusos y las usurpaciones del poder sacerdotal, sólo haya encontrado, para denunciar ese hecho, algunas palabras burlonas, al añadir: «En todo caso, no seremos nosotros los que nos divertiríamos en este momento haciendo girar las mesas en España» (*Siècle* del 14 de octubre de 1861). ¿El *Siècle* todavía está viendo, pues, el Espiritismo en las mesas giratorias? ¿El *Siècle* también está suficientemente cegado por el escepticismo para ignorar que toda una doctrina filosófica, eminentemente *progresista*, ha salido de esas mesas, de las que se ha burlado tanto? ¿No sabe aún, por lo tanto, que esta idea fermenta en todos los lugares; que, en todos los lugares, tanto en

las grandes ciudades como en las pequeñas localidades, desde lo alto hasta lo bajo de la escala social, en Francia y en el extranjero, esta idea se difunde con una rapidez inaudita? ¿Que, en todos los lugares, agita a las masas, que la proclaman la aurora de una renovación social? ¿El golpe con el que se ha creído herirla no es un indicio de su importancia? Pues uno no se abalanza así, con fuerza, en contra de una infantilidad sin consecuencia, y Don Quijote no ha regresado a España para luchar contra molinos de viento.

Lo que no es menos exorbitante, y causa asombro que no se haya visto una protesta enérgica en contra de esto, es la extraña pretensión de la que se arroga el obispo de Barcelona de ejercer el poder de policía¹ en Francia. A la petición que ha sido hecha de reexportar las obras, él ha contestado con una negativa así fundamentada: «*La Iglesia católica es universal, y al ser esos libros contrarios a la fe católica, el gobierno no puede consentir que vayan a pervertir la moral y la religión de los*

otros países». ¡Así, he aquí un obispo extranjero que se instituye como juez de lo que le conviene o no le conviene a Francia! La sentencia ha sido, pues, mantenida y ejecutada, sin siquiera exonerar al destinatario de los gastos de aduana, que se ha tenido el cuidado de habérselos hecho pagar.

He aquí el relato que nos ha sido dirigido personalmente:

«Este día, el nueve de octubre de mil ochocientos sesenta y uno, a las diez y media de la mañana, sobre la explanada de la ciudad de Barcelona, en el lugar donde son ejecutados los criminales condenados al último suplicio, y por orden del obispo de esta ciudad, fueron quemados trescientos volúmenes y folletos sobre el Espiritismo, a saber:

»*La Revista Espírita*, director Allan Kardec;

»*La Revista Espiritualista*, director Piérard;

»*El Libro de los Espíritus*, por Allan Kardec;

»*El Libro de los Médiums*, por el

mismo;

»*Qué es el Espiritismo*, por el mismo;

»*Fragmento de sonata dictado por el Espíritu de Mozart*;

»*Carta de un católico sobre el Espiritismo*, por el doctor Grand;

»*La Historia de Juana de Arco* dictada por ella misma a la señorita Ermance Dufaux;

»*La realidad de los Espíritus demostrada por la escritura directa*, por el barón de Guldenstubbé.

»Asistieron al auto de fe:

»Un sacerdote vestido con los hábitos sacerdotales, sosteniendo la cruz en una mano y una antorcha en la otra mano;

»Un notario encargado de redactar el acta del auto de fe;

»El pasante del notario;

»Un funcionario superior de la administración de la aduana;

»Tres mozos de la aduana, encargados de mantener el fuego;

»Un agente de la aduana representando al propietario de las obras

condenadas por el obispo.

»Una multitud innumerable obstruía los paseos y cubría la inmensa explanada, donde se alzaba la hoguera.

»Cuando el fuego había consumido los trescientos volúmenes o folletos Espíritas, el sacerdote y sus auxiliares se retiraron cubiertos por el abucheo y las maldiciones de los numerosos asistentes, que gritaban: “¡Abajo la inquisición!”

»Varias personas se acercaron a la hoguera, a continuación, y recogieron las cenizas.»

Una parte de esas cenizas nos fue enviada. Allí está un fragmento de *El Libro de los Espíritus* consumido a la mitad. Las conservamos preciosamente como un testimonio auténtico de este acto insensato.

Dejando de lado toda opinión, este caso suscita una grave cuestión de Derecho Internacional. Le reconocemos al gobierno español el derecho de prohibir la entrada en su territorio de las obras que no le convienen, como la

de todas las mercancías prohibidas. Si esas obras hubieran sido introducidas clandestinamente y mediante el fraude, nada habría que decir, pero fueron expeditas ostensiblemente y presentadas a la aduana. Era, pues, un permiso lealmente solicitado. La aduana cree deber informar a la autoridad episcopal, que, sin otra forma de proceso, condena las obras a ser quemadas por la mano del verdugo. El destinatario solicita, entonces, reexportarlas a su lugar de procedencia, y se le responde con la resolución de no conocimiento² relatada anteriormente. Preguntamos si la destrucción de esta propiedad, en tales circunstancias, no es un acto arbitrario y fuera del derecho común.

Si se examina este caso desde el punto de vista de sus consecuencias, diremos, en primer lugar, que se ha dicho al unísono que nada puede ser más dichoso para el Espiritismo. La persecución siempre ha sido provechosa para la idea que se ha deseado proscribir. Por medio de la persecución, se exalta la importancia de la

idea, se despierta la atención, y se la da a conocer a aquellos que la ignoraban. Gracias a ese celo imprudente, todo el mundo, en España, va a oír hablar del Espiritismo y deseará saber lo que es; es todo lo que deseamos. Se pueden quemar los libros, pero no se queman las ideas. Las llamas de las hogueras las sobreexcitan en lugar de sofocarlas. Las ideas, además, están en el aire, y no hay Pirineos suficientemente altos para detenerlas. Y cuando una idea es grande y generosa, encuentra a millares de pechos completamente listos para aspirarla. No importa lo que se haya hecho, el Espiritismo ya tiene numerosas y profundas raíces en España. Las cenizas de esa hoguera van a hacerlas fructificar. Pero no será solamente en España que ese resultado se producirá; el mundo entero sentirá su repercusión. Varios periódicos de España han condenado ese acto retrógrado como lo merece. *Las Novedades* de Madrid, del 19 de octubre, entre otros, contiene, sobre ese asunto, un notable artículo. Lo reproduciremos

en nuestro próximo número.

¡Espíritas de todos los países! No olvidéis esta fecha del 9 de octubre de 1861. ¡Ella estará marcada en los fastos del Espiritismo; que sea para vosotros un día de fiesta y no de luto, pues es la garantía de vuestro triunfo cercano!

Entre las numerosas comunicaciones que los Espíritus han dictado sobre este acontecimiento, citaremos solamente las dos siguientes, que fueron dadas espontáneamente a la Sociedad de París. Las comunicaciones siguientes resumen las causas y todas las consecuencias de este acontecimiento.

Sobre el Auto de Fe de Barcelona

«El amor a la verdad siempre debe hacerse oír. La verdad atraviesa la nube y, a la vez, resplandece por todas partes. El Espiritismo ha llegado a ser conocido por todos. Pronto será juzgado y puesto en práctica. Cuantas más persecuciones haya, más rápido esta sublime Doctrina llegará a su apogeo. Sus más crueles enemigos,

los enemigos del Cristo y del progreso, actúan de manera que nadie ignore que Dios permite a aquellos que dejaron esa tierra de exilio regresar hacia aquellos que han amado.

Tranquilizaos; las hogueras se apagarán por sí mismas, y si los libros son arrojados al fuego, el pensamiento inmortal les sobrevive.»

DOLLET

Nota: este Espíritu, que se manifestó espontáneamente, dijo ser el de un antiguo librero del siglo dieciséis.

Otra

«Era necesaria alguna cosa que impresionara con un golpe violento a ciertos Espíritus encarnados para que se decidieran a ocuparse de esta gran Doctrina, que debe regenerar el mundo. Nada es hecho inútilmente en vuestra Tierra para eso, y nosotros, que inspiramos el Auto de Fe de Barcelona, sabíamos bien que, al actuar así, habríamos dado un inmenso paso adelante. Ese hecho brutal, inaudito en los tiempos actuales, fue consumado

para atraer la atención de los periodistas que se quedaban indiferentes ante la agitación profunda que removía las ciudades y los centros Espíritas. Dejaban decir y dejaban hacer, pero se obstinaban en hacerse los sordos, y contestaban por medio del mutismo al deseo de propaganda de los adeptos del Espiritismo. Es necesario que, a pesar suyo, hablen del Espiritismo hoy; unos

constatando lo histórico del hecho de Barcelona, otros desmintiéndolo, han dado lugar a una polémica que dará la vuelta al mundo, y de la que el Espiritismo solamente sacará provecho. He aquí el motivo por el cual hoy la retaguardia de la inquisición ha hecho su último auto de fe, porque lo hemos querido así».

SANTO DOMINGO

¹ N. de la T. – el poder de policía puede ser definido como la soberanía de cada Estado para regular, dentro de su territorio, los asuntos de salud, seguridad y moral pública.

² N. de la T.: en el original, en francés, «*fin de non-recevoir*», es decir, procedimiento por el cual se neutraliza o se rechaza la demanda, sin contradecir el fondo, sin atacar su contenido.



16 – Reunión general de los Espíritas bordeleses, el 14 de octubre de 1861: Discurso del señor Allan Kardec

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
4.º año, n.º 11, noviembre de 1861*

Señoras y señores,
Es con felicidad que me he sometido al llamamiento que habéis tenido a bien hacerme, y la acogida simpática que recibo de vosotros es una de esas satisfacciones morales que dejan, en el corazón, una impresión profunda e imborrable. Si estoy feliz por esta acogida cordial, es porque veo en ella un homenaje prestado a la Doctrina que profesamos y a los buenos Espíritus que nos la enseñan, mucho más que a mí personalmente, que sólo soy un instrumento en las manos de la Providencia.

Convencido de la verdad de esta Doctrina y del bien que está llamada a producir, he tratado de coordinar sus elementos. Me he esforzado con el fin de volverla clara e inteligible para todos. Es ésta toda la parte que me correspon-

de. Por eso, jamás me he presentado como el creador de esa Doctrina: todo el honor es para los Espíritus. Es, pues, solamente a ellos a quienes se deben reportar los testimonios de vuestra gratitud, y acepto los elogios que queréis darme únicamente como un estímulo para proseguir en mi tarea con perseverancia.

En los trabajos que he hecho para alcanzar el objetivo que me he propuesto, he sido ayudado, sin duda, por los Espíritus –eso me ha sido dicho por ellos varias veces– pero sin ninguna señal exterior de mediumnidad. No soy, pues, médium en el sentido común de la palabra y, hoy en día, comprendo que es bueno para mí que así lo sea. Con una mediumnidad efectiva, yo sólo habría escrito bajo una misma influencia. Habría sido llevado

a aceptar como verdadero sólo lo que me hubiera sido dado, y eso tal vez sin razón; mientras que, en mi posición, ha sido conveniente que yo haya tenido una libertad absoluta de tomar lo bueno en todos los lugares donde se encuentra y de cualquier lado de donde haya venido. Por lo tanto, he podido hacer una selección de las diversas enseñanzas, sin prejuicio, y con una entera imparcialidad. He visto mucho, estudiado mucho, observado mucho, pero siempre con un ojo impasible, y nada más ambiciono sino ver la experiencia que he adquirido puesta a beneficio de otros, a los que estoy feliz de poder evitarles los escollos inseparables de todo noviciado.

Si he trabajado mucho, y si trabajo todos los días, soy muy generosamente recompensado por la marcha tan rápida de la Doctrina, cuyo progreso sobrepasa todo lo que era posible esperar, por los resultados morales que produce, y estoy feliz de ver que la ciudad de Burdeos no solamente no se queda atrás de ese movimiento, sino

que se dispone a marchar al frente de él por el número y la calidad de los adeptos. Si se considera que el Espiritismo debe su propagación a sus propias fuerzas, sin el apoyo de ninguno de los auxiliares que hacen, de ordinario, el éxito, y a pesar de los esfuerzos de una oposición sistemática o, más bien, por causa de esos esfuerzos, no se puede dejar de ver, en eso, el dedo de Dios. Si sus enemigos son poderosos, y puesto que no han podido paralizar el desarrollo del Espiritismo, se debe admitir, pues, que la Doctrina es más poderosa que ellos, y que, como la serpiente de la fábula, esos enemigos utilizan, en vano, sus dientes en contra de una lima de acero.

Si decimos que el secreto del poder del Espiritismo está en la voluntad de Dios, aquellos que no creen en Dios se burlarán de eso. Hay también muchas personas que no niegan a Dios, sino que piensan que son más fuertes que Él; éstos no se ríen: oponen barreras que creen infranqueables y, sin embargo, el Espiritismo las franquea todos

los días ante sus ojos. Es que, de hecho, el Espiritismo extrae de su naturaleza, de su propia esencia, una fuerza irresistible. ¿Cuál es, pues, el secreto de esta fuerza? ¿Insistimos en esconderlo por miedo a que, una vez conocido, a ejemplo de Sansón, sus enemigos saquen provecho de eso para vencer al Espiritismo? En absoluto. En el Espiritismo, no hay misterios, todo se hace a la luz del día, y podemos, sin temor, revelarlo abiertamente. A pesar de que ya lo he dicho, tal vez no esté fuera de lugar repetirlo acá, a fin de que se sepa bien que si entregamos a nuestros adversarios el secreto de nuestras fuerzas, es que conocemos también el lado débil de ellos.

La fuerza del Espiritismo tiene dos causas preponderantes: la primera es que él vuelve felices a aquellos que lo conocen, lo comprenden y lo practican. Ahora bien, como hay muchas personas infelices, recluta a un innumerable ejército entre aquellos que sufren. ¿Alguien quiere quitarle ese elemento de propagación? Que

vuelva a las personas tan felices moral y materialmente que no tengan nada más que desear, ni en este ni en el otro mundo. No solicitamos nada más, ya que el objetivo será alcanzado. La segunda causa es que no depende de ningún hombre, que se puede abatir; no tiene un foco único, que se puede apagar; su foco está por todo lado, porque, en todas partes, hay médiums que pueden comunicarse con los Espíritus; no hay familia que no pueda encontrar a médiums en su seno; y estas palabras del Cristo se cumplen: *«Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y tendrán visiones»*. El Espiritismo es una idea, y no hay barreras impenetrables a la idea, ni suficientemente altas para que no las pueda franquear. Se mató al Cristo, se mató a Sus apóstoles y a Sus discípulos; pero el Cristo ya había lanzado, en el mundo, la idea cristiana, y esta idea triunfó sobre la persecución de los Césares omnipotentes. ¿Por qué, pues, el Espiritismo, que no es otra cosa que el desarrollo y la aplicación de la idea cristiana, no

triunfaría sobre algunos burlones o sobre antagonistas que, hasta el presente, a pesar de sus esfuerzos, sólo han podido oponerle una negación estéril? ¿Está allí una pretensión quimérica? ¿Un sueño de reformador? Los hechos están allí para responder a estas preguntas: el Espiritismo, a pesar de todo, penetra en todos los lugares. Como el polen fecundo de las flores, es traído por los vientos, y echa raíces en los cuatros rincones del mundo, porque, en todos los lugares, encuentra una tierra fecunda en sufrimientos, sobre la que derrama un bálsamo consolador. Suponed, pues, el estado más absoluto que la imaginación pueda soñar, el reclutamiento de todos los esbirros para detener la idea de turno; ¿eso impedirá que los Espíritus entren y se manifiesten espontáneamente? ¿Impedirá que los médiums se formen en la intimidad de las familias? Supongamos que se fuera lo suficientemente fuerte para impedir escribir, para prohibir la lectura de los libros; ¿se puede impedir oír, ya que hay médiums au-

ditivos? ¿Se impedirá al padre recibir los consuelos del hijo que ha perdido? Veis, pues, que eso es imposible, y que yo tenía razón al decir que el Espiritismo puede, sin temor, entregar el secreto de su fuerza a sus enemigos.

Bien, se dirá; cuando algo es inevitable, se lo debe aceptar; pero si es una idea falsa o mala, ¿no hay razón en querer trabarla? Sería necesario, en primer lugar, probar que es falsa. Ahora bien, ¿hasta el presente, qué oponen sus adversarios? Burlas y negaciones que, para una buena lógica, jamás han pasado como argumentos. Pero una refutación seria, sólida; una demostración categórica, evidente, ¿dónde la encontráis? En ningún lugar, no más en las críticas de la ciencia que en otra parte. Por otro lado, cuando una idea se propaga con la rapidez del relámpago, cuando encuentra innumerables ecos en los rangos más esclarecidos de la sociedad, cuando tiene raíces entre todos los pueblos, desde que hay hombres en la Tierra; cuando los más grandes filósofos sacros y profanos la

han proclamado, es ilógico suponer que sólo reposa sobre la mentira y la ilusión. Toda persona sensata, o que no está cegada por la pasión o el interés personal, se dirá que debe haber algo de verdadero en esa idea y, por lo menos, la persona prudente, antes de negar, aplazará su juicio.

¿La idea es mala? Si es verdadera, si es sólo una aplicación de las leyes de la naturaleza, parece difícil que pueda ser mala, a menos que se admita que Dios ha hecho mal lo que ha hecho. ¿Cómo una doctrina puede ser mala cuando vuelve mejores a aquellos que la profesan, cuando consuela a los afligidos, da resignación en la infelicidad, restablece la paz en las familias, calma la efervescencia de las pasiones, impide el suicidio? Dicen algunos que la Doctrina Espírita es contraria a la religión. He aquí la gran palabra con la que se intenta asustar a los tímidos y a aquellos que no conocen la Doctrina Espírita. ¿Cómo una doctrina que vuelve mejor, que enseña la moral evangélica, que sólo predica la caridad, el

olvido de las ofensas, la sumisión a la voluntad de Dios, sería contraria a la religión? Sería un contrasentido. Afirmar una cosa semejante sería criticar sistemáticamente la propia religión; es por eso que digo que aquellos que hablan así no conocen la Doctrina Espírita. Si ese fuera el resultado, ¿por qué la Doctrina Espírita reencaminaría hacia las ideas religiosas a aquellos que no creen en nada? ¿Por qué haría orar a aquellos que se habían olvidado de hacerlo desde su infancia?

Hay, además, otra respuesta igualmente perentoria: el Espiritismo es extraño a toda cuestión dogmática. A los materialistas, les prueba la existencia del alma; a aquellos que sólo creen en la nada, les prueba la existencia de la vida eterna; a aquellos que creen que Dios no se ocupa de las acciones de las personas, les prueba la existencia de las penas y de las recompensas futuras. Al destruir el materialismo, destruye la más grande llaga social: he aquí su objetivo. No se ocupa de las creencias específicas,

y deja a cada uno toda la libertad. El materialista es el más grande enemigo de la religión. Al conducirlo al Espiritualismo, el Espiritismo le hace andar los tres cuartos del camino para volver al regazo de la Iglesia. Le corresponde a la Iglesia hacer el resto. Pero si la comunión hacia la que él tendería a unirse lo rechaza, sería de temerse que él se volviera hacia otra.

Deciros eso, señores, es como intentar convencer a las personas ya convencidas; lo sabéis todos tan bien como yo. Pero hay otro punto sobre el que es útil decir algunas palabras.

Si los enemigos de afuera nada pueden en contra del Espiritismo, no es lo mismo con aquellos de adentro; quiero decir con aquellos que son Espíritas más de nombre que de hecho, sin hablar de aquellos que sólo tienen la máscara del Espiritismo. El lado más bello del Espiritismo es el moral. Es por sus consecuencias morales que triunfará, pues allí está toda su fortaleza, allí está su invulnerabilidad. Está inscrito en su bandera: «*Amor y cari-*

dad», y ante esa protección¹, más poderosa que la de Minerva, pues viene del Cristo, la propia incredulidad se inclina. ¿Qué se puede oponer a una doctrina que conduce a las personas a amarse como hermanas? Si no se admite la causa, por lo menos se respetará el efecto. Ahora bien, el mejor medio de demostrar la realidad del efecto es hacer su aplicación en uno mismo; es mostrar a los enemigos de la Doctrina Espírita, con el propio ejemplo, que ella le vuelve a uno realmente mejor. ¿Pero cómo hacer creer que un instrumento puede producir la armonía si emite sonidos discordantes? Del mismo modo, ¿cómo persuadir que el Espiritismo debe conducir a la concordia si aquellos que lo profesan, o que supuestamente lo profesan, lo que es visto como un todo por los adversarios, se arrojan piedras? ¿Si una simple susceptibilidad de amor propio, de prelación basta para dividirlos? ¿No es este el medio de hacerse refutar su propio argumento? Los enemigos más peligrosos del Espiritismo son, pues,

aquellos que se desmienten a sí mismos al no practicar la ley que ellos mismos vienen a proclamar. Habría puerilidad en hacer disidencia por los matices de opinión; habría malevolencia evidente, olvido del primer deber del verdadero Espírita, apartarse por una cuestión personal, pues el sentimiento de personalismo es fruto del orgullo y del egoísmo.

No se debe olvidar, señores, que los enemigos del Espiritismo son de dos clases: de un lado, tenéis a los burlescos y a los incrédulos, que reciben, todos los días, desmentidos por los hechos; no los teméis y tenéis razón. Sirven a nuestra causa sin desearlo, y debemos agradecerles. De otro lado, están las personas interesadas en combatir la Doctrina Espírita; a éstos no esperéis traerlos por la persuasión, pues no buscan la luz. En vano, les desplegaréis a sus ojos la evidencia del Sol; son ciegos porque no quieren ver. No os atacan porque estéis equivocados, sino porque estáis en lo verdadero y, además, porque, con o sin razón, creen

que el Espiritismo es perjudicial para sus intereses materiales. Si estuvieran persuadidos de que es una quimera, dejarían al Espiritismo perfectamente tranquilo. Por eso, el encarnizamiento crece a la misma medida del progreso de la Doctrina Espírita, de tal manera que se puede medir la importancia de ese progreso por la violencia de sus ataques. Mientras sólo habían visto, en el Espiritismo, un juego de mesas giratorias, nada han dicho, y lo tenían en cuenta como el capricho de moda. Pero hoy en día, cuando, a pesar de su mala voluntad, ven la insuficiencia de la burla, emplearán otros medios. Esos medios, sean cuales sean, nos demostrarán su impotencia. Sin embargo, si no pueden acallar esta voz que se levanta por todos los rincones del mundo, y si no pueden detener ese torrente que los invade de todos lados, harán de todo para ponerle trabas y, si pueden hacer retroceder el progreso en un único día, dirán que es un día de ganancia.

Esperad, pues, a aquellos que

disputarán el terreno palmo a palmo, pues el interés material es, entre todos, el más tenaz. Para él, los derechos más sagrados de la humanidad nada son. Tenéis la prueba de eso en la lucha norteamericana. «¡Perezca la unión que hacía nuestra gloria, antes que nuestros intereses!» dicen los esclavistas. De la misma manera, hablan los adversarios del Espiritismo, pues la cuestión humanitaria es la menor de sus preocupaciones. ¿Qué oponerles? Una bandera que les hace palidecer, pues saben bien que trae estas palabras salidas de la boca del Cristo: «*Amor y caridad*», y que estas palabras son la sentencia de ellos. Alrededor de esa bandera, que todos los verdaderos Espíritas se reúnan, y serán fuertes, pues la unión hace la fuerza. Reconocéis, pues, a los verdaderos defensores de vuestra causa, no por palabras vanas, las palabras nada cuestan, sino por la práctica de la ley de amor y de caridad, por la renuncia al personalismo. El mejor soldado no es aquel que blande por lo más alto su sable, sino

aquel que sacrifica, con valor, su vida. Considerad, pues, como que están haciendo causa común con vuestros enemigos, a todos aquellos que tiendan a arrojar entre vosotros el fermento de la discordia, ya que, voluntaria o involuntariamente, proveen de armas en contra de vosotros. En todos los casos, no contéis más con ellos que con los malos soldados que retroceden al primer disparo de fusil.

Sin embargo, diréis, si las opiniones son compartidas sobre algunos puntos de la Doctrina, ¿cómo reconocer de qué lado está la verdad? Es la cosa más fácil. Tenéis, en primer lugar, como peso, vuestro juicio; como medida, la sana e inflexible lógica. Tenéis, en segundo lugar, el consentimiento de la mayoría; pues estad seguros de que el número creciente o decreciente de los partidarios de una idea os da la medida de su valor. Si es falsa, no podría alcanzar más voz que la verdad: Dios no lo permitiría; puede dejar que el error se muestre por esto o por aquello, para hacernos ver sus apariencias y en-

señarnos a reconocerlo; sin eso, ¿dónde estaría nuestro mérito si no tuviéramos elección que hacer? ¿Queréis otro criterio de la verdad? He aquí uno que es infalible. Puesto que el lema del Espiritismo es «*Amor y caridad*», reconoceréis la verdad por la práctica de esta máxima, y tenéis por seguro que aquel que arroja piedras a otro no puede estar en la verdad absoluta. En cuanto a mí, señores, habéis oído mi profesión de fe. Si, Dios no quiera, se levantaran disidencias entre vosotros, lo digo con pesar, me apartaría abiertamente de aquellos que traicionaran la bandera de la fraternidad, pues, a mis ojos, no podrían ser considerados como verdaderos Espíritas.

En todo caso, no os inquietéis, en absoluto, por algunas disidencias pasajeras. Tendréis pronto la prueba de que no traen consecuencias graves; son pruebas para vuestra fe y vuestro juicio; frecuentemente son también medios permitidos por Dios y los buenos Espíritus para dar la medida de la sinceridad de cada uno, y hacer co-

nocer a aquellos con quienes se puede realmente contar en caso de necesidad, y a quienes uno evita, así, poner a la cabeza. Son las pequeñas piedras sembradas sobre vuestra ruta, a fin de acostumbraros a ver sobre qué os apoyáis.

Me resta, señores, hablaros de la organización de la Sociedad. Ya que tenéis a bien solicitar mi opinión, os diré lo que dije el año pasado en Lyon. Los mismos motivos me llevan a disuadiros, con todas mis fuerzas, del proyecto de formar una Sociedad única abarcando a todos los Espíritas de la ciudad, lo que sería simplemente impracticable por el número creciente de los adeptos. No tardaríais en ser detenidos por obstáculos materiales y por dificultades morales más grandes aún, que os mostrarían su imposibilidad. Vale más, pues, no emprender una cosa a la que seríais obligados a renunciar. Todas las consideraciones que apoyan esta opinión están completamente desarrolladas en la nueva edición de *El Libro de los Médiums*, del

que os invito a informaros. Sólo añadiré pocas palabras.

Lo que es difícil de obtener, en una reunión numerosa, lo es mucho menos en los grupos particulares. Éstos se forman por una afinidad de gustos, de sentimientos y de costumbres. Dos grupos separados pueden tener una manera de ver diferente sobre algunos detalles y no dejar de avanzar muy bien en acuerdo, mientras que, si estuvieran reunidos, la divergencia de opiniones traería inevitablemente la confusión.

El sistema de la multiplicación de los grupos tiene también como resultado arrancar de raíz las rivalidades de supremacía y de presidencia. Cada grupo es naturalmente presidido por el dueño de la casa o por aquel que es designado, y todo pasa en familia. Si la alta dirección del Espiritismo, en una ciudad, incumbe a alguien, éste será llamado debido a las circunstancias, y un consentimiento tácito lo designará de manera completamente natural, en razón de su mérito personal, de sus

cualidades conciliadoras, del celo y de la abnegación de los que habrá dado prueba, de los servicios reales que habrá prestado a la causa. Él adquirirá así, sin buscarla, una fuerza moral que nadie pensará discutir, porque todo el mundo la reconocerá en él; mientras que aquel que, por su propia cuenta, buscara imponerse, o que fuera traído por un grupo cualquiera, encontraría la oposición de parte de todos aquellos que no le reconocerían las cualidades morales necesarias, y eso sería una causa inevitable de divisiones.

Conferir a alguien la dirección suprema de la Doctrina Espírita es algo importante. Antes de hacerlo, es necesario estar muy seguro del candidato, bajo todos los aspectos, pues, si tiene ideas equivocadas, esa persona podría arrastrar a la Sociedad a una pendiente nefasta y, tal vez, a su ruina. En los grupos particulares, cada uno puede dar sus pruebas de habilidad y nominarse, para más tarde, al sufragio de sus colegas si hubiera lugar; pero nadie puede pretender ser general an-

tes de haber sido soldado. Del mismo modo que al buen general se lo reconoce por su valor y sus talentos, al verdadero Espírita se lo reconoce por sus cualidades. Ahora bien, la primera de la que se debe dar prueba es la renuncia al personalismo. Es, pues, por sus actos que se lo reconoce, más que por sus palabras. Lo que es necesario para dirigir la Doctrina Espírita es un verdadero Espírita, y el verdadero Espírita no es movido ni por la ambición, ni por el amor propio. Llamo vuestra atención sobre este asunto, señores, hacia las diversas categorías de Espíritas, cuyas características distintivas están claramente definidas en *El Libro de los Médiúms* (número 28).

Además, sea cual sea la naturaleza de la reunión, sea numerosa o no, las condiciones que debe llenar para alcanzar el objetivo son las mismas. Es a eso a lo que deben orientarse todos sus cuidados, y aquellos que llenen las condiciones serán fuertes, porque tendrán necesariamente el apoyo de los buenos Espíritus. Esas condiciones es-

tán trazadas en *El Libro de los Médiúms* (número 341).

Un defecto bastante frecuente entre algunos nuevos adeptos es el de creerse convertidos en maestros después de algunos meses de estudio. El Espiritismo es una ciencia inmensa, como sabéis, y cuya experiencia sólo puede adquirirse con el tiempo, en eso como en todas las cosas. Hay en esa pretensión de no tener más necesidad de consejos ajenos y de creerse por encima de todos, una prueba de ignorancia, ya que se falta a uno de los primeros preceptos de la Doctrina: la modestia y la humildad. Cuando los Espíritus malos encuentran semejan-

«Lo que es necesario para dirigir la Doctrina Espírita es un verdadero Espírita, y el verdadero Espírita no es movido ni por la ambición, ni por el amor propio.»

tes disposiciones en un individuo, no dejan de estimularlas y de cultivarlas, persuadiéndole de que sólo él posee la verdad. Es uno de los escollos que se puede encontrar, y contra el que he creído tener que preveniros, al añadir que no basta decirse Espírita o decirse cristiano: es necesario demostrarlo en la práctica.

Si, por la formación de grupos, se evita la rivalidad de los individuos, ¿esa rivalidad no puede existir entre los propios grupos que, al avanzar en vías un poco divergentes, podrían producir cismas, mientras que una Sociedad única mantendría la unidad de principios? A eso contesto que el inconveniente que se señala no sería evitado, ya que aquellos que no adoptaran los principios de la Sociedad se apartarían de ésta, y nada les impediría hacer un grupo aparte. Los grupos son como pequeñas Sociedades que avanzarán necesariamente en la misma vía si adoptan todos la misma bandera y las bases de la Ciencia consagradas por la experiencia. Llamo, igualmente, sobre

este asunto vuestra atención hacia el número 348 de *El Libro de los Médiums*. Además, nada impide que un grupo central esté formado de delegados de los diversos grupos particulares, que tendrían, así, un punto de unión que mantendría una correspondencia directa con la Sociedad de París. También, todos los años, una asamblea general podría reunir a todos los adeptos y volverse, así, una verdadera fiesta del Espiritismo. Por lo demás, sobre esos diversos puntos, prepararé una instrucción detallada que tendré el honor de transmitir posteriormente, sea sobre la organización, sea sobre el orden de los trabajos. Aquellos que la sigan se mantendrán naturalmente en la unidad de principios.

Tales son, señores, los consejos que creo tener que daros, ya que habéis tenido a bien informaros sobre mis opiniones. Estoy feliz de añadir que he encontrado, en Burdeos, a excelentes elementos, y un progreso mucho más grande de lo que esperaba. He encontrado a un gran número de ver-

daderos y sinceros Espíritas, y llevo de mi visita la esperanza fundada de que nuestra Doctrina se desarrollará acá sobre las bases más amplias y en excelentes condiciones. Estad seguros de que mi colaboración jamás faltará en todo lo que esté en mi poder hacer para secundar los esfuerzos de aquellos que están sincera y concienzudamente dedicados, de corazón, a

esta noble causa, que es la de la humanidad.

El Espíritu de Erasto, que ya conocéis, señores, por las notables disertaciones que habéis leído de él, quiere también traeros el tributo de sus consejos. Antes de mi partida de París, él dictó, por su médium habitual, la comunicación siguiente, de la que voy a tener el honor de daros lectura.

¹ N. de la T.: en el original en francés, «*palladium*», es decir, la estatua de Pallas (Minerva, para los romanos), considerada por los troyanos como la garantía de la seguridad de su ciudad.



17 – Banquete ofrecido por los Espíritas bordeleses al señor Allan Kardec: Discurso y brindis del señor Allan Kardec

*Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
4.º año, n.º 11, noviembre de 1861*

Mis caros hermanos en el Espiritismo,

Las expresiones me faltan para traducir la impresión que siento por vuestra acogida tan simpática y benévola. Permitidme, pues, deciros con algunas palabras, en lugar de largas frases que no dirían más, que colocaré mi primera estada en Burdeos entre los momentos más felices de mi vida, y que guardaré de ella un eterno recuerdo. Pero tampoco me olvidaré, señores, de que esta acogida me impone una gran tarea, la de justificarla, lo que espero hacer con la ayuda de Dios y de los buenos Espíritus. Además, me impone grandes obligaciones, no solamente hacia vosotros, sino también hacia los Espíritas de todos los países,

de los que sois los representantes como miembros de la gran familia; hacia el Espiritismo en general, que acabáis de aclamar en estas dos reuniones solemnes y que, no lo dudéis, extraerá del impulso de vuestra importante ciudad una fuerza nueva para luchar contra los obstáculos que se deseen tirar sobre su ruta.

En mi alocución de ayer, hablé del irresistible poder del Espiritismo. ¿No sois vosotros la prueba evidente, y no es un hecho característico la inauguración de una Sociedad Espírita que debuta, como la vuestra, por la reunión espontánea de aproximadamente 300 personas, atraídas, no por una vana curiosidad, sino por la convicción, y por el único deseo de agruparse en un

solo haz? Sí, señores, ese hecho no es solamente característico, sino también viene de la Providencia. He aquí lo que me decía aún ayer, sobre este asunto, antes de la sesión, mi guía espiritual: el Espíritu de Verdad.

«Dios ha marcado, con el sello de Su voluntad inmutable, la hora de la regeneración de los hijos de esta gran ciudad. A la obra, pues, con confianza y valor. Esta noche los destinos de sus habitantes van a empezar a salir del atolladero de las pasiones que su riqueza y su lujo hacían germinar como la cizaña cerca del buen grano, para alcanzar, por el progreso moral que el Espiritismo va a imprimirle, la grandeza de los destinos eternos. Burdeos, ves tú, es una ciudad amada por los Espíritus, pues ve multiplicarse, dentro de sus muros, la más sublime abnegación de la caridad bajo todas sus formas. Por eso, los Espíritus estaban afligidos al ver a Burdeos rezagada en el movimiento progresista que el Espiritismo viene a imponer a la humanidad. Pero el progreso va a hacerse tan

rápidamente que los Espíritus bendecirán al Señor el haberte inspirado el deseo de venir a ayudarlos a entrar en esta vía sagrada».

Veis, por lo tanto, señores: el impulso que os anima viene de lo alto, y bien temerario sería aquel que deseara detenerlo, pues sería vencido como los ángeles rebeldes que quisieron luchar contra el poder de Dios. No temáis, pues, la oposición de algunos adversarios interesados, o que se pavonean en su incredulidad materialista. El materialismo linda con su última hora, y es el Espiritismo el que viene a sonarla, pues él es la aurora que disipa las tinieblas de la noche; y, cosa de la Providencia, es el propio materialismo que, sin quererlo, ayuda a la propagación del Espiritismo. Por sus ataques, llama sobre el Espiritismo la atención de los indiferentes. Se quiere ver lo que es, y como se lo considera bueno, se lo adopta. Tenéis la prueba ante vuestros ojos. Sin los artículos de uno de los periódicos de vuestra ciudad, los Espíritas bordeleses serían, tal vez, la

mitad de numerosos de lo que son. Ese artículo ha despertado naturalmente la curiosidad, pues se ha dicho: «Se ataca; por lo tanto, hay algo»; y se ha medido la importancia de ese algo por la extensión del artículo. Las personas se han preguntado: «¿El Espiritismo es bueno, es malo? ¿Es verdadero, es falso? Veamos». Se ha visto, y sabéis el resultado. Lejos, pues, de tener resentimiento en contra del autor del artículo; se le debe agradecer por haber hecho propaganda gratuita; y si hay acá alguno de sus amigos, le rogamos tener a bien aconsejarle recomenzar, a fin de que, si éramos 300 ayer, seamos 600 el próximo año. Podría, sobre este asunto, citaros hechos curiosos de propaganda semejante realizada en ciertas ciudades por sermones furibundos en contra del Espiritismo.

Burdeos, como Lyon, acaba de alzar dignamente la bandera del Espiritismo, y lo que veo me asegura que no dejará que la retiren. ¡Burdeos y Lyon! ¡Dos de las ciudades más grandes de Francia; focos de luz! ¡Y se dice que

todos los Espíritas son locos! ¡Honor a los locos de esta especie! No nos olvidemos de Metz, que también acaba de fundar su sociedad, en la que figuran, en gran número, oficiales de todos los grados, y que solicita su admisión en la gran familia. Pronto, lo espero, Toulouse, Marsella y otras ciudades donde ya fermenta la nueva semilla se sumarán a sus hermanas mayores, y darán la señal de la regeneración en sus regiones respectivas.

Señores, en nombre de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, brindo por los Espíritas de Burdeos; por su unión fraterna, para resistir al enemigo que deseara dividirlos, a fin de estar más fácilmente en lo cierto.

Incluyo, en este brindis, desde lo más profundo de mi corazón, y con la más viva simpatía, al grupo Espirita de los obreros de Burdeos que, como aquellos de Lyon, dan un admirable ejemplo de celo, de dedicación, de abnegación y de reforma moral. Estoy feliz, muy feliz, os aseguro, de ver a sus delegados reunidos fraternalmente al-

rededor de esta mesa con la élite de la sociedad, lo que prueba, por esta reunión, la buena influencia del Espiritismo sobre los prejuicios sociales. No podría ser diferente, ya que el Espiritismo nos enseña que el mejor ubicado en el mundo fue, tal vez, un humilde proletario y que, al apretar la mano del último de los obreros, aprieta, tal vez, la de un hermano, de un padre o de un amigo.

En nombre de los Espíritas de Metz y de Lyon, de los que me hago intérprete, os agradezco por haber-

los abarcado en la expresión de vuestros sentimientos fraternales.

¡A los Espíritas bordeleses!

Señores, los Espíritas no deben ser ingratos. Creo que hay el deber del reconocimiento de no olvidar a aquellos que sirven a nuestra causa, aun sin quererlo. Propongo, pues, un brindis por el autor del artículo del *Courrier de la Gironde*, por el favor que nos ha hecho, haciendo votos para que renueve, de tiempo en tiempo, sus artículos ingeniosos. Y si agrada a Dios, él será pronto el único hombre sensato de Burdeos.



18 – Organización del Espiritismo

Revista Espírita – Periódico de Estudios Psicológicos,
4.º año, n.º 12, diciembre de 1861

Hasta el presente, los Espíritas, aunque son muy numerosos, han estado diseminados por todos los países. No está ahí una de las características menos notables de la Doctrina Espírita. Como una semilla llevada por los vientos, la Doctrina Espírita ha echado raíces en todos los puntos del globo, prueba evidente de que su propagación no es el efecto ni de un grupo específico ni de una influencia local y personal. Inicialmente aislados, hoy en día los adeptos están completamente sorprendidos de encontrarse en cantidad; y como la semejanza de ideas inspira el deseo de acercamiento, buscan reunirse y fundar Sociedades. Por eso, de todas partes, las personas nos solicitan instrucciones bajo ese aspecto, manifestándonos el deseo de unirse a la Sociedad central de París. Por lo

tanto, ha llegado el momento de ocuparse de lo que se puede llamar *la organización del Espiritismo*. El *Libro de los Médiums* (segunda edición) contiene, sobre la formación de las Sociedades espíritas, observaciones importantes, a las que nos remitimos y sobre las que rogamos meditar con cuidado. La experiencia viene a confirmar, cada día, la exactitud de esas observaciones. Las recordaremos sucintamente, añadiendo instrucciones más detalladas.

2. Hablemos, inicialmente, de los adeptos que todavía se encuentran aislados en medio de una población hostil o ignorante con relación a las ideas nuevas. Diariamente, recibimos cartas de personas que están en esa situación y que nos preguntan qué pueden hacer ante la ausencia de médiums y de partidarios del Espiritismo. Están en la

misma situación en la que se encontraban, hace apenas un año, los primeros Espíritas de los centros más numerosos hoy en día. Poco a poco, los adeptos se han multiplicado; hay determinada ciudad donde se contaban recientemente por unidades escasas, y ahora son centenares y millares. Pronto sucederá lo mismo en todos los lugares: es cuestión de paciencia. En cuanto a lo que tienen que hacer, es muy simple. En primer lugar, pueden trabajar por su propia cuenta, profundizarse en la Doctrina por la lectura y la meditación de las obras especializadas. Cuanto más la profundicen, más descubrirán, en la Doctrina, las verdades consoladoras confirmadas por la razón. En ese aislamiento, deben considerarse felices por haber sido los primeros favorecidos. Sin embargo, si se limitaran a extraer de la Doctrina una satisfacción personal, sería una especie de egoísmo. Debido a su propia posición, tienen una hermosa e importante misión que cumplir: la de difundir la luz alrededor de ellos. Aquellos que acep-

ten esta misión sin ser detenidos por las dificultades serán grandemente recompensados por el éxito y por la satisfacción de haber hecho algo útil. Sin duda, encontrarán oposición. Estarán expuestos a las burlas y a los sarcasmos de los incrédulos, a la propia maledvolencia de las personas interesadas en combatir la Doctrina: ¿pero dónde estaría el mérito si no hubiera ningún obstáculo que vencer? Ahora bien, para aquellos que son detenidos por el temor pueril del «qué dirán», no tenemos nada que decirles, ningún consejo que darles. Pero a aquellos que tienen el valor de su opinión, que están por encima de las mezquinas consideraciones mundanas, les diremos que lo que tienen que hacer es limitarse a hablar abiertamente del Espiritismo, sin afectación, como algo completamente simple y natural, sin predicarlo y, sobre todo, sin buscar ni forzar las convicciones ni hacer prosélitos. *El Espiritismo no debe imponerse; se viene a él porque se lo necesita, y porque él da lo que las otras filosofías no dan.* Es conveniente,

incluso, no dar ninguna explicación a los incrédulos obstinados: sería darles demasiada importancia y hacerles creer que se depende de ellos. Los esfuerzos que se hacen para atraerlos los alejan y, por amor propio, se endurecen en su oposición. Es por eso que es inútil perder tiempo con ellos. Cuando la necesidad se haga sentir, vendrán por sí mismos. Mientras tanto, se debe dejar que se complazcan tranquilos en su escepticismo, que, creed bien, les abrumba más frecuentemente de lo que desean hacer notar; pues, por más que los incrédulos digan lo contrario, la idea de la nada después de la muerte tiene algo más espantoso, más desconsolador que la propia muerte.

Sin embargo, al lado de los burlescos, se encontrarán personas que preguntarán: «¿Qué es eso?» Apresuraos, entonces, a satisfacerlas, al proporcionar vuestras explicaciones según la naturaleza de las disposiciones que encontraréis en ellas. Cuando se habla del Espiritismo en general, se deben considerar las palabras que se pronun-

cian como semillas lanzadas en el aire: entre las semillas, muchas caen sobre las piedras y nada producen; pero si solamente hubiere una única que cayera sobre la tierra fértil, consideraos felices; cultivadla, y estad seguros de que esa planta, al fructificar, tendrá retoños. Para algunos adeptos, la dificultad está en contestar a ciertas objeciones. La lectura atenta de las obras les ofrecerá los medios para eso; sin embargo, podrán valerse, para ese efecto, sobre todo, de la publicación que haremos con el título de: *Refutación de las críticas en contra del Espiritismo desde el punto de vista materialista, científico y religioso*.

3. Hablemos ahora de la organización del Espiritismo en los centros ya numerosos. El incremento incesante de los adeptos demuestra la imposibili-

«El Espiritismo no debe imponerse; se viene a él porque se lo necesita [...].»

dad material de constituir, en una ciudad, y sobre todo en una ciudad populosa, una Sociedad única. Además del número, hay la dificultad de las distancias, que es un obstáculo para muchos. Por otro lado, está reconocido que las grandes reuniones son menos favorables a las comunicaciones elevadas, y que las mejores se obtienen en los grupos pequeños. Por lo tanto, debemos concentrarnos en multiplicar los grupos particulares. Ahora bien, como lo hemos dicho, veinte grupos de quince a veinte personas obtendrán más y harán más por la propaganda que una Sociedad única de cuatrocientos miembros. Los grupos se forman naturalmente por la afinidad de gustos, de sentimientos, de costumbres y de posición social. Todas las personas se conocen allí y, como son reuniones privadas, uno tiene libertad en cuanto al número y a la selección de aquellos que se admiten en el grupo.

4. El sistema de la multiplicación de los grupos también tiene como resultado, como lo hemos dicho en varias

ocasiones, impedir los conflictos y las rivalidades de supremacía y de presidencia. Cada grupo es naturalmente dirigido por el dueño de la casa, o por aquel que es designado para ese efecto. No hay presidente oficial, propiamente hablando, pues todo pasa en familia. El dueño de la casa, al ser el anfitrión, tiene toda la autoridad para el mantenimiento del buen orden. Con una Sociedad propiamente dicha, son necesarios un local especial, un personal administrativo, un presupuesto, en suma, una complejidad de engranajes que la mala voluntad de algunos disidentes malintencionados podría comprometer.

5. A esas consideraciones, largamente desarrolladas en el *Libro de los Médiums*, añadiremos una que es preponderante. El Espiritismo todavía no es visto con buenos ojos por todo el mundo. Dentro de poco, se comprenderá que sólo tiene que haber interés en favorecer una creencia que vuelve mejores a las personas y que es una garantía de orden social, pero, has-

ta que se esté bien convencido de su buena influencia sobre la mentalidad de las masas y de sus efectos moralizadores, los adeptos deben esperar que se les susciten trabas, sea por la ignorancia del verdadero objetivo de la Doctrina, sea por interés personal. No solamente se burlarán de los adeptos, sino también, cuando se vea desfilar el arma del ridículo, se los *calumniará*. Se los acusará de locura, de charlatanería, de irreligión, de hechicería, a fin de amotinar el fanatismo en contra de ellos. ¡De locura! Sublime locura que hace creer en Dios y en el porvenir del alma. Para aquellos que no creen en nada, es, en efecto, una locura creer en la comunicación entre los muertos y los vivos; locura que da la vuelta al mundo y alcanza a las personas más eminentes. ¡De charlatanería! Los adeptos tienen una respuesta perentoria: el desinterés, pues la charlatanería jamás es desinteresada. ¡De irreligión! Aquellos que, desde que son Espíritas, son más religiosos que antes. ¡De hechicería y de trato con el diablo! Aquellos

que niegan la existencia del diablo y reconocen sólo a Dios como el único maestro todopoderoso, soberanamente justo y bueno; ¡singulares hechiceros, que renegarían de su maestro y actuarían en nombre de su antagonista! En realidad, el diablo no debería estar muy contento con sus adeptos. Pero las buenas razones son la menor de las preocupaciones de aquellos que quieren buscar pelea. Cuando quieren matar a su perro, dicen que está rabioso. Afortunadamente, la Edad Media lanza sus últimas y pálidas luces sobre nuestro siglo. Como el Espiritismo viene a darle el golpe de gracia, no es sorprendente verla intentar un supremo esfuerzo; pero estemos tranquilos: la lucha no será larga. No obstante, que la certidumbre de la victoria no se vuelva imprudencia, pues una imprudencia podría, si no comprometer, por lo menos retardar el éxito. Por esos motivos, la constitución de Sociedades numerosas encontraría, tal vez, obstáculos en ciertas localidades, mientras que no podría suceder lo mismo con

las reuniones familiares.

6. Añadamos una consideración más. Las Sociedades propiamente dichas están sujetas a numerosas vicisitudes. Mil causas que dependen o no de la voluntad de las Sociedades pueden llevarlas a la disolución. Supongamos, pues, que una Sociedad espírita haya reunido a todos los adeptos de una misma ciudad y que, por una circunstancia cualquiera, cese de existir; he aquí los miembros dispersados y desorientados. Ahora, supongamos que, en lugar de eso, haya cincuenta grupos, si desaparecen algunos, siempre quedará algo y se formarán otros. Son como plantas vivaces que, a pesar de todo, renacen. No tengáis, en un campo, solamente un gran árbol; el rayo puede destruirlo. Tened cien; el mismo golpe no podría alcanzarlos a todos, y cuantos más pequeños sean, menos estarán expuestos.

Por lo tanto, todo milita en favor del sistema que proponemos. Cuando un primer grupo fundado en algún lugar se vuelve demasiado numeroso,

que haga como las abejas: que los enjambres salidos de la colmena madre vayan a fundar nuevas colmenas que, a su vez, formarán otras. Habrá muchos centros de acción irradiando en sus círculos respectivos y serán más poderosos para la propaganda que una Sociedad única.

7. Siendo admitida, en principio, la formación de los grupos, resta examinar varias cuestiones importantes. La primera de todas es la uniformidad en la Doctrina. Esta uniformidad no estaría mejor garantizada por una Sociedad compacta, ya que los disidentes tendrían siempre la facilidad de retirarse y de hacer un grupo aparte. Sea la Sociedad una o esté fraccionada, la uniformidad será la consecuencia natural de la unidad de la base que los grupos adopten. Será completa entre todos aquellos que sigan la línea trazada por el *Libro de los Espíritus* y el *Libro de los Médiums*: el uno contiene los principios de la filosofía de la Ciencia; el otro, las reglas de la parte experimental y práctica. Esas obras están es-

critas con suficiente claridad para no dar lugar a interpretaciones divergentes, condición esencial a toda nueva doctrina.

Hasta el presente, esas obras han servido como reguladores para la inmensa mayoría de los Espíritas y, en todos los lugares, son acogidas con una simpatía inequívoca. Aquellos que han deseado apartarse de ellas han podido reconocer, por su aislamiento y por el número decreciente de sus partidarios, que no tenían a su favor la opinión general. Ese consentimiento dado por el mayor número tiene un gran peso. Es un juicio del que no se podría sospechar de influencia personal, ya que es espontáneo y es pronunciado por millares de personas que nos son completamente desconocidas. Una prueba de ese consentimiento es que se nos ha solicitado traducir esas obras a diversas lenguas: al español, al inglés, al portugués, al alemán, al italiano, al polaco, al ruso y hasta a la lengua tártara. Podemos, pues, sin pretensión, recomendar el estudio y la práctica de esas

obras a las varias reuniones espíritas, y eso con tanta más razón porque son las únicas, hasta el presente, en las que la Ciencia es tratada de una manera completa. Todas aquellas que han sido publicadas sobre la materia sólo han tocado, en algunos puntos aislados, la cuestión. Por lo demás, no tenemos, en absoluto, la pretensión de imponer nuestras ideas. Las emitimos, como es nuestro derecho; aquellos a quienes ellas convienen las adoptan; los otros las rechazan, como también es su derecho. Las instrucciones que damos son, pues, naturalmente, para aquellos que caminan con nosotros, que nos honran con el título de su *líder espírita*. No pretendemos, de ninguna manera, reglamentar a aquellos que quieren seguir otra vía. Ofrecemos la Doctrina que profesamos a la apreciación general. Ahora bien, hemos encontrado a suficientes partidarios para darnos confianza y consolarnos de algunas disidencias aisladas. El porvenir, además, será el juez en última instancia. Con los hombres actuales, desaparecerán,

inevitablemente, las susceptibilidades de amor propio herido, las causas de celos, de ambición, de expectativas materiales decepcionadas. Al ya no ver a las personas, sólo se verá la Doctrina, y el juicio será más imparcial. ¿Cuáles son las ideas nuevas que, en su aparición, no han tenido sus contradictores más o menos interesados? ¿Cuáles son los propagadores de esas ideas que no han sido expuestos a las saetas de la envidia, sobre todo si el éxito corona sus esfuerzos? Pero volvamos a nuestro tema.

8. El segundo punto es la constitución de los grupos. Una de las primeras condiciones es la homogeneidad, sin la cual no podría haber comunión de pensamientos. Una reunión no puede ser ni estable ni seria si no hay afinidad entre aquellos que la componen, y no puede haber afinidad entre personas que tienen ideas divergentes y que se hacen una oposición sorda, si no es abierta. Lejos de nosotros decir, con eso, que se deba sofocar la discusión, ya que, al contrario, recomendamos

el examen escrupuloso de todas las comunicaciones y de todos los fenómenos. Está, pues, bien entendido que cada uno puede y debe emitir su opinión, pero hay personas que discuten para imponer su opinión y no para esclarecerse. Es contra el espíritu de oposición sistemática que nos levantamos; contra las ideas preconcebidas que no ceden incluso ante la evidencia. Tales personas son, indudablemente, una causa de confusión que se debe evitar. Las reuniones espíritas están, bajo ese aspecto, en condiciones excepcionales: lo que requieren, por encima de todo, es el recogimiento. Ahora bien, ¿cómo estar recogido si se está, a cada instante, distraído por una polémica acrimoniosa; si reina, entre los asistentes, un sentimiento de aspereza, y cuando se siente, alrededor de sí, a seres que se saben hostiles, en el rostro de quienes se leen el sarcasmo y el desdén por todo lo que no está completamente conforme a su opinión?

9. Hemos trazado, en el *Libro de los Médiums* (número 28), la característica de

las principales variedades de Espíritas. Como es importante esa distinción para el tema que nos ocupa, pensamos que debemos recordarla.

Se puede poner, en primer lugar, a aquellos que creen, pura y simplemente, en las manifestaciones. Para ellos, el Espiritismo es solamente una ciencia de observación, una serie de hechos más o menos curiosos; la filosofía y la moral son accesorios, por las que se preocupan poco, o de las que no sospechan el alcance. Los llamamos *Espíritas experimentadores*.

Vienen, después, aquellos que ven, en el Espiritismo, algo más allá de los hechos. Comprenden su alcance filosófico, admiran la moral que deriva del Espiritismo, pero no la practican. Se extasían ante las bellas comunicaciones, como ante un elocuente sermón que se escucha sin sacar provecho. La influencia sobre el carácter de esas personas es insignificante o nula. Nada cambian en sus costumbres y no se privarían de un solo disfrute: el avaro es siempre mezquino; el orgulloso,

siempre lleno de sí mismo; el envidioso y el celoso, siempre hostiles. Para ellos, la caridad cristiana sólo es una bella máxima y, en su estima, los bienes de este mundo predominan sobre los del porvenir. Son los *espíritas imperfectos*.

Al lado de éstos, hay otros, más numerosos de lo que se cree, que no se limitan a admirar la moral espírita, sino también la practican y aceptan, para sí mismos, todas sus consecuencias. Convencidos de que la existencia terrestre es una prueba pasajera, tratan de aprovechar esos cortos instantes para avanzar en la vía del progreso, esforzándose en hacer el bien y reprimir sus malas inclinaciones. Las relaciones con esas personas son siempre confiables, pues su convicción las aleja de todo pensamiento del mal. La caridad es, en todas las cosas, la regla de su conducta. Son los *verdaderos Espíritas*, o mejor, los *Espíritas cristianos*.
10. Si se ha comprendido bien lo que precede, se comprenderá también que un grupo exclusivamente formado de

elementos de esta última categoría estaría en las mejores condiciones, pues es solamente entre personas que practican la ley de amor y de caridad que un vínculo fraternal serio puede establecerse. Entre personas para quienes la moral es sólo una teoría, la unión no podría ser duradera. Como no imponen ningún freno a su orgullo, a su ambición, a su vanidad, a su egoísmo, tampoco lo impondrán a sus palabras. Desearán primar cuando deberían rebajarse. Se irritarán con las contradicciones y no tendrán ningún escrúpulo en sembrar la confusión y la discordia. Entre verdaderos Espíritas, al contrario, reina un sentimiento de confianza y de benevolencia recíproca. Uno se siente a gusto en este medio afín, mientras que hay opresión y ansiedad en un medio mezclado.

11. Eso está en la naturaleza de las cosas, y no inventamos nada en relación a ese tema. ¿Resulta de eso que, en la formación de los grupos, se debe exigir la perfección? Sería completamente absurdo, porque sería querer lo

imposible y, en este caso, nadie podría pretender hacer parte de los grupos. El Espiritismo, al tener como objetivo el mejoramiento de las personas, no viene a buscar a aquellas que son perfectas, sino a aquellas que se esfuerzan en volverse perfectas, al poner en práctica la enseñanza de los Espíritus. El verdadero Espírita no es aquel que llegó al objetivo, sino aquel que desea seriamente alcanzarlo. Cualesquiera que sean, pues, sus antecedentes, es buen Espírita desde el momento en el cual reconoce sus imperfecciones y es sincero y perseverante en su deseo de enmendarse. El Espiritismo es, para él, una verdadera regeneración, pues rompe con su pasado. Indulgentemente hacia los otros, como desearía que se fuera hacia él, no saldrá de su boca ninguna palabra malévola ni hiriente contra nadie. Aquel que, en una reunión, se apartara de las reglas de convivencia social demostraría no solamente una falta de educación y de urbanidad, sino también una ausencia de caridad. Aquel que se hiriera con la contradic-

ción y pretendiera imponer su persona o sus ideas daría prueba de orgullo. Ahora bien, ni uno ni otro estarían en la vía del verdadero Espiritismo, es decir, del Espiritismo cristiano. Aquel que cree tener una opinión más justa que los otros la hará aceptar mucho mejor por la dulzura y la persuasión. La acrimonia sería, de su parte, un pésimo cálculo.

12. La simple lógica demuestra, pues, a quienquiera que conozca las leyes del Espiritismo cuáles son los mejores elementos para la composición de los grupos verdaderamente serios, y no vacilamos en decir que son aquellos que tienen la influencia más grande sobre la propagación de la Doctrina. Por la consideración que imponen, por el ejemplo que dan de sus consecuencias morales, demuestran la seriedad de la Doctrina e imponen silencio a la burla, que, cuando ataca al bien, es más que ridícula: es odiosa. ¿Pero qué queréis que piense un crítico incrédulo cuando asiste a experimentos en los que los asistentes son los primeros en

tratar un tema serio con ligereza? Él sale un poco más incrédulo de lo que era cuando había entrado.

13. Acabamos de indicar la mejor composición de los grupos; pero la perfección no es más posible en los conjuntos que en los individuos. Indicamos el objetivo, y decimos que cuanto más se aproxima a él, más satisfactorios son los resultados. Algunas veces, uno está dominado por las circunstancias, pero se debe tener todo el cuidado para eludir los obstáculos. Desafortunadamente, cuando uno crea un grupo, es poco riguroso con la selección de las personas, porque quiere, ante todo, formar un núcleo. En la mayoría de las veces, para ser admitido, basta un simple deseo, o una adhesión cualquiera a las ideas más generales del Espiritismo. Más tarde, uno percibe que se han dado demasiadas facilidades.

14. En un grupo, hay siempre un elemento estable y un elemento fluctuante. El primero se compone de las personas constantes que forman la base; el segundo, de aquellas que sólo son ad-

mitidas temporaria y accidentalmente. Es a la composición del elemento estable que es esencial fijar una atención escrupulosa y, en ese caso, no se debe vacilar en sacrificar la cantidad por la calidad, pues es ese elemento el que da el impulso y sirve de regulador. El elemento fluctuante es menos importante, porque uno está siempre libre para cambiarlo según su voluntad. No se debe perder de vista que las reuniones espíritas, así como todas las demás reuniones en general, extraen las fuentes de su vitalidad de la base sobre la que están asentadas. Todo depende, bajo ese aspecto, del punto de partida. Aquel que tiene la intención de organizar un grupo en buenas condiciones debe, ante todo, asegurarse de la colaboración de algunos adeptos sinceros, que toman en serio la Doctrina y cuyo carácter *conciliador* y benevolente sea conocido. Al estar formado ese núcleo, aunque sea de tres o cuatro personas, se establecerán reglas precisas, ya para las admisiones, ya para la conducción de las sesiones y el orden de los traba-

jos, reglas a las que los nuevos miembros estarán obligados a ajustarse. Esas reglas pueden sufrir modificaciones según las circunstancias, pero hay algunas de ellas que son esenciales.

15. Al ser la unidad de principio uno de los puntos importantes, esa unidad no puede existir entre aquellos que, al no haber estudiado, no pueden formarse una opinión. La primera condición a imponer, si uno no quiere estar a cada instante distraído por objeciones o por cuestiones inútiles, es el estudio previo. La segunda es una profesión de fe categórica y una adhesión formal a la Doctrina de *El Libro de los Espíritus*, y otras condiciones especiales que se juzguen convenientes. Eso es para los miembros titulares y dirigentes. Para los asistentes, que vienen generalmente para adquirir un incremento de conocimientos y de convicción, se puede ser menos riguroso. Sin embargo, como hay entre ellos quienes podrían causar perturbación por medio de observaciones inoportunas, es importante asegurarse de sus intenciones.

Se debe, sobre todo, y sin excepción, apartar a los curiosos y a quienquiera que sólo esté atraído por un motivo frívolo.

16. El orden y la regularidad de los trabajos son cosas igualmente esenciales. Consideramos eminentemente útil abrir cada sesión con la lectura de algunos tramos de *El Libro de los Médiums* y de *El Libro de los Espíritus*. Por ese medio, se tendrán siempre presentes, en la memoria, los principios de la Ciencia y los medios para evitar los escollos que se encuentran, a cada paso, en la práctica. La atención se fijará, así, sobre una multitud de puntos que escapan frecuentemente a una lectura particular, y podrán dar lugar a comentarios y a discusiones instructivas, de las que los propios Espíritus podrán tomar parte.

No es menos necesario reunir y pasar a limpio, por orden de fecha, todas las comunicaciones obtenidas, con la indicación del médium que ha servido de intermediario. Esa última mención es útil para el estudio del tipo de

facultad de cada uno. Pero sucede frecuentemente que se pierden de vista esas comunicaciones, que se vuelven, así, letras muertas. Eso desanima a los Espíritus que las habían dado para la instrucción de los asistentes. Es, pues, esencial hacer una selección especial de las más instructivas y realizar, de tiempo en tiempo, una nueva lectura de ellas. Esas comunicaciones son, frecuentemente, de interés general, y no son dadas por los Espíritus para la instrucción de solamente algunos ni para ser ocultadas en los archivos. Por lo tanto, es útil que sean llevadas al conocimiento de todos por medio de la publicidad. Examinaremos esta cuestión en un artículo de nuestro próximo número, indicando el modo más simple, más económico y, al mismo tiempo, más apropiado para alcanzar el objetivo.

17. Como se ve, nuestras instrucciones se dirigen exclusivamente a los grupos formados de elementos serios y homogéneos; a aquellos que quieren seguir la ruta del Espiritismo moral para el

progreso de cada uno, objetivo esencial y único de la Doctrina; a aquellos, en fin, que desean aceptarnos como guía y tener en cuenta los consejos de nuestra experiencia. Es indudable que un grupo formado en base a las condiciones que hemos indicado funcionará con regularidad, sin trabas, y de una manera fructífera. Lo que un grupo puede hacer, otros pueden hacerlo igualmente. Supongamos, pues, en una ciudad, un número determinado de grupos constituidos sobre las mismas bases, habrá entre ellos necesariamente unidad de principios, ya que siguen la misma bandera; unión afín, ya que tienen, como máxima, amor y caridad; en suma, son miembros de una misma familia, entre los que no podría haber ni competencia, ni rivalidad de amor propio, si están todos animados de idénticos sentimientos para el bien. 18. Sería útil, sin embargo, que hubiera entre ellos un punto de concentración, un centro de acción. Según las circunstancias y las localidades, los diversos grupos, al poner de lado toda cues-

tion personal, podrían designar para el efecto a aquella persona que, por su posición y su importancia relativa, sería la más apta para darle al Espiritismo un impulso saludable. Ahora bien, en caso de necesidad y si es menester manejar susceptibilidades, un grupo central, formado de delegados de todos los grupos, tomaría el nombre de *grupo director*. En la imposibilidad que tenemos de mantener correspondencia con todos, es con este grupo con el que tendríamos las relaciones más directas. En ciertos casos, podremos, igualmente, designar a una persona encargada específicamente de representarnos.

Sin perjuicio de las relaciones que se establecerán inevitablemente entre los grupos de una misma ciudad caminando en una vía idéntica, una asamblea general anual podría reunir a los Espíritas de los diversos grupos en una fiesta de familia, que sería, al mismo tiempo, la fiesta del Espiritismo. Algunos discursos serían proferidos y serían leídas las comunicaciones más

notables o apropiadas a la circunstancia.

Lo que es posible entre los grupos de una misma ciudad lo es, igualmente, entre los grupos directores de diferentes ciudades, siempre y cuando haya entre ellos comunión de visiones y de sentimientos; es decir, siempre y cuando puedan establecer relaciones recíprocas. Indicaremos los medios para eso al hablar del modo de publicidad.

19. Todo eso, como se ve, es de una ejecución muy simple, y sin engranajes complicados. Pero todo depende del punto de partida, es decir, de la composición de los grupos primigenios. Si están formados de buenos elementos, serán como buenas raíces que darán buenos retoños. Al contrario, si están formados de elementos heterogéneos y sin afinidad, de Espíritas dudosos, que se ocupan más de la forma que del fondo y consideran la moral como la parte accesoria y secundaria, se deben esperar polémicas irritantes y sin solución, pretensiones personales, choque

de susceptibilidades y, en consecuencia, conflictos precursores de la desorganización. Entre verdaderos Espíritas, como los hemos definido, que ven el objetivo esencial del Espiritismo en la moral, que es la misma para todos, habrá siempre renuncia al personalismo, condescendencia y benevolencia y, en consecuencia, confiabilidad y estabilidad en las relaciones. He aquí el motivo por el cual hemos insistido tanto en las cualidades fundamentales. 20. Se dirá, tal vez, que esas restricciones severas son un obstáculo a la propagación. Es un error. No creáis que, al abrir vuestras puertas al primero que llegue, tendréis a más prosélitos. La experiencia está allí para demostrar lo contrario. Seríais acosados por la multitud de curiosos e indiferentes, que vendrían como a un espectáculo. Ahora bien, los curiosos y los indiferentes son obstáculos y no auxiliares. En cuanto a los incrédulos por sistema o por orgullo, no importa lo que les mostréis, no lo tacharán menos que de juglaría, porque no lo comprenden,

«Sed, pues, serios en toda la acepción de la palabra, y las personas serias vendrán a vosotros: son los mejores propagadores, porque hablan con convicción y predicán tanto por el ejemplo como por la palabra.»

y no quieren darse el trabajo de comprender. Lo hemos dicho, y no sería demasiado repetirlo: la verdadera propagación, aquella que es útil y fructífera, se logra por el ascendiente moral de las reuniones serias. Si sólo hubiera reuniones semejantes, los Espíritas serían mucho más numerosos de lo que son, ya que, se lo debe decir, muchos han sido desviados de la Doctrina porque sólo han asistido a reuniones fútiles, sin orden y sin seriedad. Sed, pues, serios en toda la acepción de la palabra, y las personas serias vendrán a vosotros: son los mejores propaga-

dores, porque hablan con convicción y predicán tanto por el ejemplo como por la palabra.

21. De la característica esencialmente seria de las reuniones, no se debe inferir que se deban proscribir sistemáticamente las manifestaciones físicas. Del mismo modo que lo hemos dicho en *El Libro de los Médiums* (número 326), esas manifestaciones son de una utilidad indudable desde el punto de vista del estudio de los fenómenos y para la convicción de ciertas personas. Pero, para sacar provecho de las manifestaciones físicas desde ese doble punto de vista, se debe excluir todo pensamiento frívolo. Una reunión que poseyera a un buen médium de efectos físicos y que se ocupara de ese tipo de manifestaciones con orden, método y seriedad, *cuya condición moral ofreciera toda garantía contra la charlatanería y la superchería*, no solamente podría obtener cosas notables desde el punto de vista fenoménico, sino también produciría mucho bien. Aconsejamos, pues, fuertemente, no descuidar ese tipo de

experimentación, si se tiene a disposición a médiums apropiados para eso, así como organizar, para ese efecto, sesiones específicas, independientes de aquellas que se ocupan de las comunicaciones morales y filosóficas. Los médiums potentes de esa categoría son escasos. Pero hay fenómenos que, aunque son más comunes, no dejan de ser interesantes ni muy concluyentes, porque demuestran, de una manera evidente, la independencia del médium. Entre esos fenómenos, están las comunicaciones por la tipología alfabética, que frecuentemente dan los resultados más inesperados. La teoría de esos fenómenos es necesaria para poder darse cuenta de la manera con la que se llevan a cabo, pues rara vez traen una convicción profunda entre aquellos que no los comprenden. La teoría tiene, además, la ventaja de hacer conocer las condiciones normales en las que pueden producirse y, en consecuencia, evitar tentativas inútiles, así como de hacer descubrir el fraude si éste se insinúa por alguna parte.

Se ha pensado, equivocadamente, que éramos sistemáticamente contrarios a las manifestaciones físicas. Preconizamos y preconizaremos siempre las comunicaciones inteligentes, aquellas, sobre todo, que tienen un alcance moral y filosófico; porque solamente éstas tienden al objetivo esencial y definitivo del Espiritismo. En cuanto a las otras, jamás hemos discutido su utilidad, pero nos hemos levantado contra el abuso deplorable que se ha hecho y que se puede hacer de ellas, contra la explotación que hace la charlatanería, contra las malas condiciones en las que las manifestaciones físicas se dan, algo frecuente, y que se prestan al ridículo. Hemos dicho y repetimos que las manifestaciones físicas son el inicio de la Ciencia, y que uno no avanza al quedarse en el *abc*; que, si el Espiritismo no hubiera sobrepasado las mesas giratorias, no habría crecido como lo ha hecho y, tal vez, hoy en día, ya no se hablaría de él. He aquí el motivo por el cual nos hemos esforzado en hacer que el Espiritismo entrara en la vía filosó-

fica, seguros de que, al dirigirse más a la inteligencia que a los ojos, tocaría el corazón, y no sería un asunto de moda. Es con esa única condición que el Espiritismo podía dar la vuelta al mundo e implantarse como una doctrina. Ahora bien, el resultado ha superado, en mucho, nuestra expectativa. Atribuimos a las manifestaciones físicas solamente una importancia relativa, y no absoluta; está allí nuestro error a los ojos de ciertas personas que hacen de las manifestaciones físicas su ocupación exclusiva y nada ven más allá. Si no nos ocupamos personalmente de ese tipo de manifestaciones, es que no nos enseñarían nada nuevo y tenemos cosas más esenciales que hacer. Lejos de censurar a aquellos que se ocupan de eso, más bien, al contrario, los incentivamos, si lo hacen en las condiciones realmente provechosas. Cada vez, por lo tanto, que sepamos de reuniones de ese tipo que merezcan toda confianza, seremos los primeros en recomendarlas a la atención de los nuevos adeptos. Tal es, sobre esta cuestión, nuestra

profesión de fe categórica.

22. Hemos dicho, al empezar, que varias reuniones espíritas han solicitado unirse a la Sociedad de París; se han servido incluso de la palabra *afiliar*. Una explicación sobre este tema es necesaria.

La Sociedad de París es la primera que fue constituida regular y legalmente. Por su posición y la naturaleza de sus trabajos, ha tenido una gran parte en el desarrollo del Espiritismo y justifica, según nuestra opinión, el título de *Sociedad iniciadora*, que ciertos Espíritus le han dado. Su influencia moral se hace sentir de lejos y, aunque la Sociedad es limitada, numéricamente hablando, tiene la conciencia de haber hecho más por la propaganda que si hubiera abierto sus puertas al público. Se formó con el único objetivo de estudiar y de profundizar la Ciencia Espírita. No necesita, para eso, ni un auditorio numeroso, ni muchos miembros, pues sabe muy bien que la verdadera propaganda se hace por la influencia de los principios. Como no está mo-

vida por ninguna intención de interés material, un excedente numérico le sería más perjudicial que útil. Por eso, verá, con satisfacción, multiplicarse, alrededor de sí, las reuniones particulares formadas en buenas condiciones, y con las que podría establecer relaciones de confraternidad. La Sociedad de París no sería ni consecuente con sus principios, ni con su elevada misión si pudiera concebir la sombra de los celos. Aquellos que la creyeran capaz de eso no la conocen.

Esas observaciones bastan para mostrar que la Sociedad de París no podría tener la pretensión de absorber a las otras Sociedades que podrían formarse en París o en otros lugares en base a los mismos procedimientos. Por lo tanto, la palabra *afiliación* sería inadecuada, pues supondría de su parte una especie de supremacía material, a la que la Sociedad de París no aspira, en absoluto, y que tendría, incluso, inconvenientes. Como Sociedad iniciadora y central, puede establecer con los otros grupos o Sociedades re-

laciones puramente científicas, pero a eso se limita su papel. No ejerce ningún control sobre esas Sociedades, que no dependen de ella de ninguna manera, y quedan enteramente libres para constituirse como juzguen conveniente, sin tener que rendirle cuentas a nadie, y sin que la Sociedad de París se inmiscuya, de ningún modo, en sus asuntos. Las Sociedades extranjeras pueden, pues, formarse sobre las mismas bases, declarar que adoptan los mismos principios, sin depender de otras cosas que no sean la concentración de estudios y los consejos que puedan solicitar, los cuales la Sociedad de París tendrá siempre satisfacción en darles.

La Sociedad de París, además, no se vanagloria de estar más que las otras a cubierto de las vicisitudes. Si tuviera a las otras Sociedades, por así decirlo, en sus manos, y por una causa cualquiera dejara de existir, al faltar el punto de apoyo, habría una perturbación. Los grupos o Sociedades deben buscar un punto de apoyo más sólido

«El mejor criterio de la verdad está, naturalmente, en la concordancia de los principios enseñados en diversos puntos por Espíritus diferentes y a través de médiums que no se conocen entre sí.»

que en una institución humana necesariamente frágil. Deben extraer su vitalidad de los principios de la Doctrina, que son los mismos para todas las Sociedades y que sobreviven a todas ellas, estén o no esos principios representados por una Sociedad constituida.

23. Al estar claramente definido el papel de la Sociedad de París para evitar todo equívoco y toda falsa interpretación, las relaciones que establecerá con las Sociedades extranjeras son extremadamente simplificadas. Se limitan a las relaciones de carácter moral, científico y de mutua benevolencia, sin ninguna sujeción. Las Sociedades se

transmitirán recíprocamente el resultado de sus observaciones, sea por la vía de las publicaciones, sea por correspondencia. Para que la Sociedad de París pueda establecer esas relaciones, es necesario que esté informada sobre las Sociedades extranjeras que desean caminar en la misma vía y adoptar la misma bandera. La Sociedad de París las inscribirá en la lista de las Sociedades y personas con las que mantiene correspondencia. Si hay varios grupos en una ciudad, estarán representados por el grupo central, del que hemos hablado en el párrafo 18.

24. Indicaremos, desde ahora, algunos trabajos en los que las varias Sociedades podrán colaborar de una manera fructífera. Más adelante, indicaremos otros.

Se sabe que los Espíritus, al no tener todos la soberana ciencia, pueden considerar ciertos principios desde su punto de vista personal y, en consecuencia, no estar siempre de acuerdo entre sí. El mejor criterio de la verdad está, naturalmente, en la concordancia

de los principios enseñados en diversos puntos por Espíritus diferentes y a través de médiums que no se conocen entre sí. Es así como fue elaborado *El Libro de los Espíritus*. Pero quedan aún muchas cuestiones importantes que se pueden resolver de esta manera, y cuya solución tendrá tanta más autoridad cuanto haya obtenido una mayoría más grande. La Sociedad de París podrá, pues, si llega el caso, presentar cuestiones de esa naturaleza a todos los grupos con los que mantenga correspondencia, que solicitarán la solución de ellas, a través de sus médiums, a sus guías espirituales.

Otro trabajo consiste en las investigaciones bibliográficas. Existe un gran número de obras antiguas y modernas donde se encuentran testimonios directos, en mayor o menor grado, a favor de las ideas espíritas. Una colección de esos testimonios sería muy valiosa, pero es casi imposible que sea hecha por una sola persona. Se vuelve fácil, al contrario, si cada uno acepta extraer de esas obras algunos

elementos en sus lecturas o en sus estudios y transmitirlos a la Sociedad de París, que los coordinará.

25. Tal es, en la situación actual, la única organización posible del Espiritismo. Más tarde, las circunstancias podrán cambiarla, pero no se debe hacer nada inoportuno. Ya es mucho que, en tan poco tiempo, los adeptos estén suficientemente multiplicados para llegar a ese resultado. Hay, en esta simple disposición, un marco que puede extenderse al infinito, por la propia simplicidad de los engranajes. No busquemos, pues, complicarlos, por miedo a encontrar obstáculos. Aquellos que aceptan otorgarnos alguna confianza pueden estar seguros de que no los dejaremos atrás, y que cada cosa vendrá a su tiempo. Es solamente a éstos, como lo hemos dicho, a quienes dirigimos estas instrucciones, sin la pretensión de imponernos a aquellos que no caminan con nosotros.

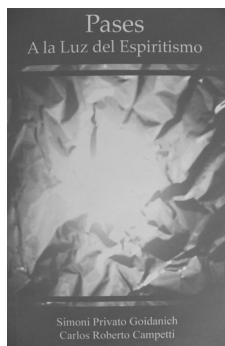
Se dice, para denigrar, que deseáramos hacer escuela en el Espiritismo. ¿Y por qué no tendríamos ese dere-

cho? ¿El señor de Mirvil no ha intentado formar la escuela demoníaca? ¿Por qué estaríamos obligados a seguir a esta o a aquella persona? ¿No poseemos el derecho a tener una opinión, a formularla, a publicarla, a proclamarla? Si nuestra opinión encuentra a tan numerosos partidarios, es que, aparentemente, no se la considera desprovista de todo sentido común. Pero está allí nuestro error a los ojos de ciertas personas que no nos perdonan el ha-

ber sido más rápidos que ellas y, sobre todo, el haber tenido éxito. Que sea, pues, una escuela, ya que lo quieren así; nos daremos el honor de inscribir sobre el frontispicio: «*Escuela del Espiritismo moral, filosófico y cristiano*»; e invitaremos a todos aquellos que adoptan como suyo el lema: «*amor y caridad*». Aquellos que se reúnen alrededor de esa bandera ganan toda nuestra simpatía, y nuestra ayuda jamás les faltará.



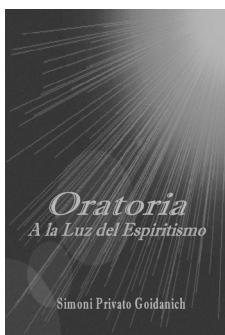
Otros libros de la autora



Pases a la Luz del Espiritismo

Escrito con Carlos Roberto Campetti, este libro fue elaborado en base a las obras de Allan Kardec, de los Espíritus Emmanuel, André Luiz, Manoel Philomeno de Miranda, Áureo y Hermano Jacobo, así como a las enseñanzas del Magnetismo presentadas por Michaelus. Analiza el concepto de pases; el papel del pasista y del paciente; los mecanismos de los pases; las técnicas; la aplicación de pases para la interrupción de procesos obsesivos y en las reuniones mediúmnicas; el servicio de pases en el Centro Espírita. Cuenta con un capítulo dedicado a reflexiones sobre preguntas y comentarios frecuentes de pasistas y de pacientes.

Disponible para descarga gratuita en la página web de la Federación Espírita Española: www.espiritismo.cc



Oratoria a la Luz del Espiritismo

Se basa en las obras de Allan Kardec, Emmanuel, André Luiz, Joanna de Ángelis, Manoel Philomeno de Miranda y Marco Prisco. Se destina a candidatos a la tarea, a dirigentes responsables del ofrecimiento de la tribuna espírita a oradores y al público que asiste a las conferencias espíritas. Entre otros temas, el libro analiza el concepto y la finalidad de la oratoria espírita; la elocuencia a la luz del Espiritismo; los mecanismos de la oratoria; los requisitos para la preparación del orador espírita; el miedo de hablar en público; la acción de los obsesores sobre los oradores y la oratoria espírita en la práctica.

